

LICENCIADO PERALTA

BOCETOS Y BROCHAZOS

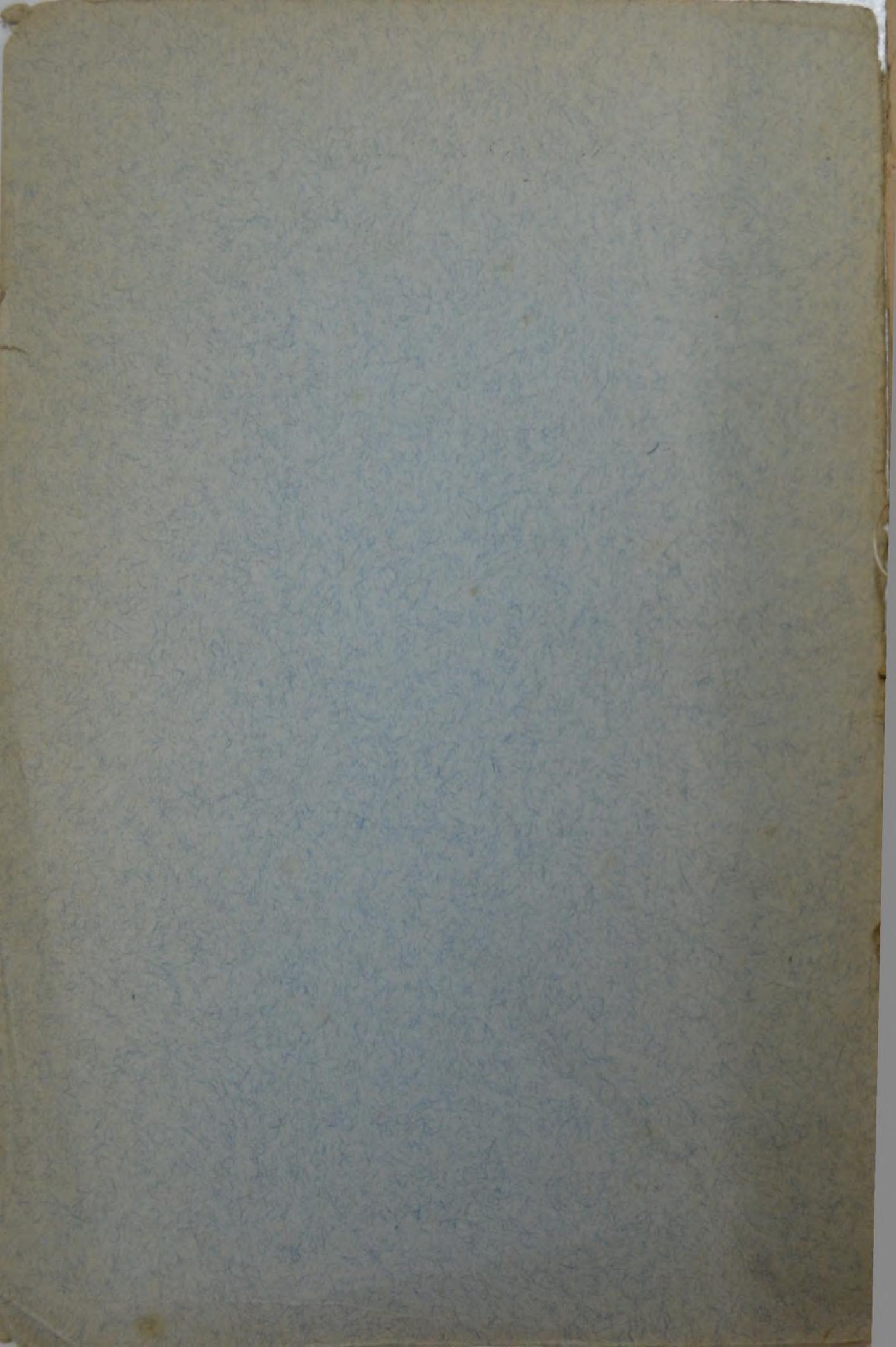


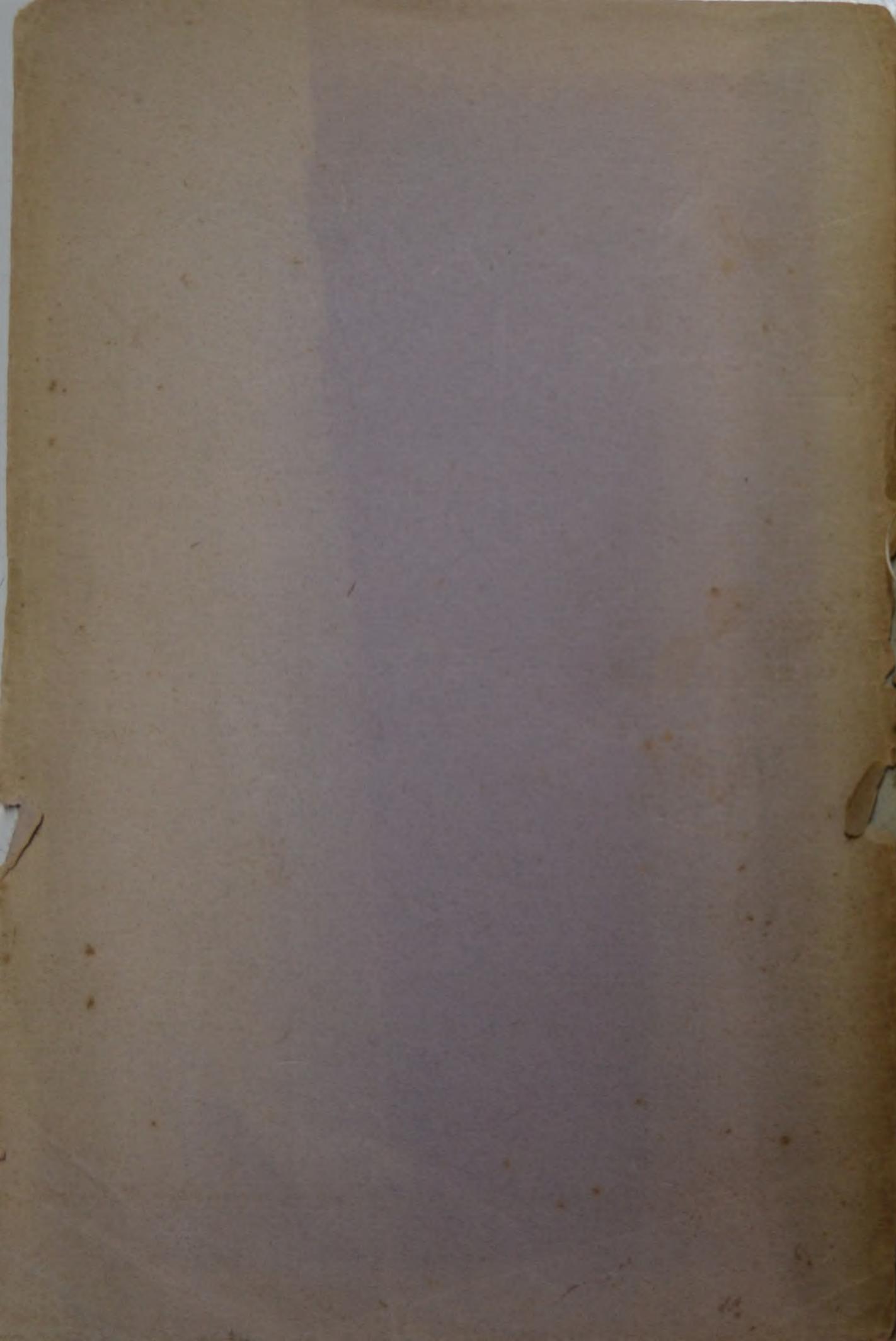
MONTEVIDEO

Editor: CLAUDIO GARCÍA•

441— CALLE SARANDÍ — 441

1918





BOCETOS Y BROCHAZOS

cb

PRODUCCIONES DEL MISMO AUTOR

	<u>Volúmenes</u>
1895—«Breves apuntes sobre la Administración de Justicia y su organización»	1
1905—«De los Tribunales colegiados»	1
1912—«Estudio sobre constitución orgánica y reglamentaria de la justicia civil y criminal»	2
1916—«Relación oral de los procesos criminales»	1
1916—«De la Institución del Jurado»	1
1917—«Práctica forense»	1
1918—«Carnet de un Filósofo de Antaño»	2
1918—«Sueño Tártaro»	1
1918—«Urgente sanción de una Ley»	1

LICENCIADO PERALTA

BOCETOS Y BROCHAZOS



MONTEVIDEO

Editor: CLAUDIO GARCÍA

441 - CALLE SARANDÍ - 441

1918

ADVERTENCIA

Bajo el conocido «seudónimo» de LICENCIADO PERALTA, editamos hoy y ponemos a la venta este nuevo libro del doctor Domingo González.

La obra contiene cinco crónicas sociales y políticas, relacionadas con personas de gran figuración y con acontecimientos históricos del país, narrados y comentados por el festivo escritor, y otros tantos artículos críticos, originales, entre ellos, el titulado «Sueño Tártaro», en 2.^a edición, corregida y aumentada.

EL EDITOR.

CAPITULO I

El Barón

Cómo un título de nobleza o distinción, no es siempre garantía de buenos procederes y cómo la reincidencia en una falta, puede preparar una sanción completa.

I

Don Gervasio Herrera

Una tarde, conversaban tranquilamente el señor I. Parpal, propietario de una platería de la calle 18 de Julio, hoy Avenida, y un amigo de la vecindad, señor Manuel Salgado, cuando vieron venir en dirección a ellos al viejo y común conocido, don Gervasio Herrera.

Este señor, miembro del comercio al menudeo en esta ciudad, tenía establecido su negocio en la esquina Noroeste, formada por las calles de Colonia y Río Negro, enfrentando, una de sus puertas principales, al solar ocupado hoy por la "Cochería Metropolitana", que hasta hace poco perteneció bajo otra denominación a los apreciables caballe-

ros don Manuel Suárez y don Federico Donnelly, ya finado este último.

Don Gervasio, pues así sencillamente se le llamaba y trataba entre sus relaciones, venía a paso largo y al parecer algo preocupado, encargándose él mismo de confirmar esta suposición al cambiar las primeras palabras con sus amigos, pues, según les dijo, tenía que llegar a casa lo más pronto posible.

—¿Pues qué ocurre? — le preguntó el señor Parpal.

—Nada de mayor importancia,—contestó—pero tengo que madrugar mañana y tomar la diligencia de Pando, y para esto, es preciso que hoy coma una hora antes de la de costumbre.

—¿Pero hombre!—observó Salgado,—¿qué tiene que ver la hora a que usted coma hoy con la diligencia de Pando, o con cualquiera otra que deba tomar mañana?

—Es que quiero comer una hora *antes* para dormir una hora *más*, precisamente el tiempo que pierdo en el madrugón. ¿No le parece a usted, señor Salgado, que soy previsor?...

Este no pudo menos de reconocerlo, y después de invitado don Gervasio a pasar a la tienda con el objeto de fumar siquiera un cigarro en amable compañía, invitación que no aceptó, inclinóse ligeramente, y con un apretón de manos y un “hasta mañana”, se despidió continuando por la Avenida 18 hasta llegar a la calle Río Negro, en la que, como he dicho, tenía establecido su modesto negocio.

Me parece, aunque no me atreva a afirmarlo, que el señor Herrera, en la fecha a que me refiero, no tenía más familia que un hijo que conocí y traté muchos años después, y así se explica que comiera y durmiera en su modesta casa de negocio, que poco o ningún confort le ofrecía.

Herrera era un hombre apreciableísimo y bastante culto, como lo fué su hijo, a quien, he dicho antes, conocí y traté en épocas posteriores, siendo durante muchos años Notificador del Juzgado Letrado de lo Civil de 3.er Turno, hasta hace dos o tres en que falleció, relativamente joven todavía.

Padre e hijo, gozaron de sumo crédito por la corrección de sus procederés en la respectiva actuación, que cada uno tuvo que jugar en el cumplimiento de sus deberes, así como de grandes simpatías por sus inapreciables condiciones de carácter.

II

El homicidio

Al siguiente día, poco más o menos a las 7 1/2 a. m., me dirigía yo a una de las barracas del Norte, cuando al llegar a la calle Colonia y después de recorrer la distancia que va de una esquina a otra, un hombre a paso acelerado, aunque con dificultad visible, llamóme por mi nombre repetidas veces. Al mismo tiempo accionaba de manera tan rara y expresiva, que no pude menos de

detener el paso; después acorté la distancia, aproximándome a él hasta reconocerle.

Era don Policarpo... el conocido don Policarpo, propietario de una tienda de la calle 25, contigua a la zapatería de don José M.^a Perelló; era aquel cándido y feliz mortal que, cuando las señoras que frecuentaban su negocio, le preguntaban si tenía terciopelo, él contestaba que no, pero que en cambio tenía pana, como afirmaba tener medias cortas, cuando se le pedían medias largas.

¡Pobre don Policarpo! Nunca vi un hombre más atribulado; lloraba como un niño y en medio de su emoción, de sus sollozos y de algunas frases incoherentes e ininteligibles, apenas pude comprender que se trataba de un amigo... ¡Desgraciado!... exclamaba, ¡infames!, ¡quién lo diría!... Y callaba de pronto para entregarse a nuevas lamentaciones momentos después.

Tuve que hacer un esfuerzo para dominar mi impaciencia, por más que comprendí que algo muy grave le ocurría al pobre hombre; pero al fin éste, observando sin duda mi seriedad y mi silencio, tan expresivo en la ocasión, como habrían podido serlo mis palabras, se serenó de pronto, enjugó sus lágrimas, y dijo con voz temblorosa:

—Señor Peralta, sabrá usted que mi querido amigo, indudablemente suyo también, don Gervasio Herrera, ha sido asesinado alevosamente.

—¡Cómo! — exclamé hondamente impresionado — ¿cuándo?... ¿en dónde?...

—Anoche... en su almacén... ¡Pobre amigo!

—¡En su almacén!... ¿Y los asesinos?...

—Hasta este momento no se ha dado con ellos, ni siquiera indicios han dejado... que pueda utilizar la justicia.

—Pero, ¿no hay sospechas, más o menos fundadas, de quién pueda ser el autor, y cuál el móvil del homicidio?

—Sobre lo primero, ya he dicho, que no hay nada concreto, pero en cuanto al móvil, no ha sido otro que el robo... Allí, en el almacén, — y don Policarpo dirigió su vista y su mano derecha a la esquina Río Negro, — está el Juez del Crimen, su Actuario y un grupo de personas de relación del finado y excelente amigo.

Después de esto, y cediendo a la impaciencia que me dominaba, me despedí de don Policarpo, quien siguió por la calle Colonia hacia el centro, agobiado de espaldas y arqueado de hombros, con sus piernas en movimiento desigual y descriptivo de innumerables X X X, que complementaban la ingrata silueta de un hombre al agua.

Al fin, yo, con paso precipitado, me dirigí al lugar del suceso, haciendo mis conjeturas sobre las circunstancias que hubiesen podido concurrir en la consumación de crimen tan lamentable.

III

Vagos datos sobre los presuntos asesinos

En 186..., la manzana que ocupa actualmente el Politeama, y las subsiguientes, ubicadas en dirección a la Aguada y Cordón, como se decía en-

tonces y hoy mismo se dice, eran terrenos baldíos en su mayor parte, cercados algunos y otros convertidos en depósito de escombros y basura; verdaderos suburbios de la ciudad nueva por esos vientos, con uno y otro casucho de trecho en trecho.

Aparte de barrancos y zanjas que dificultaban el tránsito y ofrecían serios peligros para el transeunte durante la noche, no había alumbrado, ni que alumbrar a derechas, y muchos ejemplos se tuvieron de viviendas asaltadas, y más que de viviendas, de transeuntes que al cruzar por semejantes despeñaderos fueron despojados de sus prendas.

En una palabra, la localidad tenía el aspecto de una región desmantelada y de apariencia lamentable que nada bueno decía en favor y elogio de la Municipalidad, que como todas las municipalidades, hacía oídos de mercader cuando le convenía.

De lo expuesto resulta, pues, que el almacén del desgraciado Herrera, contaba con muy pocas garantías y ya se supondrá, no sólo por lo que ocurría entonces, sino por lo que generalmente ocurre hoy mismo, que la vigilancia de la Policía, en aquella localidad, no había de distinguirse por la exactitud y eficacia de sus servicios.

Encontrándome yo a poca distancia del lugar en que ocurrió el lamentable suceso, muy pronto estuve al frente del almacén y con muchas personas de relación, en medio de quinientas más, que, ávidas de noticias, habían ocurrido de los alrededores, y de otras muchas, que seguían llegando con la ansiedad pintada en el rostro.

Desgraciadamente, cuanto me dijo don Policarpo, resultó en todas sus partes confirmado: don Gervasio Herrera había sido asesinado durante dormía, y esto en las primeras horas de la noche, encontrándosele detrás del mostrador con la cabeza separada del cuerpo; los cajones donde se depositaba el dinero del diario, vacíos... y por último, sin tenerse dato alguno sobre quién o quiénes podían ser los asesinos.

Sin embargo, en los días posteriores, algo se adelantó sobre un individuo sospechoso, que merodeaba por los alrededores en la tarde del día en que se consumó el crimen: unos niños de la vecindad habían visto a ese individuo, de pequeña estatura, moreno, de escaso bigote, vistiendo un traje gris y chambergo negro. Estos niños, que jugaban al trompo en una pequeña plazoleta del frente, en donde hoy existe una canastería, decían que un poco antes de entrarse el sol, aquel desconocido se acercó y les preguntó, quién de ellos jugaba mejor al trompo, y como le contestasen que era un vasquito de la calle Ibiquí, Pedro Errandonea, que en ese momento preparaba su jugada, se esperó a que la hiciera... retirándose después sin decir palabra, hasta ocupar la esquina en que se halla actualmente ubicada la "Cochería Metropolitana".

Fuera de estos datos, nada más pudo adelantarse en el proceso, así es que, después de tres meses de inútiles gestiones, quedó paralizado y hasta olvidado.

IV

Estadística de la criminalidad hace medio siglo

Había transcurrido alrededor de año y medio, y ningún crimen atroz, como aquel de que fué víctima el apreciable comerciante Herrera, había ocurrido en la Capital, ni en ninguno de los Departamentos del interior.

En efecto, las circunstancias agravantes que mediaron en la perpetración de ese homicidio eran tales, que al menos por aquel tiempo, no se reprodujeron felizmente en ningún otro caso, pues los que con relativa frecuencia se cometían, eran en pelea, en lucha leal muchas veces, sin perjuicio, por supuesto, de aquello de *madrugarse*, rindiendo culto así al principio de que, "aquel que da primero, da dos veces".

La criminalidad en aquella época no ofrecía la estadística alarmante que hoy ofrece, como consecuencia lógica de la abolición de la pena capital, y de la patente implícita que ella envuelve, para consumir toda clase de crímenes, sin riesgo de la vida propia.

El sentimentalismo para con los asesinos que matan por placer, por paga o remuneración, o cediendo al incentivo del robo; que proceden con premeditación y alevosía; que se ensañan con las víctimas después de sacrificadas, cualquiera que fuese su condición, su sexo y su edad; el sentimentalismo para con los asesinos, decía, no alcan-

za ni en el ánimo, ni en el criterio, ni en el corazón de los sensibles, una mirada de conmiseración y de piedad para las víctimas!

Nada se consigue, dicen, con sacrificar a esos asesinos en el patíbulo, cuando con ello no se restituye la vida a las víctimas de su saña; pero olvidan que no se trata sólo del castigo por el mal causado, sino del ejemplo, tendiente a prevenir en lo posible la repetición de hechos semejantes, con nuevo sacrificio de vidas.

Las dos primeras repúblicas del mundo, la Francia y Estados Unidos del Norte, símbolos de civilización, conservan en sus códigos la pena capital; y en el mismo Río de la Plata—con excepción de nosotros — así como en los pueblos del litoral del Pacífico, la conservan también, como una amenaza, para aplicarla en los casos de crímenes atroces.

Por regla general, y rindiendo culto al espíritu de conservación, innato en el hombre, nada es más apreciable que la vida, como que de ésta dependen todos los demás halagos que ella ofrece. Por consiguiente, ninguna pena puede prevenir los atentados criminales contra la vida ajena, como la que imponga a sus autores la pérdida de aquel bien inapreciable de que ellos privaron a un semejante.

Pero, dije antes, que en este país hace años que no rige la pena capital, y ahora agregaré que, desde entonces, los asesinos son árbitros de la vida de hombres, mujeres y niños, sin que pueda siquiera rozárseles la epidermis, no faltándoles para dormir mullidos colchones, almohadas de plumas, y habien-

do frío... un confortable *porrón* de agua caliente a los pies.

V

Un nuevo homicidio y captura de sus autores

Muchos de mis lectores han de recordar la fábrica de calzado que existía hace unos treinta y tantos años en la calle 25 de Mayo esquina Juncal.

Esa casa de negocio pertenecía a dos hermanos de apellido Arriague, los que, a la vez, tenían una casa sucursal en el Departamento del Durazno, a cargo de otros dos hermanos menores, a quienes habían habilitado.

Estos cuatro hermanos eran vascos franceses, hacía muchos años que residían en el país, y estaban muy bien conceptuados en el comercio de esta plaza.

A dos de ellos, los conocí y traté con motivo de un pleito que les promovieron, sirviéndoles de copista cuando tenían que presentar algún escrito.

Cuando pasaba por la calle 25 de Mayo, hacía escala en el establecimiento para hablar con el joven Arriague, y también con sus hermanos, muy especialmente con el mayor de ellos, muy bromista y ocurrente.

Este y su hermano Bautista, eran los capitalistas a cargo de la casa principal, y los otros dos, en calidad de habilitados y protegidos de aquéllos, regenteaban la casa-sucursal en campaña, obteniendo grandes utilidades.

Una mañana que leía yo “La Nación”, diario redactado en aquella época por don Ramón de Santiago, después de terminar el editorial, pasé a la sección de noticias, en la segunda página, encontrándome con la siguiente, consignada en caracteres marcados por el tamaño y por el color negro subido de la tinta empleada: “Asesinato de los hermanos Arriague en el Departamento del Durazno; saqueo de la casa de negocio en Cuadra, y captura de I. Amaro y alférez Ceferrino Pérez (a) “el Barón”.

Inmediatamente ordené a mi sirviente, que se dirigiese a la casa de la calle Juncal y 25, con el objeto de adquirir noticias, mientras yo me vestía a toda prisa. Media hora después regresaba diciéndome que al llegar al lugar indicado, se encontró frente al establecimiento de los Arriague; que sus puertas estaban cerradas y que un vecino, observando que alguien se disponía a golpear en la trastienda, le advirtió que era inútil, pues los propietarios habían despachado a los operarios a primera hora, saliendo urgentemente para el Durazno, de donde habían recibido anoche la fatal noticia del asesinato de sus dos hermanos en la sección de Cuadra.

Después de esto, agregó el sirviente indicándome el diario que tenía en mis manos:

—Ese diario debe decir algo.

—Sí, sí,—contesté—ya he visto... ya he leído lo que dice; puedes retirarte y espera mis órdenes.

VI

Sentencias condenatorias

La noticia de este crimen repercutió en todo el país por las circunstancias agravantes que lo rodearon y la condición de las víctimas, con especialidad, en el seno de la colonia francesa, observándose desde el primer día, que el Ministro respectivo, acreditado en el país, desplegó una actividad inusitada acerca de los Jueces y del mismo Poder Ejecutivo, pidiendo justicia con el severo castigo de los criminales.

Estos llegaron a la Capital unos quince días más tarde, y llegaron después de *convictos y confesos* ante las autoridades departamentales, ratificándose en sus declaraciones ante el Juez del Crimen de la 2.^a Sección.

Como es sabido, en aquella época remota, 186... , no existían los Jueces de Instrucción, siendo de la jurisdicción de los del Crimen, no sólo el juicio plenario en todos sus trámites, sino también la instrucción de los sumarios.

El que se inició con motivo de este crimen, no fué laborioso, pues, como dejo dicho, los prevenidos resultaron convictos y confesos, bien que Amaro alegaba no haber tenido participación en el hecho, sino que habiendo podido influir para impedirlo, no lo hizo.

Sin embargo, con salvedad y todo, y a pesar de que Amaro gozaba de excelente opinión y de gran-

des simpatías, fué condenado a muerte, lo mismo que lo fué Ceferino Pérez (a) "el Barón".

Durante la segunda instancia ante el Tribunal de Apelaciones, la causa sufrió retardos que tomaron más del doble del tiempo que se empleó en la primera, y esto dió mérito a que el Ministro Francés se excediese en sus impaciencias, pretendiendo ejercer cierta presión en el ánimo del Gobierno, a quien se atribuyó el deseo de que se salvase a Amaro, teniendo en consideración la circunstancia de no haber sido actor en el asesinato y a sus largos y buenos servicios prestados en distintos cargos que había ejercido.

Para ello, se alegaba por el defensor, la necesidad de establecer el grado de responsabilidad entre Amaro y "el Barón", ejecutor este último del hecho delictuoso, cuando Amaro sólo jugó un rol relativamente pasivo.

No es mi objeto detenerme a tratar este punto; me limitaré, pues, a decir, que la sentencia de primera instancia fué confirmada, constituyéndose en capilla a los reos, luego que el Poder Ejecutivo puso el cúmplase a la ejecución ordenada por los Tribunales.

VII

La ejecución

La plaza Treinta y Tres, que siempre y hasta hoy mismo se ha conocido y conoce por de "Artola", era el año de 1867 llamada también por el

nombre de plaza de "Carretas", por ser el lugar elegido por los conductores de éstas con cueros, cerda, lana, maderas, alfalfa seca y otros artículos de barraca.

A principios de 1869, se convirtió en plaza de paseo con la colocación de plantas, de una baranda de hierro en sus cuatro costados y de una fuente en el centro, debido esto, a la iniciativa de los doctores Requena y García y González y don Eulogio de los Reyes, vecinos y propietarios de aquella localidad.

Encabezando una suscripción, pudieron reunir con su concurso y el de don Carlos Navia, señor Yéregui, don Bernardo Aguerre, señores Carrao y Ferrés y otros, una fuerte suma que pudo cubrir en su totalidad el presupuesto de los gastos que aquella mejora importaba.

Desde entonces, pues, la plaza de Artola, o sea de Carretas, se transformó en una de tantas plazas públicas de esta ciudad.

.

El día de la ejecución de Amaro y "el Barón", amaneció nublado y lluvioso; a las 7 a. m., un batallón de línea, bajo las órdenes del comandante don Lorenzo Pérez, procedente del Cuartel de Dragones, se dirigió a la plaza de que acabo de ocuparme, designada de antemano para aquel acto, y si mal no recuerdo, concurrió también a formar el cuadro, otro cuerpo de la guarnición de la Capital.

El cuadro lo mandaba el entonces coronel don

Andrés Gómez, montando un caballo zaino, brioso e inquieto, enjaezado con ricas prendas.

En aquellos tiempos, y como el lector tendrá ocasión de verlo, a estos actos se les daba la importancia debida; los jefes y los cuerpos que comandaban, vestían de gala y el cuadro era formado por dos batallones, cuando menos, aparte de otras formalidades, que más tarde cayeron en desuso.

Hacía ya media hora que habían llegado los dos cuerpos de línea, y que se habían materialmente obstruido las cuatro calles laterales de la plaza por inmensa concurrencia, cuando se sintió por la Avenida de 18, a la altura de la calle Taquarembó, un tropel de caballos, observándose a la vez, que en aquella dirección se dirigían todas las miradas de los millares de individuos que ocupaban la calle lateral del sur y las azoteas del mismo lado.

Acababan de dar las ocho, y no podía tratarse sino de la llegada de los reos, pues se sabía de antemano, que media hora antes, más o menos, debían salir del Cabildo, que era entonces la cárcel pública.

Efectivamente, minutos después de esa hora, se presentaron frente al cuadro, y siempre sobre la Avenida 18, varios carruajes conduciendo a los reos, precedidos de un piquete de caballería y acompañados del Actuario del Juzgado del Crimen, defensores y dos sacerdotes, viniendo descubierto aquél que conducía a los últimos y a los reos.

Estos y sus acompañantes, descendieron de los

carruajes y entrados en el cuadro que formaban las tropas, no tardó en leerse la sentencia a los condenados, que la oyeron de rodillas, haciéndoseles ocupar momentos después los dos banquillos que se habían colocado sobre el muro Este de la plaza, a cinco metros de la Avenida 18 de Julio.

Ordenado entonces el pregón por el jefe del cuadro, formalidad que hasta entonces no había dejado de observarse en estos casos, el comandante Pérez, paseándose con lentitud, a caballo, con la espada desnuda, y con pausada y solemne entonación, gritó por tres veces: — ¡Por Dios y por la Patria, penan la vida los reos!... — agregando medio minuto después — ¡pena la vida el que pida por los reos!... — siguiendo a este fúnebre pregón, un silencio profundo y prolongado.

Los tiradores se encontraban a cuatro pasos de los reos y estos últimos con los ojos vendados y asistidos por los sacerdotes que les prestaban los auxilios de la religión.

No faltaba sino una voz de mando, una voz suprema, para poner término a aquel cuadro doloroso, cuando el sacerdote de la izquierda que asistía al "Barón", elevó el brazo derecho, en demostración de algo, que llamó la atención del grupo que le rodeaba y del público también.

El sacerdote que lo asistía se inclinó sobre el reo con repetición, y después, incorporándose por última vez y apartándose a un costado de los tiradores, lo bendijo, cambiando algunas palabras con el jefe del cuadro, coronel Gómez.

Pasaron todavía algunos minutos, que en aquella

situación excepcional para los reos y para los mismos espectadores fueron de profunda ansiedad, pero al fin, sonó el clarín en medio de un profundo silencio y el comandante Pérez, repitió el principio del pregón: *¡Por Dios y por la Patria penan la vida los reos!*... sonando en este momento la descarga, que puso fin a la agonía de aquellos dos infelices, y dió origen a la vez a un imprevisto accidente, que felizmente no tuvo consecuencias.

El brioso caballo del jefe del cuadro se encabritó, parándose de manos y dando un fuerte resoplido; después, paradas las orejas y crizada la crin, trazó con rapidez un cuarto de circunferencia, a la izquierda, apoyado para ello en las patas traseras, y con tal violencia, que arrojó al jinete a tres metros de distancia con vestuario de gala, espada y elástico de cimera azul y blanca.

VIII

Confesión póstuma

Había terminado la ejecución y el numeroso público que la había presenciado abandonó el local repartiéndose en todas direcciones, bajo la impresión del último momento y llevando *in pectore* la curiosidad de conocer la causa de la interrupción que la ejecución de los reos había sufrido, mientras que los cuerpos de aquéllos eran conducidos a la

pequeña y antigua capilla del Cordón para rezárseles el responso de costumbre. (1)

.

Una hora y media después se repartían boletines por toda la ciudad, en que se decía que el "Barón" había confiado al sacerdote que lo asistía, con recomendación de hacerlo saber al Juez una vez terminada la ejecución, y no antes, que fué él, a principios del año anterior, el que asesinó a don Gervasio Herrera, con el propósito de robarle; que a nadie debía inculparse de ese crimen, pues sólo él lo concibió y consumó y que, por consiguiente, no tenía cómplices.

(1) En aquella época los cadáveres tenían todavía entrada en los templos antes de ser conducidos a la última morada.

CAPITULO II

Jugar por tabla

Por el que se demuestra, que un desengaño a tiempo suele dar al traste con las mejores combinaciones.

I

Prolegómenos

—¿Qué es la *religión*? — preguntó cierto día don Pancracio Arboleya a su viejo e íntimo amigo don Pacardo Meneses.

Este, un tanto sorprendido por la inesperada pregunta, contestó con pausa y absoluta precisión:

Es el culto interno o de conciencia íntima y el culto externo o de formalidades litúrgicas que se rinden y consagran a la divinidad, al Dios único, en muestra de respeto, gratitud, veneración y sumisión; y del mismo modo, se llama así, el culto y veneración que tributan a los falsos dioses algunas naciones o tribus de infieles, idólatras o gentiles.

Yo, a mi vez, agregaré: que en otras acepciones podría tomarse la palabra *religión* si la primera expresada no bastase, como basta a propósito del tal don Paneracio, en la seria cuestión de que fué causa una sobrina mal aconsejada, a la que mucho quería y que muchos disgustos le dió. Y digo que basta aquella primera acepción de la palabra, porque ella traduce, con verdadera exactitud, las convicciones íntimas y los deberes de un creyente de buena fe, y porque, todo lo que exceda de manifestaciones sinceras en homenaje al sér supremo, para recurrir a mojigaterías, reñidas con la verdad y hasta, muchas veces, con el proceder habitual e incorrecto del que, o de la que las emplea, denunciaría un amaneramiento, una mentira y hasta una farsa despreciable, con la cual a nadie se puede engañar.

La exageración, pues, en el modo de cumplir los deberes religiosos, engendra la duda y la desconfianza, y con estas condiciones no se hacen prosélitos, ni a nadie se obliga a comulgar con ruedas de carreta, porque las paparruchas de que hacen caudal los pobres de espíritu, son bolas de calibre que no pasan por la garganta más amplia y resbaladiza.

II

“Bombita la rubia”

“Bombita la rubia”, que así se llamaba la sobrina de don Paneracio, lo era de verdad, y a la par de rubia, era bien parecida, graciosa y de suma pe-

netración. Además, era de elevada estatura y de formas bien definidas en sus altos y bajos detalles y relieves, incluso los más avanzados, al menos a juzgar a través de su vestimenta habitual, sutil y ligera como las que usan hoy muchas niñas con perjuicio de su propio decoro y hasta de su salud.

Sin embargo, no le era dable disfrutar de la posesión de estos dones físicos de que la dotó la naturaleza, a la par de otros placeres del alma, por la pobreza de sentimientos y el alarde y vana ostentación de virtudes, con que no contaba, ni llegó a contar jamás.

Devota, buena o mala, como su madre... y como su abuela, hablando en verdad, diré: que siempre dió ejemplo real o aparente de cierta corrección, y desde que yo la conocí y traté, nadie que yo sepa, podría asegurar, que "Bombita" había comido carne... y mucho menos, embutidos en Cuaresma y demás días de abstinencia.

Por el contrario, la joven siempre fué parca en el comer y en cuanto a sus deberes cristianos, en bata de dormir, con el pelo trenzado a la espalda y de rodillas sobre el lecho, de noche y de mañana, rezaba sus oraciones a la vista de su tío y de todos los sirvientes de la casa, y puestos en juego y movimiento los cinco dedos de su mano derecha, empezaba y concluía por persignarse y santiguarse con una agilidad tal en ellos, que podría envidiársela el más hábil prestidigitador.

Para terminar y decir la verdad de una vez, la muchacha era una embustera, práctica en el disimulo y en la costumbre odiosa de ocultar la

verdad; hablaba mal de todo el mundo e iniciaba indiscretamente a todo el que quería oírla, en los secretos de la familia, con otras indiscreciones de igual calibre, que había sabido sugerir y fomentar en el ánimo y en el corazón de la joven, cierta madura aparcera de dobles alforjas, y con pujos de institutriz oficiosa.

III

Estrategia femenil

En íntima relación con "Bombita", pasaba diariamente muchas horas de la noche en casa de ésta, y desde dos meses atrás, una doña Tomasa Malmierca, que así se llamaba, llegando a ejercer una influencia sin límites, aunque indirecta, tan poderosa y eficaz sobre el ánimo de la joven y el del tío, como la que ejercía en su propia casa, sobre todos los habitantes de ella, incluso su padre, que con los ochenta y cinco cumplidos, ni pinchaba ya... ni cortaba tampoco.

Doña Tomasa era de mediana estatura, madura de edad y verde de mollera, y tan retacona, o más que aquella dama que yo conocí, y que en cierta noche tuvo interesante figuración a la par de un bizarro comandante, en la línea de fuego que dividía a principios de la Guerra Grande las avanzadas del ejército sitiador del general Manuel Oribe y la guarnición de esta Capital. (1)

(1) Véase el Capítulo I del Tomo I del «Carnet de un Filósofo de Antaño», por el Licenciado Peralta.

Como su joven amiga, la Malmierca reunía condiciones físicas no despreciables, aunque la acción de los años hubiese marchitado muchos rasgos y hechizos característicos, de los que, en aquella parte, había hecho ostentación y empleo legítimo en su edad juvenil.

A pesar de esto, nada tenía ni tuvo que lucir, por lo que tocaba a sus sentimientos, tan ruines como egoístas, así es que no mostraba mucho empeño en hacerlos conocer, aunque a veces se vendía.

Fué y se mantuvo siempre solterona a falta de un Tarquino a mano, y valerosa en sus apremios e infortunios, haciendo economía de prendas personales por si al fin encontraba lo que hasta entonces no había encontrado, trataba de aprovechar el tiempo en ese sentido con constancia y habilidad.

Consecuente con este humano propósito, pues ya habían pasado los *cuarenta y cinco*, invadió la casa de "Bombita", tratando de poner en juego sus ardides y artificios para cautivar a la joven, primero, y seducir después a su tío, con el honesto fin de hacerlo su marido. Además, por este medio podía encaminarlo mejor, a objeto de asegurar su salvación y vida eterna cuando perdiese la eventual y transitoria que hubiese llevado en este mundo.

Sin embargo, temiendo *espantar la caza*, si daba la cara de frente, se valió de la joven después de preparada a su hechura, para que iniciando a don Pancracio en todos los títulos que adornaban a su consejera y amiga, pudiese inducirle, poco a poco, a

que se casase con ella; recursos todos estos, que no reñían con ninguno de los preceptos contenidos en el catecismo del padre Astete.

IV

El creyente de buena fe

Don Pancracio era un hombre excelente, cincuentón, de estado viudo, de suave carácter, de una buena fe a toda prueba y con pesos para complemento.

Como por lo general no se detenía a meditar mucho sobre lo que se le decía, a veces aceptaba paradojas como grandes verdades, y debido a esta *bonomie* que le distinguía, no dejó de verse burlado y ridiculizado con frecuencia, como se verá.

Su esposa, fallecida muy joven, no fué menos buena ni menos ingenua que su marido, y sólo en cierta ocasión, aquélla le obligó a meditar profundamente sobre algo que confidencialmente le dijo cierta mañana y en *ayunas* todavía, y más que todo, sobre lo que en *block* se ofreció a su vista, como prueba al canto.

Esa ocasión resultó inesperada y enigmática para don Pancracio, que no había inventado la pólvora para esto de descifrar enigmas: su consorte le confió con la sonrisa en los labios, la grata noticia del advenimiento del primer descendiente para dos meses más tarde; y aún cuando a don Pancracio, a semejante anuncio, se le corrieron las antiparras para detenerse apenas en un *recodo* de su protuberante nariz, la noticia no dejó de

impresionarle agradablemente y hasta le enorgulleció... Pero... no tardó en reaccionar; cambió su gesto y cesaron sus manifestaciones de regocijo; se rascó la mollera; se caló las gafas como para ver mejor y no tropezar; tomó en seguida y en silencio su sombrero y su bastón, y respirando con fuerza, se lanzó a la vía pública a paso acelerado.

V

Un caso de admirable precocidad

Dirigióse a la Avenida 18 de Julio, hasta llegar a la calle Médanos, y veinte pasos más adelante, entró en la casa del doctor Francisco A. Vidal, amigo suyo, haciéndose anunciar en el acto.

Para esto, durante el camino, había hecho y vuelto a hacer repetidos cálculos con los dedos, sobre el tiempo transecurrido desde su casamiento hasta ese día, y el hombre sólo llegó a contar cuatro meses escasos, y de allí... ni para adelante ni para atrás...

El diálogo con el doctor, fué breve pero elocuente, y la verdad es, que no podía ser de otro modo.

—Doctor amigo, le dijo don Pancraccio, noto cierta anormalidad en asunto que mucho me interesa, y deseo me la explique usted.

Después de este corto preámbulo, formuló su consulta... y secándose el sudor de su frente... esperó.

El doctor Vidal, en el primer momento quedó

perplejo sin saber qué actitud adoptar, pues sin necesidad de contar con los dedos, ya había formado opinión, pero se acordó en el acto de cierta anécdota o cuento de almanaque, que le venía de medida, y decidió valerse de él para salir del paso. De manera que, con este medio a la mano, y conociendo, como conocía, a fondo a su amigo y cliente, empezó por calarse su lente que siempre colgaba de su cuello, y recurriendo a una tosecilla seca que le era peculiar, contestó sonriente y con admirable tranquilidad y aplomo:

—No debe usted extrañar ciertos fenómenos, que denuncian a cada paso los caprichos de la naturaleza, sobre todo, en esta materia...

—Pero, ¿el tiempo corrido... doctor?...

—Lo que menos importa ahora es el tiempo corrido y el que ha dejado de correr; lo que hay, es que el fenómeno que tanto le preocupa, tiene explicación, — cuando se trata de un *primer caso*, — de una naturaleza *precoz*, como la de su joven señora...

—¡Oiga!... ¡diablo de naturaleza!...

—Y ya verá, — agregó el doctor para concluir, — ya verá usted que de ahora en adelante, es decir, en los casos *subsiguientes*, todo se regularizará y no se repetirán *anticipos* semejantes.

Don Paneracio guardó silencio por un momento, miró fijamente al doctor, y en seguida, tomando su sombrero y bastón, dijo entre contento y molino:

—¡Vamos!, al fin veo que la cosa tiene menos importancia de la que yo le había atribuído, —

y con un apretón de manos, se despidió del doctor Vidal.

En el regreso a su casa, en vez de hacer nuevos cálculos con los dedos, ni en ninguna otra forma, recorrió la distancia saludando muy campante a cuanto conocido encontraba a su paso, y hasta haciendo gala y ostentación de sus rasgos de joven, casi olvidados, hizo girar varias veces entre sus dedos índice y pulgar su bastón de ballena y puño de oro, remedando así los juegos malabares que había admirado y aplaudido días antes en el Politeama.

VI

El Padre Benito

He dicho antes, que "Bombita" y doña Tomasa eran tan devotas, como creyente de buena fe don Paneracio, y ahora agregaré, que este último era también muy asiduo a su misa de los días festivos y a todas las ceremonias religiosas, sin excepción, como yo lo soy también.

A pesar de esto, como siempre es bueno distinguir, según se dice en "La Verbena de la Paloma", aunque nuestro hombre creía en Dios a puño cerrado, en la *precocidad* de la naturaleza en ciertos casos... y hasta en los milagros; por más que su sobrina y doña Tomasa trataran, como trataban día a día, de inculcarle otras ideas avanzadas en materia de creencias pardas, jamás pudieron reducirlo,

Le instaban, por ejemplo, para que se confesase, cuando menos una vez por semana, y él contestaba, que bastaba con una vez al mes, pues sus pecados no los tenía tan a mano como aquéllas lo suponían, y que él no podía inventarlos; pero entonces doña Tomasa le preguntaba, cómo era que no tenía nada de qué acusarse al cabo de una semana, cuando ella se veía obligada a hacerlo diariamente, y algunas veces, teniendo a mano al padre Benito, lo hacía dos veces y hasta tres...

—¡Vaya una gracia! — replicaba entonces riendo don Pancracio, — consiste, sin duda, en que tenía usted a mano al reverendo... y a la ocasión la pintan calva. Además, de seguro no le faltaría a usted qué *desembuchar*, porque, perdóneme: se me figura, sin ofensa para usted ni para nadie, que sobre su conciencia han de pesar más sus pecados de un solo día, que sobre la mía los de toda una semana.

—¿Por qué? — preguntó con presteza doña Tomasa arrugando el entrecejo, y a la espera de la respuesta.

—Porque mi amigo don Pacardo Meneses me ha dicho siempre, que cuando las devotas se confiesan con frecuencia, es porque mucho han pecado y desconfiado de Dios, ¿será acaso cierto?...

—¡Desvergonzado!... ¿Y usted también?...

Don Pancracio se sonrió... continuando después en estos términos:

—Yo soy creyente como él, y como usted, pero en la vida arreglada que he llevado, siempre traté de ajustar mi conducta a los dictados de mi con-

ciencia, que jamás me engañó. En efecto, siendo innata en la criatura humana la noción del bien y del mal desde que Eva tentó a nuestro padre Adán con la malhadada manzana, del mismo modo que las Evas futuras habrán de continuar tentando a todos los futuros Adanes, la conciencia de cada mortal ha resultado infalible. Ella atestigua lo que es bueno y lo que no lo es, y si alguna vez resulta error, es el hombre quien lo comete, cediendo a sus pasiones, y jamás la conciencia; así es que, cuando después de mis actos, no me asalta pesar ni remordimiento alguno, me siento feliz, almorzando y comiendo bien y durmiendo mucho mejor.

—¡Qué teorías más absurdas!... murmuró la devota.

—¡Ah!... — agregó imperturbable don Pancracio, — olvidaba decir a usted sobre este punto, que mi amigo piensa exactamente lo mismo que yo.

—¡Vamos! Veo que ese mentado amigo, — continuó aquélla con despecho, — es un hablador y un apóstata peligroso, y mucho extraño que usted invoque sus dichos y predicciones como si se tratase de un oráculo o de un profeta...

—¿Por qué no invocarlos, cuando pienso lo mismo que él?...

—¡Farsante! — exclamó la Malmierca, y después de una pausa y con marcada ironía, preguntó: — ¿No es este el que días pasados alborotó el barrio "Garibaldi" porque una de sus hijas haciendo gimnasia cayó de un trapecio, fracturándose el brazo derecho?... ¡Ah! Vamos; ya lo decía

yo y mi capellán... que casi habría sido una solución para librar a esa joven de las doctrinas perniciosas de semejante padre, el que hubiese sucumbido... y este último con preferencia..., pues al fin, fué él el inventor del trapecio y de otros aparatos de ejercicios físicos, peligrosos para una niña de diez años..

—¡Bravo! ¡Bravo! — exclamó impresionado don Paneracio, — ¡mil veces bravo!, pues la verdad es que no se anda usted con chicas en materia de *soluciones radicales*. Confieso que no conocía sus humanos sentimientos, y crea usted que no lo olvidaré. ¡Diablo con las soluciones!... ¡la hija, y en defecto de ésta, el padre... una y otro al hoyo!... y en cuanto a usted... al boyo! ¡No es mala combinación!... ¡Y qué falta hacía aquí ahora el padre Benito!!...

VII

Un tercero en discordia

A esta altura del diálogo, llegó don Pacardo Meneses, el amigo de don Paneracio, quien sólo había hablado dos o tres veces con doña Tomasa, porque ésta tenía por costumbre hacer sus visitas a "Bombita" de noche, para jugar a la lotería con ella y don Paneracio, mientras que don Pacardo venía a diferentes horas del día, pero de noche muy rara vez.

Después de los saludos y cumplimientos a que doña Tomasa correspondió con marcada frialdad,

el visitante fué instruído por el dueño de casa, del tema sobre que versó el diálogo que acababa de sostener con aquella señora, sin omitir, como chiste, aquello de la *solución* conforme a sus convicciones de católica, en lo cual, como se comprende, don Pancracio, con chiste y todo, estuvo indiscreto a más no poder.

Su amigo, al oír la última parte de la confidencia quedó estupefacto, guardó silencio por un momento, mirando alternativamente a don Pancracio y a doña Tomasa... y después de colcear su sombrero en un rincón, así como el paraguas de que se había munido al salir de su casa, pues el tiempo amenazaba lluvia, dijo con suma calma y ligera emoción:

—¡De manera... que yo he debido quedar tan fresco con la fractura del brazo de mi pobre hija y aún con la caritativa *solución* proclamada por esta cristiana y piadosa señora para el caso de que esa *solución* se hubiera producido! — y después agregó, haciendo una reverencia a la Malmierca: — por supuesto, que prescindo de sus buenos deseos por lo que atañe a mí... y volvió a inclinarse... Me recuerdan estas monstruosidades, la entrevista que tuve hace algunos años con un amigo portugués que acababa de perder a su esposa. Hacía dos horas apenas que la habían enterrado, y el hombre se ocupaba de reponer las fuerzas perdidas, comiendo con buen apetito, y tan *resignado* que repitió el plato y aún se preparó a embestir al segundo; el humilde mortal recibió la noticia de la desgracia lo más fresco, como que, según él, la cosa venía del cielo, y contra las cosas del cielo, nadie debe rebelarse ni protestar.

Como a don Pancracio, esta teoría me chocó sobremanera al ver a aquel farsante *empollerado*, que no había vertido una lágrima por su compañera a pretexto de que su pérdida la ordenaba Dios, y que, en cambio, se echaba al cinto cuatro platos bien repletos y medio litro de vino generoso. En resumen, este *resignado* a toda prueba, veía en tan censurable proceder, verdaderas soluciones, es decir, la muerte de su mujer y el atracón que acababa de darse.... y.... ¡voto a Cribas! concluyó con vehemencia don Pacardo, que al fin... ya no puedo más y tengo que llamar a cada cosa por su nombre, aunque se desplome el mundo!...

—Pero, — interrogó bruscamente la devota, — ¿qué hay de grave en lo que se ha dicho?

—¿Qué hay? — repitió don Pacardo con severidad... — lo que hay es una odiosa subversión de los sentimientos más delicados del alma, suplantados por una estudiada y falsa indiferencia y absurda conformidad. ¿Para qué son las lágrimas que Dios ha puesto en nuestros ojos? ¿Cuándo es que hemos de derramarlas sino es cuando se trata de las desgracias de la patria o de la pérdida de nuestras esposas, hijos, padres, hermanos o buenos amigos? ¡Qué exóticas y extraviadas doctrinas son éstas, por Dios!... ¡Y es con tales fingimientos y mistificaciones que se trata de justificar y prestigiar las doctrinas religiosas, cuando todo no pasa de una ficción y pantomima despreciables? Llorar por nuestras desgracias y las de nuestras afecciones, no es protestar contra Dios; es ceder al sentimiento y pena que nos embarga por voluntad de

ese mismo Dios que ha puesto aquel sentimiento en nuestro corazón y aquellas lágrimas en nuestros ojos!...

Después, temblando de emoción, agregó con ligero acento de ironía, y marcando las palabras:

—Por otra parte, es lástima que no tenga usted un hijo o hija que pudiera ofrecer a Dios en holocausto para redimir sus muchos pecados, a propósito de los sentimientos de caridad y piedad que usted abriga en favor de sus semejantes!...

VIII

La de San Quintín

A esta altura de la desagradable explicación, que sin quererlo había provocado don Paneracio, doña Tomasa perdió la moderación, y a su vez la perdió don Pacardo, el cual, entre muchas verdades que le cantó a la devota, le adelantó que sus planes, tanto con relación a don Paneracio como a su sobrina la joven "Bombita", iban a fracasar desde ese momento.

—Veremos, — dijo ella a gritos, — veremos cómo aparta usted a esa niña del buen camino en que la he colocado.

—¡Mentira! Es en el camino del fingimiento, de la gazmoñería e indiferencia por el mal ajeno, y por el propio mal, en el que usted la ha iniciado... sí señora... y no se sulfure ni grite más, porque es inútil y estamos al fin en casa ajena.

En esto dieron las 7 de la noche, y aún se oían

las últimas vibraciones del timbre del reloj del comedor, pieza en que tenía lugar esta escena, cuando después de un deslumbrante relámpago y formidable trueno, empezó a llover con fuerza.

Doña Tomasa, en el paroxismo del furor, después de las últimas palabras de su adversario, ahogada por la rabia y haciéndose aire con una pantalla que tomó de encima de una mesa inmediata y manejaba nerviosamente con la mano derecha, con la izquierda, y quizás en prudente previsión oyendo caer la copiosa lluvia, echó mano a la *cartuchera*... quiero decir, a sus polleras, faldellín y demás zagalejos, arrollando aquella *tibia* trapearía hasta formar con ella un envoltorio, que después llevó hasta la cadera izquierda, al mismo tiempo que dejaba al descubierto una robusta pantorrilla, enfundada en media blanca, y esto, en actitud resuelta de abandonar la casa.

Don Paneracio, en tono deprecatorio pretendió calmar a la iracunda devota, sin duda respondiendo al recurso de sus proyectos galantes, concluyendo por ofrecerle su brazo y un paraguas, pero sus exhortaciones y ofrecimientos fueron desatendidos con frases hirientes y gesto despreciativo... Al fin, la susodicha dió dos pasos en dirección a la puerta de salida, y volviéndose de pronto, lívida de cólera e indignación, apostrofó duramente a don Paneracio y a su amigo, calificando al primero de papanatas y al segundo de entrometido y adulón, abandonando en seguida el local.

.

Ya en medio de la Avenida 18 de Julio y del copioso aguacero, y sin saber qué dirección tomar, tan aturdida se encontraba, avanzó unos pasos hacia el lado opuesto de la vía, pero se apercibió que dos automóviles venían en su dirección a gran velocidad, y le asaltó el temor de que la llevaran por delante.

Retrocedió entonces, y de nuevo trepó a la acera, y ya más fresca la mollera y siempre con los zagallos y pantorrillas en ventilación...

“ A la mujer y al fraile

“ Que les dé el aire”...

doña Tomasa bajó hasta la calle Colonia y se detuvo un momento frente al N.º 2138, casa ocupada por un amigo de su juventud, a quien se le ocurrió pedir auxilio en el primer momento, pero luego recordó que el tal amigo, se encontraba enfermo a consecuencia de indiscreciones propias de los 80, y no quiso ser inoportuna. Tomando entonces nuevos bríos, dió veinte pasos al Este y llegada a la esquina con la cabeza aún caliente y los pies mojados, dobló rápidamente a la izquierda, debatiéndose en medio del barro, del agua y de los truenos y relámpagos que la acariciaban, para perderse después en las penumbras y resbaladizos recovecos de la calle *Sal-si-puedes*.

IX

Las tostadas y las Témperas

Sólo Dios sabe los serios aprietos en que se encontró la cuitada Amaridis durante la peliaguda travesía, pero, como todas las cosas tienen fin, ésta lo tuvo. Lo primero que hizo doña Tomasa fué desprenderse, con auxilio de su sirvienta, de sus vestidos exteriores, avanzando hasta sus más íntimos y pudibundos zagalejos, que destilaban agua y que tibios y humeantes se adherían a su cuerpo, ofreciendo seria dificultad para desprenderlos.

Luego de bregar un rato, logró verse libre de la última pieza de su indumento, y arrebujaada en el lecho que encontró delicioso después de los tranques amargos de aquella noche inolvidable, esperó a que desapareciesen los últimos síntomas de indignación que le causaran las palabras de don Pacardo Meneses y la tolerancia inconcebible de don Pancracio. Por último, con una cruz que le hizo a aquel ingrato día, y prometiéndose ratos mejores para el siguiente, pues la caridad siempre debe empezar por casa, se entregó a Morfeo, ya que a otro Morfeo no podía entregarse, y la picarona, a pesar de todo, fué entrando en calor... hasta dormirse como una santa.

A las 7 1/2 de la mañana del día siguiente, salió en busca del padre Benito, para comunicarle sus cuitas, iniciándole así, como tantas otras veces, en las intimidades de su vida privada y en las de la

ajena, que es costumbre vieja de muchas devotas.

Media hora más tarde, instalada de nuevo en su casa, volvió a despojarse de sus vestidos, hasta quedar liviana de peso, y aunque la mañana estaba fresca, la caminata y la plática con el padre Benito le habían entonado un tanto y sin duda, para entonarse mejor, desprendió de una perilla de la cabecera de su cama, un zurriago o disciplina, y dándole varias vueltas al aire con gesto decidido, se aplicó dos cintarazos... Sin duda, le pareció floja la penitencia, y entonces se propinó cuatro más, dos de los cuales, aplicados en parte más acústica... dieron la voz de alerta a la sirvienta, que se presentó de improviso a la puerta del aposento.

—¿Llamaba, acaso, la señora? — preguntó en tono solícito.

—Precisamente, — contestó con humildad doña Tomasa, — no he llamado, pero debe usted haber sentido.... — y echó una mirada al zurriago que acababa de colgar en la perilla de su cama.

—En ese caso, — agregó la sirvienta dándose cuenta de lo ocurrido, — desea usted ahora el desayuno de costumbre... aunque ligero...

—Sí, Lulú, — contestó la interrogada, — tráigame usted el chocolate... sí, tráigamelo... que bien lo necesito.

Y como la llamada *Lulú*, amagase a salir en busca de lo que se le había pedido, su patrona, más ligera que ella, agregó con precipitación:

—¡Con tostadas, *Lulú!*... ¡Con tostadas!...

—¿A pesar de la penitencia?... — se atrevió a observar aquélla, deteniéndose, indecisa...

—Sí, sí... con tostadas... como que *nada* tienen que ver las... *tostadas con las témporas*.

Lulú quedó perpleja, procurando encontrar alguna relación allí en donde doña Tomasa no encontraba ninguna, y después de un momento, convencida de que aquélla tenía razón y conteniendo la risa, desapareció por la misma puerta que le había dado entrada.

CAPITULO III

El Arte y el Oro

De cómo el ingenio del hombre, en casi todas las circunstancias de la vida, tiene que ceder ante la muda elocuencia de un vil metal y de las exigencias del « lábaro » del estómago.

I

Teorizando

Así como la comparación es base de los juicios, y a éstos alcanza la presunción favorable de exactitud, porque nadie razona y discute con el objeto de llegar al absurdo sino a la verdad, con todo, puede ella conducirnos a conclusiones deleznable, si no saben apreciarse las cosas con reposado criterio.

En asuntos complejos, cuando se trata de distinguir, es necesario haber vivido y observado mucho; y no es aquel que ha visto el mundo por el ojo de una cerradura, el destinado a formar juicio exacto sobre los graves problemas que se ofrecen al hombre en la lucha por la vida.

Un intelectual, un obrero y un potentado, si en muchas cosas coinciden, se distinguen en muchas más con relación a las tendencias que les impone su temperamento y respectiva condición social.

Un intelectual argüirá con las ciencias y otro con el arte y quizá no falte quien lo haga por sólo amor a él; el obrero, argüirá a su turno, haciendo caudal decisivo de su pujanza y fuerza muscular, y por último, el potentado lo hará con su capital, con su oro, sin el cual, según él, no hay músculos, ni intelectualidad, ni ciencia, ni arte que valgan: cada una de estas entidades se considera una potencia, e indudablemente, que las tres lo son.

Doña Sotreta Parallada, siempre pensó así, es decir, como pensaría el capitalista o potentado; pero, de otro modo pensaba su hija mayor, que jamás salió a la calle sin un libro de versos o de música debajo del brazo y caladas sus gafas de oro.

Amalita había leído y cantado mucho.... mucho... había llegado a familiarizarse con las doctrinas modernas más avanzadas y con las melodías más tiernas, y para ella, todo estaba subordinado al arte, moviéndole a náuseas la argumentación vulgar en favor del insano apego del dinero, de que hacía gala la autora de sus días.

Entretanto, desde que la permuta de antaño fué sustituida por el contrato bilateral de compra-venta, las monedas de cuero por las de oro y plata de hoy, el precio efectivo es el que valora lo que produce la intelectualidad y el músculo del

hombre, y aunque algunos profesan y aman el arte por el arte mismo, y no por lo que puede producirles, el hecho es que con esta salvedad y todo, el músculo, el arte y las ciencias, y lo que surge de unos y de otras, cualquiera que sea su importancia, tiene que traducirse forzosamente en el materialismo de la moneda sellada o del billete de banco: sin una u otro, puede beber el que tenga sed, pero lo que es comer... lo dudo.

No hay vuelta que darle, porque todas aquellas lindezas y pulcritudes, aquellos ascos y repugnancias por el vil metal, tienen que convertirse en inusitada satisfacción y alegría, cuando en el fondo de la faltriquera de un obrero o de un intelectual, exhausta hasta momentos antes y después de larga abstinencia, se palpa aquello que faltaba para resolver algún urgente y serio problema del hogar o algún antojo del momento.

II

¿Qué es el arte?

¿Qué es el arte? El arte es el conjunto de preceptos y reglas para hacer bien alguna cosa, y se llama así también, toda obra o cosa en que interviene el saber, la industria o habilidad del hombre.

Esta definición basta por sí sola para explicar el alcance e importancia del arte, haciéndose aquella más tangible si nos particularizamos con todas sus manifestaciones, ya se trate de la pintura, de

la música, de la escultura, como de los recursos o industrias a que puede extenderse para merecer la protección de los que se consideren habilitados para dispensarla.

De aquí puede deducirse, que el arte por el arte mismo, sin traducirlo en estudio y en hechos, es equivalente a cantar a la luna. Un pintor de cuadros entre nosotros, si los pinta bien aunque no teorice sobre el arte de pintar, es posible que encuentre algún inteligente aficionado que se los compre, y si al fin y al cabo, el hombre no medra, medrará aquel a quien en vez de pintar cuadros, le dé por pintar puertas y ventanas con menos competencia y menos trabajo. Del mismo modo, si se tratase de un músico, éste tendría más que esperar, dominando bien un instrumento, que de sus concepciones líricas, como compositor a secas, y tal vez sin preparación, por añadidura.

En prueba de esta afirmación, ahí están las obras de nuestro apreciable maestro Giribaldi, "Parisina" y "Manfredo di Svevia", que después de su estreno duermen el sueño del olvido, y el autor, joven cuando las escribió, y contando a la fecha cerca de setenta años, vive expuesto a no verlas más en escena.

En igual caso se encuentra "Liropeya" del maestro Ribeiro, sin encontrarse en mejor situación Berrutti, el compositor argentino, con su "Taras Vulva", "Hórrida Nos" y "Juan Moreira", que por sus títulos llegan hasta meter miedo.

Creo, pues, que hoy por hoy, no hay ambiente

en América del Sur para digerir estos platos, al menos mientras no tengamos conservatorios bien administrados y mejor servidos por profesores de nota y sujetos a una reglamentación, que con las demás condiciones que acabo de enumerar, den seriedad y prestigio a aquellos institutos.

De otro modo, y sin dirección artística, no habrá jamás ambiente para nuestros incipientes compositores, no se hará otra cosa por éstos, que perder lamentablemente el tiempo; jugar como juega el niño con un objeto cuyo mecanismo no conoce y que, para conocerlo y satisfacer su curiosidad, concluye por romperlo.

III

Res non verba

Excusado es decir, que el dueño de casa, don Gilberto Parallada, opinaba sobre el particular como su señora, y no era poco lo que le hacían pensar las tesis que sostenía su hija mayor, la cual sólo se dignaba hablar del dinero, cuando se habían agotado sus temas literario-musicales, y cuando necesitaba comprarse un buen vestido o alguna otra prenda de valor.

—¡Pero muchacha! — le decía entonces su padre — ¿qué tiene que ver con el arte la necesidad de ese vestido o esa prenda que ambicionas?

—En rigor, nada tiene que ver, — contestaba Amalita sin vacilar, y sonriendo con malicia...

—Pues, ¿y entonces?...

—Pero, — agregaba en seguida — no tiene que ver con el arte, pero sí con tu bolsillo... — y se quedaba tan fresca.

En las ciencias, en las artes, en los oficios relacionados con las industrias y trabajos de todo género, hay siempre que exteriorizar en hechos prácticos, en *dinero*... las teorías que les sirven de base, de manera que no basta meditar en su grandeza y alimentarse de líricas concepciones, sino que, como dejo dicho, es preciso *estudiar* y *hacer*, bajo dirección competente, para asegurar el provecho que aquellas ciencias, artes o profesiones, nos pueden proporcionar.

¿De qué nos habrían valido los inventos de Fulton y de Marconi, sin la aplicación que éstos les dieron a las industrias y a otras necesidades de las sociedades, del comercio y de la navegación?

A este objeto se han dirigido siempre y se dirigen hoy mismo, los esfuerzos del hombre, y no por el solo goce platónico de haber logrado triunfar haciendo aquellas conquistas para gozarlas en profundo silencio y éxtasis indefinidos.

Nadie puede discutir la influencia benéfica de las bellas artes sobre el ánimo y los sentimientos del hombre, enseñándole a pensar y a sentir con mejor criterio y mayor conciencia, pero tampoco puede negarse, que antes de estas conveniencias consultadas por medio del arte, hay otras que se imponen con mayor fuerza, por los valiosos intereses que afectan y perjuicios que su olvido podría aparejar.

Antes que bellas pinturas y sentidas melodías, antes que tiernos trovadores, que no son indispensables en absoluto, se necesitan obreros y muchas cosas que no es preciso enumerar, y que se relacionan con la conservación, progreso y porvenir de las sociedades.

IV

Tres émulos de Apolo

Carlitos Chaplin y Carlitos Warren, p. ej., — y va de Carlitos, — son dos émulos de Apolo, admiradores de este Dios, y que miran por encima del hombro a Saturno, Minerva, Ceres y a todos sus adeptos; pero, sin embargo, no se ofuscaron y preocupándose más de la aplicación del arte con el legítimo propósito del lucro, que del arte en sí mismo, ambos han sabido conciliar el culto por él con la regularización de su sistema de vida y bienestar consiguiente.

Carlitos Warren ha organizado una pequeña orquesta; ejecuta piezas escogidas, que forman su selecto repertorio, concurriendo para ello a los centros sociales que necesitan de su concurso, a diferencia de Carlitos Chaplin, residente lejos de aquí y que explota su arte en un ambiente distinto, que si no lo eleva a la altura a que puede elevarse un cultor de la pintura, de la música o de las letras, al menos lo aplica a la maestría necesaria, que no deja de ser un arte, para hacer zancadillas y dar mandobles, empellones y puntapiés, sin cau-

sar daño, ni causárselo, conquistando, a la vez, calurosos aplausos, grandes honores y muchos miles de dollars.

A pesar de esta diferencia de vidas y de actuación, ambos trabajan obedeciendo a la ley de Dios, que condenó al hombre a vivir del sudor de su frente; se bastan a sí mismos, y no habiendo podido *heredar* la independencia, tan deseada y apreciada por el hombre, ni *ex testamento* ni *ab intestato*, han sabido *adquirirla* con el arte en sus respectivas y prácticas manifestaciones, auxiliados por la fe, el trabajo y el tesón.

Amantes y admiradores del arte, jamás se les ocurrió entregarse a la tarea de cantarle hosanas y prenderle velas, ni soñar con creaciones fantásticas, sin salida ni valor en plaza, y que significando mucho por la muda y reflexiva contemplación, poco o nada significan en el sentido práctico, traducido en satisfacer con su ejercicio las apremiantes necesidades de la vida.

Y con idénticas convicciones, aunque con distinta vocación, Carlitos Chaplin y Carlitos Warren, tienen hoy vida y representación propia, y hacen gala de una independencia legítima, bien adquirida y mejor disfrutada en el escenario del arte, en el de la misma sociedad en que actúan y de cuya protección han sabido aprovecharse.

Un Tiburcio Gadea, otro émulo de Apolo, a quien conocí en el Pueblo de La Paz en 1876, sin duda elevando su espíritu en medio del prosaísmo de la vida que se veía obligado a llevar, se engolfó

de tal manera en los secretos y misterios del arte, que no concebía ningún acto suyo, cualquiera que fuese su tendencia, sin ver en él un rasgo, un destello de eso que así se llamaba.

Así, tomando como uno de tantos destellos la explotación de la leche de vaca, estableció un *tambo* en los suburbios del pueblo, y en defecto de circulares anunciando su nueva industria, se decidió por visitar a domicilio a las familias que componían la población en aquella época, no sólo para pedirles su protección, sino también para ofrecerles su pericia como garantía, afirmando para ello, con aire de convicción, que *conocía el arte* (textual).

¡Vaya un arte!, dirá alguien, pero a mi vez diré yo que al menos Gadea *hacía*, y *hacía* aplicando a una ocupación útil, necesaria, lo que él en su ignorancia y candidez, calificaba de arte.

v

“Salud, campo y vacas”

Todos los hombres no tienen igual criterio, y es muy posible que no falte quien pueda censurar a aquellos dos Carlitos y a Tibureio también, como sucede cuando se descende, como han descendido ellos, a poner en parangón y en aparcería al arte con el oro, aunque éste sea, como es, uno de los importantes factores de la vida humana.

¿Cómo puede producirse semejante aberración?, ¿es que hay quienes conciben el arte ideal, el arte

en sí, sin otra significación que el culto por él? ¿acaso protestan contra la simple pretensión, de que todas las idealidades y fuegos fatuos de la fantasía, se materialicen al fin, para llegar al oro, como trataron de llegar en el Rhin los nibelungos de Wagner?; ¿consideran, por último, una profanación inaudita la de concebir a un tiempo estos dos pensamientos, dominados por lamentables cavilaciones ideológicas?

En este sentido abstracto y cediendo a una vocación irresistible y hasta cierta idolatría o ilusionismo disculpable, con razón presumen los que, como Amalita, rinden ciego culto al arte *por el arte*, en dar a éste señalada preferencia en su esencia y significación a las mismas ciencias, por que para ellos la Jurisprudencia, la Medicina y la Cirugía, la Ingeniería, la Astronomía y las Matemáticas, ocupan un segundo plano, y esto con especialidad, cuando se trate, no del arte en general, sino de la música en particular.

Y aunque esto me parece—y a otros les parecerá también,—una verdadera herejía, una verdadera monstruosidad, que sólo puede atribuirse a un ciego fanatismo o apasionamiento, el hecho es que no falta quien, como la hija de Parallada, amamanten estas ideas y procuren encontrar en ellas la piedra filosofal que Franklin buscó inútilmente, en medio de sus horas de insomnio y profunda meditación.

La salud, la tranquilidad de ánimo y el dinero, son los grandes factores de la felicidad: “salud, campo y vacas”, como dicen los rurales.

La salud, comprende el bienestar del ánimo y del cuerpo, y en el primero de éstos se comprenden el cariño de la familia, las buenas amistades y el respeto y consideración a que en sociedad se haya hecho uno acreedor, pero el indispensable complemento de estos bienes, lo constituye el oro.

Son estas, de seguro, las circunstancias que garantizan el bienestar; y constituyendo, como ellas constituyen, verdaderas aspiraciones para el hombre honesto y práctico, es lógico suponer que deben ser para él inapreciables y lo que en primer término lo preocupe y seduzca.

VI

Soñar despierto

Los idealistas y soñadores, tienen que descender de las alturas a que se elevan, para familiarizarse una vez por todas con las realidades de la vida. Soñar durmiendo, es explicable, y en tal condición, puede jugarse cuánto se quiera con el destino de las familias y con el propio destino; pero, soñar despierto es sencillamente humorístico con sus ribetes de censurable insensatez.

En los actos más delicados del hombre, en medio de sus dorados sueños, en el de una escena tierna en que concurren las más conmovedoras emociones, en tales casos, por no decir en estos y en todos, la traducción forzosa es siempre, tiene que ser, el vil metal, que si puede afirmarse que no debe constituir jamás un fin, habrá que convenir forzosa-

mente en que es un medio; en una palabra: uno de los importantes e indispensables elementos del bienestar de las sociedades.

En todas partes se patentizan sus exigencias: en el hogar, en el comercio, en los templos y hasta en la última morada, donde parece que las exigencias interesadas debieran cesar.

¡Hasta este extremo llega el oro, y no quiere hablarse de él!... ¡Acaso porque no se necesita, o porque se tiene demasiado?... ¡Ruín metal que así te impones a la soberbia y orgullo insano del hombre!

VII

El autor y el intérprete

Bajo otra faz se considera por algunos el arte, ya se trate de la pintura, ya se trate de la música: no sólo se sobrepone al oro en absoluto, sino que a los intérpretes se les coloca en inferior condición que el oro y, con mayor razón, que los autores.

Una cosa, dicen, es el autor de un cuadro o de una composición musical, y otra una copia del primero y la ejecución o interpretación de la segunda, con auxilio de uno o más instrumentos o de la voz humana.

Indiscutiblemente, que en este caso merece la pena distinguir entre estos dos extremos.

El cuadro y la composición musical, con la aceptación que haya merecido o con la misma reprobación, siempre queda ahí, como queda la actuación

de un abogado o de un arquitecto, para ser juzgada en todo tiempo. Además, la copia del primero y la interpretación de la segunda, no llega a ser jamás un trasunto del original, sino una imitación o remedo, que sería contradictorio sobrepone a los títulos del autor del cuadro y al de la misma composición musical; todo esto es exacto, pero de esto mismo se deduce la independencia absoluta en que están unos respecto de los otros, en lo que concierne al mérito de las obras en sí, y al de la copia o interpretación que respectivamente se hubiesen hecho de aquéllas.

Por otra parte, el que copia un cuadro o ejecuta una composición musical, no se preocupa de disputar a los autores ni su mérito, ni su propiedad, sino de llenar su propósito de la mejor manera posible, tanto por amor y culto al arte que profesan, como por escrúpulos de amor propio muy explicables.

Por consiguiente, es fuera de duda, que en la pintura no hay que confundir un cuadro original con una copia, como en la música debe distinguirse entre un compositor y el intérprete de sus obras; arte es la obra del pintor y la del compositor, y arte es también el del que copia o interpreta, y aunque algún visionario podría pensar, tratándose, p. ej., de la música, en lo que serían los intérpretes, faltando los compositores, no sería difícil volverle la oración por pasiva, aludiendo sencillamente a lo que serían los compositores sin los intérpretes.

Pero, es que hay más: tendría siempre que distinguirse, pues ya se trate de un cuadro o de una composición musical, el mérito de la obra no siempre tendría que estar en el autor, pudiendo tenerlo el intérprete con facultades muy superiores, hasta asegurarle un éxito y brillo con el cual no había soñado el autor.

¡Recuerdo tantos casos que confirman esta doctrina!

Y, a la verdad, ¿qué éxito tenían, leídos, los sermones del doctor Mageste, fuera de su mérito literario? No vale la pena de recordarle, y entre tanto, ¿cuál era ese éxito, pronunciados por el notable orador sagrado? ¿Qué importancia y vida ha tenido la ópera "Marcela" de Giordano, estrenada en el Constanza de Roma en 1908?, ¿qué camino ha hecho desde entonces? Ninguno, y sin embargo, fué De Lucia, el notable tenor, el intérprete, en una palabra, el que aseguró el éxito estruendoso de aquella noche. ¿Qué habría sido como producción teatral la "Gioconda" de D'Annunzio con todo su mérito literario, sin la magistral interpretación de la Eleonora Duse, a cuyos pies no pudo menos de prosternarse el ilustre literato italiano?

VIII

"El Becerro de Oro"

En fin, para terminar, y recapitulando los extremos de esta ya larga peroración, diré: que en la escala del saber, todos son grados en su respectiva esfera y perfección.

Nadie podrá negar la grandeza del arte en sí mismo, ni la gloria que cabe al dios Apolo por la honrosa personería que ejerce en competencia de la que a su vez ejercen los demás dioses de la Mitología; pero, el que más elevada opinión tenga del arte, a cada instante tendrá que descender de su vaporosa y diáfana fantasía hasta palpar la condición prosaica, pero práctica, de los que, a pesar del arte por el arte, rindan por necesidad y convicción, inevitable culto y homenaje al "Bece-
rro de Oro".

CAPITULO IV

Un Baile de máscaras

Recuerdos retrospectivos del Sitio Grande

I

El viaje

Una mañana del mes de febrero de 1851, acababa de despertarse nuestro conocido joven Arturito, que figura en tres o cuatro capítulos del "Carnet de un Filósofo de Antaño", obra de que soy autor, cuando su mamá le dijo con cierta reserva:

—Mira, Arturito, que es necesario que durante la semana que corre, repases perfectamente todas tus lecciones, si es que quieres recibir una sorpresa agradable...

—¿Cómo que repase mis lecciones — observó el joven con extrañeza — si estamos en vacaciones todavía?

—Ya lo sé, — continuó su mamá, — pero las clases empiezan a funcionar el 1.º de marzo; estamos ya a 4 de febrero, y es bueno que estés pre-

parado para tu ingreso al aula de Matemáticas; ¿no es por esta materia, que vas a empezar los estudios preparatorios en la Universidad?

—Sí, señora... y esté usted tranquila, que me portaré bien; encuéntrome bastante fuerte en Aritmética mercantil, que es lo principal para empezar el estudio de la *razonada* que debe preceder al Álgebra...

La señora pareció satisfecha con las seguridades que le ofrecía esta contestación, y mirando fijamente a su hijo:—Pues bien, le dijo sonriendo, midiendo las frases y dejando para el final lo de más interés: sabrás, que la semana entrante, aprovechando el Carnaval...

—¿Me permitirá usted disfrazarme? — interrumpió impaciente Arturito.

—No se trata de eso, por ahora, sino de algo mejor... porque, iremos al Cerrito a visitar a tus hermanos, para estar aquí uno o dos días antes del 1.º de marzo.

El joven no pudo contener su alegría; brincó de contento, y momentos después hacía inventario de los dos únicos trajes con que contaba, y de los demás complementos indispensables para un viaje como el que iba a emprender.

Poco o nada repasaba sus lecciones, no obstante el compromiso contraído, y durante los días que faltaban para el viaje, no hizo otra cosa que formar los castillos en el aire, que todos hacemos en esta vida engañosa, cuando nos vemos halagados por gratas perspectivas o en situaciones difíciles que pretendemos conjurar.

Los días fueron pasando unos tras otros, y durante ellos los aprestos del proyectado viaje fueron adelantando de tal modo, que ya el día 10 no faltaba sino que hubiese oportunidad de poder trasladarse al campo sitiador ya por el muelle de don Samuel Laffone, en la playa de la Teja, o por el puerto del Buceo, pues por tierra no se obtenía licencia de los beligerantes, sino en casos muy especiales.

Felizmente, dos días después, el lanchonero Montes, muy conocido en Montevideo y en el Buceo por las funciones que jugaba en aquella época, haciendo frecuentes viajes entre uno y otro puerto, envió un emisario a casa de Arturito para dar aviso a su señora madre, de que el 15, a las 9 de la mañana, saldría su lanchón, si hacía buen tiempo y siempre que el viento no fuese contrario.

Es de advertir, que también en esa época, casi todas las cosas se *hacían a dedo*, como suele decirse, porque en vez de tarjetas y circulares, telégrafos y teléfonos de ahora, las comunicaciones se verificaban por recados a domicilio, lo mismo en la vía social que en la mercantil.

En esta forma, pues, fueron notificados los viajeros, y desde ese instante todo el mundo corría de un extremo a otro de la casa; patronos y sirvientes, con Arturito a la cabeza, no hacían sino arrastrar baúles, que contenían la ropa de uso; empaquetar artículos de tienda, almacén y confitería para obsequiar con estos últimos a los parientes del campo sitiador a quienes debían abra-

zar, tal vez el mismo día 15, si tuviesen la suerte de contar con buen tiempo.

En esta confianza, y siendo todos optimistas en la casa, ninguno de sus habitantes dejó de dormir esa noche a pierna suelta, soñando con los encantos de la travesía que debían hacer al día siguiente, y con los agasajos que les esperaban al pisar los dominios de la Unión y Molino del "Galgo", en cuyos alrededores vivían algunos de sus parientes y amigos.

II

Hagamos crónica

Durante el sitio de Montevideo, y pasado el primer año sobre todo, las familias que durante ese tiempo esperaban de un día a otro la terminación del asedio y entrada del país en la vía regular, apercebidas al fin de su error y en medio de tal desengaño, empezaron a sentir la necesidad de verse y abrazarse.

Fué entonces que se iniciaron distintas gestiones, tanto en la Capital como en el campo sitiador, para que las autoridades acordaran permisos para que pudieran celebrarse entrevistas de familia, ya trasladándose sus miembros de un punto a otro por una pequeña temporada, ya citándose para un día y punto fijo en la línea de fuego y campo neutral.

Obtenida la autorización solicitada, gracias a valiosos empeños, los permisos para lo primero se

otorgaban a las personas mayores de edad, y sus familias, pero para lo segundo, sólo a los menores de doce años. Para esto, acompañados los menores por sus padres o personas caracterizadas, se presentaban de una parte y otra a los jefes de línea exhibiendo aquellos permisos.

Estos últimos eran otorgados por el jefe de Estado Mayor de la plaza y por el Secretario privado del general Oribe, don N. Dañobeitia, ediciones éstas equivalentes a Carralón de la Rúa y al doctor Angel Brian, con iguales deberes y atribuciones.

Los niños que debían entrevistarse, avanzaban en la línea hasta un punto que se les indicaba de antemano, y al salir uno, p. ej., de las avanzadas de la guarnición de la Capital, salía el otro de las avanzadas del ejército sitiador, siempre a la vista de las personas que los habían acompañado y del jefe u oficial de cada línea de fuego.

¡Así se verificaba el encuentro y entrevista de los hermanos, separados por las circunstancias que dividían a la familia uruguaya en aquella época de triste recordación, para concluir veinte minutos después por alejarse poco a poco unos y otros con signos elocuentes de tierna y dolorosa despedida!

¡Cuántos cuadros idénticos se presenciarian hoy mismo, no obstante los casi sesenta y siete años transcurridos, si tuviésemos que representar escenas tan tocantes y dolorosas por no haber llegado aún, como dice nuestro distinguido compatriota e ilustrado publicista doctor Melián Lafinur, en su

último libro, a la actuación benéfica de las agrupaciones ajenas al tradicionalismo partidario!...

Algunos casos de estos presencié hasta entre miembros de mi propia familia, y tuve ocasión de observar, que a todos producían iguales emociones y pensamientos idénticos, que jamás he podido olvidar.

Tanto en estas entrevistas de familia en la línea de fuego, como en las que tenían lugar haciéndose la travesía por el Buceo o el muelle Lafone, en los mismos permisos a que antes me he referido, se autorizaba al portador, con más o menos largueza, para llevar consigo, gallinas, pollos, patos, huevos, queso, manteca y otros artículos inapreciables en la ciudad sitiada, si aquél procedía del ejército sitiador; así como dulces de confitería, algunas telas en cantidad limitada, libros y cualquiera curiosidad, de esas que escaseaban afuera, cuando el favorecido procedía de la Capital.

Por supuesto, que esas facturas se le permitían, en el único concepto de regalo u obsequio a las personas de su familia, bajo el más severo correctivo para el caso de no proceder ajustadamente a esta condición, para lo cual se hacía una fiscalización tan prolija, como si se tratase de artículos de guerra o contrabando.

Con estos ligeros datos, que he considerado conveniente consignar de paso y con permiso de mis lectores, vuelvo a mis cominos, esto es, al proyectado viaje a que fué invitado Arturito por su señora madre,

III

Arturito en viaje por agua y en excursiones por tierra

El día 15 de febrero recuerdo que fué bellissimo y, además, el viento no era contrario, sino que desde temprano empezó a soplar del Sudoeste, colocando a los viajeros en la condición más favorable para la travesía, aunque con marejada de fondo, que poca mella había de hacerles, siendo como eran insensibles al mareo.

Por otra parte, seis kilómetros y medio se andaban a vela en poco más de una hora, así es que, habiendo salido del muelle viejo, situado entonces al extremo de la calle Misiones, al Norte, a las 9 1/2 a. m., fondeaban en el puerto del Buceo momentos antes de dar las once.

Hasta aquí, todo marchó bien, pero el desembarco demoró otra hora, y tal vez dos más, el que la Capitanía del Puerto los despachase. De esto resultó, que si bien almorzaron ese día con marcado apetito, buena razón tuvieron para ello, porque eran próximamente las 3 de la tarde cuando se sentaron a la mesa en medio de señaladas expansiones de alegría y satisfacción.

En los dos días subsiguientes a la llegada de los viajeros, éstos no hacían sino recibir y obsequiar con dulces y confites a las personas de la familia y antigua relación, que venían a saludarlos, y como en estas ceremonias, Arturito, con sus trece años apenas, jugaba en sociedad un papel algo desairado

por lo indefinido, fué independizándose gradualmente durante esos dos días, hasta que uno después, ya empezó a dar sus paseítos por la villa, que un año después había de llamarse de "la Unión".

Desde 1843 a 1847, nuestro joven había habitado aquellos dominios, y como en septiembre de este último año, fecha en que bajó a la Capital para empezar sus estudios, los cuatro años de residencia en aquellas inmediaciones le daban la preparaci6n necesaria para extender sus excursiones a mayor distancia, no vacil6 en visitar el colegio de don José Zunda, en el cual tuvo por condiscípulos a José, Eduardo, Federico y Darío Brito del Pino; Claudio Balparda, Eduardo Díaz Sienna, Enrique y Juan Antonio Artagaveitia, Carlos Miralles, José Benito Piñeyrúa y Antonio Fariña, hijo de aquel señor que se arrastraba diariamente en un tálbury pintado de colorado con estas letras negras en la parte trasera del asiento: F. o M., que no faltó quien tradujese en estos términos: *Federación o M.*

El Colegio estaba instalado en la casa llamada de los Padres, a poca distancia de la Unión, sobre mano izquierda, a dos cuadras, más o menos, del hoy Camino 8 de Octubre, fecha de la terminaci6n de la Guerra Grande. La mayor parte de los condiscípulos de Arturito ya no asistían al Colegio por diferentes causas, y sólo pudo entrevistarse con su antiguo maestro don José Zunda, y condiscípulos Claudio Balparda y Antonio Fariña. Este último, a pesar de los cuatro años transcurridos desde que Arturito había salido del Colegio para trasladarse

a Montevideo, se servía aún del mismo petizo overo, con el que hacía el trayecto diario de su casa al Colegio, y de éste a aquélla.

Al siguiente día el joven excursionista avanzó algo más, pues tomando la misma calle en que se encuentra hoy la verja y portón del terreno en que estaba ubicado el Colegio de Zunda, emprendió marcha hacia el Norte y en dirección al actual camino Larrañaga, que ya entonces se conocía por este nombre. Detúvose en el Cuartel de los Vascos, apenas distante unos quinientos metros del Camino 8 de Octubre, con el objeto de visitar al señor coronel don Ramón Artagaveitia, jefe del batallón de este mismo nombre, a quien lo ligaba una vieja y estrecha amistad con su señor padre, y a quien, en compañía de este último, había visitado muchas veces cuatro y cinco años antes.

La entrevista fué corta, y Arturito, después de despedirse del coronel siguió hasta la quinta del entonces coronel don José M.^a Reyes, pasando por frente del rancho que inmediato a la Capilla de Jackson ocupaba en aquella época el venerable sacerdote y Vicario Apostólico don Dámaso Larrañaga.

Eran más de las 6 p. m. cuando llegó a la casa-quinta de Reyes, regresando media hora después a su casa.

Para esto, el visitante volvía llevando una gran nueva, con la cual se proponía sorprender a su hermana, como le había sorprendido a él: la señora doña Manuela del Villar, esposa del coronel, le había recomendado que previniese a su con-

cuñada y amiga, lo mismo que a su mamá, que pasados unos días se bailarían en su casa y que contaba con la concurrencia de ambas, con prevención de que las que lo desearan, podían usar disfraz, y en la inteligencia de que en oportunidad, avisaría el día y hora.

Arturito, depositario de tan grata noticia, llegó jadeante al Molino del "Galgo", y apenas llegado, desembuchó cuanto tenía en el estómago, que siempre reputaron *enladrillado*, sus amigos y hasta él mismo.

La familia quedó enterada, y estando en la ante-
víspera de los días de Carnaval, los aprestos para la tertulia empezaron a toda prisa.

IV

Cómo en algunos casos el hábito hace al monje

Entretanto, continuaban los viajeros — madre e hijo—departiendo con los miembros de la familia y amigos sobre intimidades que sólo a ellos interesaban, así como sobre la plaza sitiada, personas conocidas y probabilidades de paz que pusiesen fin a la difícil situación actual.

Al iniciarse el sitio, muchas familias habían abandonado sus casas y comodidades, apenas con lo indispensable para servirse por la corta temporada que pudiese durar el sitio de Montevideo, y que engañadas en sus ilusiones a tal respecto, se habían visto obligadas a mantenerse lejos de su antiguo y verdadero domicilio por más de ocho

años, en la época a que estoy refiriéndome, año de 1851.

Una tarde, al regresar Arturito de uno de sus paseos por el pueblo de la Unión, se encontró en casa de su hermana, con que la señora del coronel Reyes había mandado decir, que el baile iba a tener lugar el martes de Carnaval, a las 9 de la noche, en su quinta del Miguelete.

.

Nuestro joven, desde que su mamá le anunció el viaje al campo sitiador, no vivía sino de gratas sorpresas, y como su firme propósito fué siempre el de aprovecharse de ellas, a tal efecto, empezó a echar sus cálculos para que la fecha señalada no le tomase de sorpresa.

Faltaban tres días para que llegara el deseado martes de Carnaval, pues estábamos en viernes de la semana anterior; con todo, se abalanzó a su pequeño baúl, lo abrió, pasó la vista por su traje de reserva, sombrero, zapatos y demás anexos, y después de una cepillada, más o menos prolija, volvió a colocar todo en su lugar, al parecer satisfecho de la impresión recibida y... quedó a la espera de los acontecimientos.

Arturito era el Benjamín de la corta familia de que hacía parte, pues no eran sino tres hermanos, comprendido él.

La señora doña C., había encontrado a su hermano menor muy bonito y crecido, y no pudo menos de felicitarlo, aunque con algunas salvedades por el traje de viaje que vestía, pero no por el que no vestía y llevaba de repuesto, de panta-

lón ajustado con estriberas, levita de lustrina marrón con mangas estrechas, que le producían sudores para meter sus brazos en ellas, y mucho más para sacarlas, coronando su indumento, no muy apropiado para un adolescente de 13 años, unos botines de marroquín, de punta aguda y retorcida y sin taco, y un sombrero de copa de castor blanco, con alas de hojaldre de pastel.

Arturito era bien parecido, no puede negarse, y su silueta bastante aceptable, pero su vestimenta no lo era por cierto, y la verdad es, que puede dar gracias a llegar de la Capital con la presunción en su favor de estar a la moda, que de lo contrario, quién sabe a qué pruebas se habría visto sometido.

—¿Te has fijado, mamá, la extrañeza que les ofrezco a estos gauchones?...—preguntó en cierta ocasión a su mamá.

La señora miró a su hijo, y no pudo menos de reír, porque ya en intimidad de familia, se había hecho crítica severa del traje de viaje de Arturito, y mucho más del destinado a actos solemnes y que había exhibido después de abierta su valija, tendiéndolo sobre su cama.

Cada uno por su estilo, resultaban detestables, y en ello no tenía culpa sino el sastre don Isidoro Vivas, que Dios tenga en su gloria para bien de su alma y descanso de sus clientes.

Es de advertir, que el joven no era exigente con su sastre, ni con sus obras, pero las levitas que aquél le destinaba por regla general (pues no se

conocía ni el saco ni el *jacquet*, en aquel entonces, avanzándose apenas a los chupetines entallados y de manga estrecha); siempre le preocupaban, llegando al extremo de constituir para él una verdadera pesadilla.

En efecto; enfundada la pieza en cuerpo y brazos después de gipar un rato y de entrar en calor, por más frío que hiciese, lo primero que Arturito observaba y observaban los que estaban a su alrededor, era que una de las carteras del faldón trasero, se montaba sobre la otra, formando X, lo que todos encontraban antiestético en materia de indumentaria; y si para corregir semejante defecto, el joven abrochaba la pieza, veía que el remedio pasaba de la raya, pues entonces las carteras traseras del faldón, en vez de sobreponerse una a la otra, se abrían exageradamente, determinando un triángulo *isósceles* en las faldas a imitación de la cola de una tijereta.

Agréguese a los dos trajes y a guisa de complemento, una capa de lanilla de color obscuro, indefinido, forrada en tartán a cuadros y de vuelo tan amplio, que tendida formaba la superficie plana y completa de una circunferencia sin más desperdicio de tela que la necesaria para meter la cabeza.

Si amplia era la capa por su vuelo, lo era más por su largo, pues llegaba a bordear los talones de Arturito, y parado y sostenido el cuello por una entretela de loneta cruda que lo mantenía tieso, la personalidad del joven se convertía en una verdadera percha japonesa...

De cualquier modo, peor que la capa, era lo que bajo de ella se ocultaba, recordándome aquella entrada del tenor cómico en la zarzuela "Lucero del Alba":

¡Chito!... ¡Chito!...
Que bajo de la capa
Traigo el cuerpo,
Traigo el cuerpo
Del..... delito.....

¡Qué diferencia hoy para vestirse un joven presumido! ¡Cualquier turco viste más correctamente por poco dinero, que los de aquella época, no siendo turcos y gastando buenos pesos!

Sin embargo, no había otros trajes en juego; hubo que hacer frente con ellos a la situación, y Arturito recorrió las inmediaciones del Molino del "Galgo", la Unión, el Camino Larrañaga, Cuartel General y de los Vascos y Paso del Molino y Miguelete, zona que ocupa hoy parte del Prado y Camino Reyes, luciendo sus galas, sin otra restricción como transeunte, que agregar como agregó a su sombrero de hojaldre de pastel, una divisa blanca de dos pulgadas de ancho, en la cual en letras negras se leía: "Defensor de las Leyes". (1)

No había, pues, término medio para el pobre Arturito, quien no podía conformarse viéndose coartado de esta manera en sus modestos deseos

(1) Sabido es, que el uso de la divisa era obligatorio para los hombres, como la moña punzó y blanca lo era para las señoras.

de verse siquiera en iguales condiciones y no mejores, que los demás.

V

Papel que hizo Arturito en el baile

Llegó al fin el Carnaval, y con él el dichoso martes, día designado para que tuviese lugar el baile que daba en el Miguelete la señora de Reyes.

No habían sonado las 9 1/2 de la noche (1) y el salón contenía ya gran número de señoras, señoritas y caballeros, así como dos comparsas que fueron las primeras en llegar. Una de ellas se distinguía por el disfraz de súbditos de Plutón, llevando sus rabos rellenos de confites. Algunos resultaron perdidos al fin de la fiesta (me refiero a los rabos), y otros tantos diablos rabones, como fácilmente se comprenderá por el aliciente y tentación que ofrecían sus colas.

Hacían parte de la concurrencia la bellísima señora de Reyes, María García de Requena, Dolores Carvalho de Estrázulas, señoras y señoritas de Maturana, de Arana, señora Vázquez de Acevedo, señora Carmen González de Reyes, señoritas Mercedes Pinilla, Zoila y Aurelia Díaz, hijas de don Pascual Díaz, aquel que hablaba de banquetes servidos de a caballo por el crecido número de con-

(1) En aquella época los bailes empezaban a las 10 de la noche del día señalado y no al siguiente, como ocurre hoy.

vidados y para mejor aprovechar el tiempo, Raquel Foresti, Ercilia y Celia Reyes y tantas otras. Además, se hallaban presentes el coronel Reyes, don Joaquín Requena, don Jaime Estrázulas, don Eduardo Acevedo, don Joaquín Reyes, señor Maturana y otras muchas distinguidas personas.

Recuerda Arturito que la señorita Raquel Foresti, que acababa de llegar de Europa, cantó una romanza acompañada al piano por la señora de Estrázulas, obteniendo grandes aplausos que la obligaron a repetirla, mereciendo su complacencia, una nueva ovación.

Es excusado decir, que Arturito hizo acto de presencia antes de la hora indicada; tenía entonces trece años, como ya lo he dicho, y sin embargo, iba a concurrir al primer baile. La triste época en que vino al mundo, y en que empezaba a deslizarse su existencia, resultó poco aparente para fiestas, aparte de la falta de oportunidades y medios para presenciarlas y disfrutarlas.

Por otra parte, se le ofrecía un serio inconveniente, y era el de su edad, no deparándole ella representación alguna en un salón de baile, ni tampoco en otras situaciones, así es que nuestro joven, con su traje de levita y sombrero de copa, que ya conoce el lector, se había detenido en la puerta del salón, que daba a la galería ocupada por una pequeña banda de música.

Mientras que se bailaba en el salón, Arturito, cual otro "Caballero de Gracia", se paseaba de un extremo a otro, tarareando algo como aquello que

habíamos de oír cuarenta años más tarde en la revista “La gran vía”:

“Caballero de Gracia me llaman
“Y efectivamente soy así”...

sólo que en la revista, el caballero de Gracia se presentaba de frac, bota fuerte y descubierto, mientras que Arturito, lo hacía de levita, mal entallada por falta de equilibrio, zapatos sin taco y sombrero piramidal, de castor blanco.

Alrededor de los músicos de la banda ofrecía con ellos un raro contraste: ni ellos, ni las máscaras que entraban al salón o salían de él, le sacaban los ojos; parecía un extranjero venido, no de Montevideo, sino de tierras extrañas, en la que los jóvenes, casi niños, cubrían su cuerpo y su cabeza con tan inadecuado indumento.

¡Cuántos recuerdos provocan en mí estas situaciones hijas de mi inexperiencia, decíame cierto día Arturito, ya hombre y casi viejo; y no sólo de mi inexperiencia, agregaba, sino también del poco gusto de mis causantes y parientes, que no supieron darme un consejo salvador!

Entretanto, soportó las miradas y sonrisas maliciosas y de inteligencia que se dirigían los que fijaban en él su atención y hasta los mismos turcos, que componían la banda, como soportó el sueño que allá a las 12 de la noche empezó a apoderarse de él. Luchó cuanto pudo como había luchado con las miradas y sonrisas de los admiradores de su rara silueta a la puerta principal

del salón del baile, pero al fin, dejó de pasearse, y en una vieja poltrona que se encontraba en el extremo opuesto del corredor o galería que ocupaba la banda de música y en la cual tendió su capa, se dejó caer.

En nueva lucha se encontró comprometido cuando se arrellanó en la poltrona, y aunque no quería rendir tan temprano culto a Morfeo, al fin concluyó por rendírsele, y rendírsele tan bien, que... se durmió profundamente... y en su ley, como suele decirse.

En efecto, lo hizo enfundado en sus pantalones de tiros, en su levita de lustrina, en sus botines sin tacos y con su piramidal sombrero de copa encasquetado hasta las orejas.

El hombre estaba de gala esa noche, y al arrellanarse en la butaca, no encontró motivo para alterar en lo mínimo su silueta... y fué por eso que se durmió con sombrero puesto....

VI

Una noche toledana

Se despertó a las 5 de la mañana, cuando la banda de música se retiraba, figurándosele al incorporarse, que alguien se había encargado de zamarrearlo con cierta violencia.

Los músicos se le encaraban y se reían en sus narices, preguntándole algunos, si había dormido bien, y otros, si le gustaba dormir con música.

El interrogado no contestó a estas preguntas

impertinentes, porque se encontraba aturdido bajo la acción del sueño y, a la vez, transido de cansancio y con sus músculos tan doloridos como si le hubiesen dado de palos.

Buscó su sombrero (¡malhadado sombrero!), y lo vió en el suelo, entre la butaca y la pared: estaba ileso y, la verdad, que fué milagro en la crítica situación por que pasó.

Sentía frío, la cabeza pesada e hinchados y doloridos los pies, como que, había dormido cinco horas con los botines calzados, aparte de que siempre le fueron tan estrechos, como bajos de taco.

Miró a su alrededor; vió que cerraban la puerta del salón, cuyas luces se habían apagado, y en tal momento, ya no vió a nadie, ni aún a los músicos, que acababan de salvar el portón Este de la quinta. Por suerte, sentía necesidad de moverse para reparar el entumecimiento de sus piernas y con este objeto, no teniendo nada que esperar en la casa del baile, y aprovechando la linda mañana que empezaba a alumbrar el sol del nuevo día, echó a andar tomando el hoy Camino de Reyes, hasta llegar al de Larrañaga, por donde había venido, y a fuerza de zancadas hizo la tremenda jornada, que desde allí lo separaba del Molino del "Galgo".

Llegó al fin, pero... llegó derrengado y con recuerdos poco gratos del primer baile de máscaras que había presenciado, y convencido de que las levitas mal entalladas y los sombreros de copa alta, negros o blancos, con divisa o sin ella, son poco aparentes para fiestas de esa clase:

El siguiente día, lo empleó en dormir, y no obstante haber almorzado antes bastante bien, y comido después mucho mejor, sentía aún restos del cansancio que le había producido la velada de la última noche.

A la fecha, de todas las personas que concurrieron a este baile, sólo sobreviven Margarita Oribe y Zoila Díaz — hoy viudas de los señores César Reyes y coronel José María Pinilla — y nuestro joven y principal protagonista de este capítulo.

VII

El regreso a Montevideo

Arturito, con la experiencia adquirida a tan caro precio, le tomó tal aversión a los bailes en general, y muy especialmente a los de disfraz, que poco tributo les prestó desde entonces, y durante su vida, no habiendo concurrido a ellos, sino por compromiso y no porque le proporcionasen halago alguno.

El 27 de febrero fué el día designado por el lanchonero Montes para regresar a la Capital, y excusado es decir, que el joven viajero se encontraba en ella esa misma tarde, y al día siguiente, a las 8 1/2 a. m., en el aula de Matemáticas de la Universidad, regentada por el doctor don Luis José de la Peña.

CAPITULO V

Tarde aciaga

Cuadros lamentables debidos a la intemperancia de nuestros partidos tradicionales

I

Signos precursores...

No recuerdo si fué el 16 o 17 de febrero de 1868, cuando atravesando el doctor X la Plaza Constitución, desde la esquina Sarandí y Cámaras al Club Inglés, observó la presencia de varios grupos de personas de pie en distintos puntos de la acera del Cabildo y del frente Norte, que ocupaba entonces la tienda de un señor Lozada, y hoy el Hotel Lanata. Observó también, que en la diagonal que mide la distancia indicada, entre la tienda y Club Inglés, departían en voz baja conocidos ciudadanos del Partido Nacional, y entre ellos, algunos jefes de línea del mismo partido que a la sazón figuraban en la lista pasiva; y por último, que en la portada de la derecha, al entrar en el Cabildo por la del centro, el ex Presidente

de la República, don Bernardo P. Berro, con su traje de costumbre, levita y pantalón negro, sombrero alto de felpa, y de pie sobre el umbral, miraba a la derecha e izquierda, alternativamente, con verdadera insistencia.

Al doctor X le llamó la atención y preocupó un poco, la presencia del señor Berro, tan luego en la puerta del Cabildo, así como la de los grupos que ya de pie o sentados, ocupaban diferentes puntos de la plaza, pero ajeno aquél a la política, como siempre lo fué, y con las preocupaciones propias de su profesión, minutos después ya no pensaba en aquello, ni en lo que podía significar.

Una hora más tarde, volvió a atravesar la plaza en dirección a su estudio, sito en la calle de Cámaras entre Sarandí y Buenos Aires, pero tanto el señor Berro como los grupos a que he hecho referencia habían desaparecido. Sin embargo, en la tarde de ese mismo día llegó a sus oídos cierta especie revolucionaria que no dejó de inquietarle y de explicarle algo de lo que había observado por la mañana.

Hacía apenas dos semanas del acto subversivo de don Fortunato Flores, jefe de un cuerpo de línea, y la situación por esta y otras circunstancias, no podía presentarse más delicada, siendo general el descontento entre los hombres más espectables de ambos partidos tradicionales.

Se hablaba con insistencia de revolución, de destierros y hasta de fusilamientos, con otras lindezas por el estilo, pero llegó a conversarse tanto de todo

eso, que dos días después, nadie daba ya crédito a las espeluznantes noticias, cuyo origen se atribuía a improvisaciones de los diarios de oposición y clubs políticos y no a verdaderas causas de perturbación y atentado.

Las cosas, pues, siguieron sin novedad ese día, y el siguiente, bien que los rumores de revolución no dejaron de circular por todas partes, y con especialidad, en Campaña, desde donde sus habitantes, justamente alarmados, pedían noticias con marcada impaciencia.

II

Se confirman los rumores

Eran las 9 de la mañana del día 19, cuando el joven don Félix Calzada, estudiante de Derecho, se presentó en el estudio del doctor X para pedirle, que habiendo sido nombrado éste con los doctores Carlos de Castro, Cristóbal Salvañach, Plácido Ellaury y Manuel Garzón para componer la mesa en el examen general que debía rendir ese día a la 1 1/2 de la tarde, le rogaba no dejase de concurrir, pues abrigaba el temor, por los rumores corrientes, que el acto pudiera aplazarse por falta de número en la Mesa. El doctor X le dió tales seguridades de que no faltaría, que el joven examinando se retiró contentísimo de la entrevista.

Antes de la 1 1/2 llegó el doctor X a la Universidad, encontrándose allí con los doctores Garzón y Salvañach, y con la noticia, de que el doctor

Castro acababa de avisar que no concurría al acto, mientras que, por el contrario, el doctor Ellaury comunicaba que haría acto de presencia.

Efectivamente, no tardó en llegar y minutos después se dió principio al examen, terminando éste poco antes de las 3 de la tarde.

Los señores Garzón y Ellaury salieron de la Universidad sin retardo, pero el doctor X y el doctor Salvañach se demoraron con el Secretario doctor Berinduague, consultando una ley del Código de las Partidas que se había citado y comentado durante el examen, y esto retardó su partida hasta las 3 1/4, más o menos, hora a la que tomaron la calle Sarandí hacia el centro, quedando el doctor Salvañach en su casa-habitación de esta calle y continuando el doctor X hasta la suya. Para esto, una cuadra antes y casi a la puerta de la que hoy pertenece a la familia del finado don Mauricio Llamas, habían oído cierta especie entre dos individuos de mal talante y de gesto airado, que mucho les llamó la atención y obligó a acelerar el paso y a observar sus respectivos relojes.

El doctor X ninguna otra novedad encontró hasta llegar a la plaza Constitución. Recordó, que tenía dos nombramientos de oficio en el Juzgado de lo Civil ubicado en ella, y con este motivo, se dirigió a él, retirándose después de un cuarto de hora y de oír al Escribano-Actuario don Gervasio Muñoz, quien le dijo al oído: "Váyase para su casa, que yo voy a hacer lo mismo".

El doctor X se despidió, y al pasar por la acera de la plaza, frente al Cabildo, varios diputados se encontraban en el balcón del centro, sin duda durante un cuarto intermedio, y entre ellos, don Constantino Lavalleja, a quien el doctor X saludó, entrando un minuto después en su Estudio.

III

Movimiento subversivo en las calles

Varias personas le esperaban en él con marcada impaciencia, entre ellos don Joaquín de Faría, don Martín Aguirre, padre del abogado y notable parlamentarista del mismo nombre, don Mauricio Blanes y un pariente del doctor X.

Este último ocupó su asiento de costumbre, para concluir un escrito casi terminado al salir para la Universidad, cuando un rumor sospechoso, con el cual estaban todos familiarizados, desde el motín o cosa parecida de los primeros días de ese mes, se hizo sentir a la par de golpes bruscos de puertas que se cerraban con estrépito, pasos precipitados en las aceras inmediatas y ruidos de carruajes y carros arrastrados a mayor carrera que de costumbre; todo esto hizo pensar en un nuevo movimiento subversivo, bien que, sin saber a quién atribuirlo.

Salir al patio el doctor X y dirigirse a la puerta de calle, todo fué obra de segundos, y lo mismo la dispersión de los concurrentes, buscando cada uno un refugio, pues se dejaron ver hombres emponcha-

dos y armados de trabucos y puñales en dirección a la plaza.

Solo el doctor X con su pariente, cerró la puerta de su Estudio, y ya en la calle, tropezando a cada paso con gente de aspecto sospechoso, pero que por el momento no agredía a nadie, sino que trataba de ganar camino en dirección a la plaza, según se ha dicho antes, tomaron la calle Cámaras hacia el Sur, la de Brecha en seguida, para refugiarse en el domicilio de un amigo ausente.

Después de algunos momentos de reflexión comprendieron que lo más práctico era dirigirse cada uno a su casa, y uniendo los hechos a las palabras, siguieron por la calle de Brecha hasta llegar a la de Reconquista, doblando después a la izquierda para tomar cada uno por su lado.

IV

Don Bernardo P. Berro

Eran alrededor de las 4 1/2 de la tarde cuando llegaban a la esquina que forman la expresada calle Reconquista y la de Cámaras.

Allí se detuvieron un momento para orientarse y pensar en la dirección que les convenía seguir, y excusado es que diga, que lo primero que se les ocurrió fué dirigir la vista a la Plaza Constitución, pudiendo notar entonces, que en el balcón del Cabildo que da sobre aquélla, un grupo de diputados corría de un extremo a otro de él, accionando con agitación, y que por las bocacalles de la plaza y

de la de Buenos Aires y Cámaras, se veía cruzar individuos a la carrera, pero en poco número y en opuestas direcciones.

Al doctor X se le ocurrió hacer escala en la casa-habitación del doctor don Joaquín Requena, en la citada calle de Cámaras, entre Reconquista y Yermal, pero antes él y su acompañante, miraron una vez más para la plaza.

Inmensa e inesperada sorpresa fué la que les produjo la presencia del ex Presidente Berro, quien a la altura de diez metros de la calle Buenos Aires y en dirección a la de Cámaras, hacia el Sur, descendía por el centro de esta última calle, y no por ninguna de las aceras.

Vestía como de costumbre, levita y pantalón negro y sombrero alto de felpa; caminaba a paso regular y tranquilo, en una palabra, a su paso habitual, y dando vuelta la cabeza con frecuencia para mirar a la plaza.

El doctor X apresuró la marcha y con su acompañante llegó a lo del doctor Requena, a quien notició de la aproximación del doctor Berro.

Momentos después de cerrada la puerta de calle pudieron sentirse en la acera del Oeste, a que daba esa puerta, los pasos firmes y acompasados de aquel respetable ciudadano, que en su comprometida situación parecía buscar como refugio las costas del Sur.

V

Sucesos de la Policía y calle del Rincón

A los diez minutos, el doctor X y su pariente se retiraron a sus respectivos domicilios, y dos horas más tarde, llegaron a saber los sangrientos sucesos del Cabildo, a propósito de la persona del señor Berro, detenido en la calle de Camacuá por el comandante Lazota, y conducido al Departamento, en donde fué ultimado, como lo fué el ex Comisario Barbot.

Del mismo modo, supieron que había sido asesinado, alevosamente, el general Flores, en la calle Rincón, por un grupo de individuos disfrazados, y muerto el coronel Zenén Freire.

Parece que éste había tratado de sorprender al de igual grado, coronel Eduardo Olave, jefe del cuerpo de línea que se alojaba en el Cuartel de Dragones, para colocarse a su cabeza y dirigirse con él al Fuerte.

A pesar de este propósito, Freire tuvo escrúpulos de matar a Olave, a quien sorprendió acostado en un catre, pero Olave fué más práctico y menos escrupuloso, y en uso perfecto de su derecho de defensa le atravesó el pecho con su espada, que por precaución, conservaba día y noche a la mano, es decir, al lado de la cabecera de su cama.

Hace algunos años eran muy fáciles esas combinaciones para apoderarse de la fuerza pública, y cambiar la situación política del país. Así habría

ocurrido en este caso, del mismo modo que ocurrió cuando fué derrocado el doctor Ellauri, y como casi ocurrió con el señor Cuestas, si no les hubiese temblado el pulso a los actores de tan arriesgada empresa.

Pero, desde que las cuatro o cinco unidades que por muchos años formaban la totalidad de la guarnición de la Capital, se multiplicaron notablemente, hay que renunciar a empresas semejantes, y así lo comprendió el señor Batlle, gobernante del año 1903.

Acababa ese año de firmarse la paz con intervención del doctor Ramírez, y se repicaba recio en todos los templos de la Capital por tan grato acontecimiento, cuando el doctor X, acompañado de dos de sus colegas, miembros como él del Poder Judicial, se presentó en la casa del referido gobernante, con el objeto de felicitarle, como lo hizo después con el doctor Ramírez por su noble actuación.

Al nuevo Presidente de la República, después de su recepción, ni tiempo se le dió para saborear su nombramiento y su triunfo sobre los que combatieron su candidatura, y mucho menos, para instalarse convenientemente con su familia.

Ocupaba, como es notorio, una modesta casa baja de la calle del Cerro, y allí recibió a sus visitantes, disculpándose con que por el momento ni sillas tenía que ofrecerles...

Uno de los tres magistrados le expresó, entre otras cosas, la conveniencia de conservar la paz a costa de cualquier sacrificio.

El Presidente contestó en estos precisos términos: “Nadie más que yo puede desear la paz, pero... es necesario que tengan entendido, que el Gobierno se preocupa desde ya (1) de reforzar el ejército de la Capital... y el de Campaña, para que *estas cosas* no se repitan en lo sucesivo.”

Y el Presidente, que poco tiempo después empezó por enviar nuevos escuadrones de caballería al Departamento de Rivera, dando ello origen, fundado o no, a los acontecimientos de Tupambaé y Masoller, continuó durante su primera administración, aumentando las unidades del ejército, consecuente con su propósito de 1903.

VI

El cólera morbus

Reanudando mi relación interrumpida sobre los acontecimientos del 19 de febrero, diré: que otra porción de actos deplorables y sangrientos siguieron a los relatados, tanto en los suburbios de esta ciudad como en campaña, y en los que muchos inocentes pagaron con la vida los errores e indiscreciones de terceros.

Al fin, aquella tarde aciaga se extinguió con las sombras de la noche, ocultando a la vista tantos horrores, y no parece sino que, como ironía del destino o cruel y fatal complemento, hizo también

(1) Y en ese momento se repicaba y tiraban cohetes por la paz.

muchas víctimas en el Cabildo y fuera de él, el terrible flagelo del cólera morbus.

Atribuyéndose en los primeros días, no a este terrible azote la muerte de Romualdo Gard, Máximo Gurméndez y Juan Santiago García, sino al envenenamiento de las aguas del aljibe del Cabildo, no tardó en avanzar la epidemia a lejanas zonas del Departamento de la Capital y de Campaña, poniendo de relieve la verdadera causa de los últimos desastres!...

.
Esto ocurría, como es sabido, el 19 de febrero y días siguientes, de 1868, y entretanto, en estos últimos y a la altura que ocupa hoy la fuente de la Plaza Independencia, se colocaban los rieles del primer tranvía a sangre que debía inaugurarse en este país, poniéndonos en comunicación directa con la Villa de la Unión.

CAPITULO VI

Fuegos fatuos

Un vano enciclopédico no vale más que lo que puede valer un especialista, de cuyas prendas aquél se sirve para cubrir su desnudez.

I

¿Quién era Barbarito Tremoleras?

Barbarito Tremoleras era un muchacho de los alrededores del antiguo mercado en que se había convertido la no menos antigua Ciudadela, reliquia del tiempo del coloniaje, como el Cabildo, la Matriz, Fuerte de San José y Fortaleza de Santa Teresa, sobre la línea divisoria con el Brasil.

Contaba con unos 16 años, distinguiéndose por lo inteligente y simpático, y él mismo afirma hoy, ya hombre, que era hasta bonito, pero lo que no afirma al presente, ni afirmó antes, es que fuese medido en sus actos, constante en sus convicciones de cada momento y mucho menos en la gratitud que debía y debe todavía a los que guiaron sus primeros pasos en la vida.

He dicho, que entre otras condiciones, se distinguía por su inteligencia, aunque debí agregar también que podía hacer y hacía ostentación legítima de una privilegiada memoria, que mucho le sirvió años después en el ejercicio de sus tareas profesionales y en todas aquellas oportunidades propicias que se le ofrecían para dar pruebas de gran erudición, bien que, más prematuras y aparentes, que oportunas y reales.

II

Evolucionando

Voy a seguir ahora con el lector la senda que, caigo aquí levanto allá, recorrió aquel adolescente antes de elegir carrera definitiva, por más que esa primera época de su actuación, es la que explica con mayor exactitud sus tendencias naturales y las condiciones que al presente caracterizan su personalidad.

Los vecinos más conocidos del comercio al menudeo en todos los ramos, alrededor e inmediaciones de la localidad, eran sus amigos, y con razón, porque diariamente los visitaba con uno u otro pretexto.

Don Julio Lenoble, farmacéutico acreditado y catedrático de Química en la Universidad, tenía su botica en el local que ocupa hoy en la calle Sarandí la casa de negocio N.º 689; así como un almacén de comestibles, don Lázaro Sívori con su

mujer y sus hijos Luis y María, ocupando para ello la esquina Sudeste, en donde está ubicada hoy la sastrería de los hermanos Blengio Rocca; en el extremo Oeste de la misma cuadra, existía otra sastrería conocida por la de los "Cien mil Paletós", de Chauvin y Demarie. Un tal Antola tenía su tienda de cachivaches, en donde hoy está otra casa de negocio, N.º 664, siguiendo después dos pobres tendejones de remoto origen, en los cuales se vendían el pan de leche, rosquetes y *napoleones*, a los que había tantos aficionados, y entre ellos, el propio Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo durante el sitio puesto a esta plaza el año 1843.

El joven Tremoleras tenía vinculaciones más o menos estrechas con estos establecimientos de negocio, y de todos ellos sacaba sus ventajas. Profesaba idea elevada de los principios socialistas que proclaman la comunidad de intereses, no porque conociese teoría alguna que los proclamase, sino por simple intuición o *palpite*, complementada por sus naturales inclinaciones y tendencias a gozar y utilizar lo ajeno en provecho propio. Lo que hacía, como gracia, le daba un resultado tan práctico como provechoso, y cada día rendía más decidido culto a aquella manera de pensar y de vivir cuya realidad podía traducirse en economía de pesos de a diez reales cada uno.

Ya fuesen los caramelos de goma y de altea de don Julio, ya las nueces, avellanas, almendras y pasas de higo y de uva de don Lázaro; una cor-

lata o bonete de la sastrería; los cubiletes, muñecos y otras baratijas de Antola, y los bollos, panes de leche, polvorones y napoleones del local contiguo a la joyería de Zerbino, todo, todo esto tenía suma importancia para nuestro joven Tremoleras.

Así practicaba el principio de la comunión de intereses, que había presentido, y sobre esta base ampliada con el andar del tiempo, llegó—ya hombre, aunque joven todavía—a concurrir diariamente a las casas de sus amigos, que pasando de 30, le ofrecían durante el mes la oportunidad de comer variado cada día con uno de ellos y, a la vez, reducir a la mitad su presupuesto mensual de restaurant.

El hombre empezó a hacerse práctico desde los 16 a los 22 abriles, y tanto, que no tardó en aperibirse de que había empezado a estirarse y blanquear de rostro, y a echar carnes, que buena falta le hacían cuando se quejaba de los nervios, siendo así, que todo provenía de constantes insomnios originados por las dificultades con que tropezaba para equilibrar su presupuesto de gastos, que no por pequeño era menos exigente.

III

¿Querrias ser farmacéutico?

Siguiendo sus inclinaciones, Barbarito tuvo figuración, aunque humilde, en todos los gremios y negocios: fué dependiente de registro, de almacén naval y de comestibles; de sastrería durante los

dos primeros años de peregrinación, y aunque también echó su cuarto a espadas en la Eseribanía de Aduana, no logró arraigar en ninguna de aquellas posiciones, y al fin se encontró en medio de la calle, sin ocupación, arte ni beneficio que le produjese lo necesario.

Entretanto, ya había cumplido los 18 años, y hablando cierto día de su situación con don Julio Lenoble, éste le preguntó de improviso:

—¿Estás o no convencido, ahora, de lo fundado de los consejos que siempre te dí?

—Sí, señor, que lo estoy, — contestó con aire de convicción.

—Y bien, a propósito de esos consejos, que parece no has olvidado, aunque no los hayas seguido, — continuó don Julio, — dime con franqueza lo que quieres ser...

—Quiero ser todo, — contestó el interrogado con brevedad y la risa en los labios.

—Vamos, no seas tarambana y contesta con mayor precisión a lo que te pregunto... — y como el muchacho demorase un tanto su respuesta, el señor Lenoble agregó:—¿no te gustaría hacerte...?

—¿Qué cosa?... ¿farmacéutico?... Pues, ya lo creo, y si le sirvo, desde ya puede usted contar conmigo.

Y el joven Tremoleras, desde ese día quedó al servicio de la farmacia de la calle Sarandí, a que me he referido al principio de este capítulo.

Y después de manipular en los mostradores de dos almacenes, vendiendo comestibles y telas, pe-

sando hierros y herramientas, midiendo y trasegando líquidos y clasificando vinos generosos y licores exquisitos, hétenos aquí al joven Barbarito, al frente de una botica, ocupado durante el primer tiempo en manejar el almirez, las jeringas y la espátula y todos los demás útiles necesarios para la preparación de los unguentos, emplastos, pastas, brevajes y tantas otras pócimas que, unos por necesidad y otras por novelería, nos ingerimos en el estómago diariamente.

El acreditado farmacéutico no le confiaba, como debe suponerse, sino operaciones de esta clase, y a su vista, de las cuales no podía resultar perjuicio mayor para ningún cliente, aún cuando para él pudieran resultar muchos de las volcadas, trabucamientos y retardos en que con frecuencia incurría el flamante amanuense, pues otra cosa no era ni podía ser por el momento.

Entretanto, no pasó mucho tiempo sin que Barbarito se considerase un farmacéutico consumado: hablaba pestes de su maestro y protector, asegurando a sus propios clientes, que aquél no había inventado la pólvora, y que sólo era comparable con un boticario de aldea; que gracias a la Farmacopea que consultaba para las recetas más sencillas, es que no había mandado al otro mundo a muchos de los que se servían en la casa; que en todos los casos difíciles, y sobre todo, cuando había que hacer uso de medicamentos peligrosos, era él la única garantía que tenían los enfermos, habiendo evitado más de una vez, que su patrón se hubiese

ido de bruces, concluyendo por parar en la cárcel arrastrando con él a todos los empleados de la botica.

Estas y otras muchas cosas decía el gran charlatán, y para eso, quien preparaba las recetas que éste llamaba difíciles y aún las fáciles, no era otro que el señor Lenoble o su inmediato empleado o secretario señor Bengoa, quienes en ningún caso se fiaron del pisaverde para confiarle la preparación de ninguna receta.

Su misión estaba reducida a lo que he dicho anteriormente, a despachar lino en grano y molido, apio cimarrón, flores cordiales y de saúco, manzanilla, pudiendo llegar al despacho del unguento basilicón, cerato simple, aceite de almendras y de ricino, pues ni la misma jalapa, ni otro drástico, ni siquiera laxante, a no ser de los embotellados, se le permitía expender sin previa anuencia y fiscalización de su patrón o de su inmediato.

Sin embargo, el petulante, que presentaba como un zote a su superior criticando la preparación de sus recetas, no tenía empacho en apropiárselas, como lo he expresado anteriormente, haciendo las del grajo con las plumas del pavo real.

IV

Teorías de coparticipación

Me parece que basta lo que dejo expresado, para poner de relieve a nuestro protagonista, demostrando al mismo tiempo, cuán arraigada tenía

la idea de disfrutar en común de los títulos, y sobre todo, de los bienes ajenos, sin embargo de no aportar ningunos, en mucha ni en poca parte, en esta logrera y singular *medianería*.

Por supuesto, que los que conocían al pretensioso muchacho que no desperdiciaba oportunidad de recitar trozos enteros de los *géneros y pretéritos* en latín para mejor exhibirse, como de los *metaloides* y *metales* conocidos; *reacciones químicas*, fenómenos de la *electricidad* y del *calórico*, falanges *microbianas* y enumeración de las enfermedades y demás calamidades que azotan a la especie humana,—los que le conocían, decía, y conocían a la vez al señor Lenoble y su actuación como farmacéutico y profesor, sabían muy bien a qué atenerse respecto a las censuras ridículas del oficioso *deiractor*, y a la vez usurpador de los méritos y trabajos ajenos, llevando su impudencia hasta engalanarse con ellos.

Sin embargo, Barbarito, que había ingresado a la Universidad hacía cuatro años, cursaba el quinto de preparatorios, que esperaba terminar seis meses más tarde para empezar en seguida sus estudios superiores y terminar la carrera elegida de acuerdo con su protector.

Había cumplido ya los 19 años, y como observase el retraimiento de sus superiores, no dándole amplia intervención en los trabajos de la farmacia, interpuso reclamación por ello, así como por los reiterados aplazamientos que se opusieron a sus impacencias, cada vez que protestaba contra la

equivoca situación que se le venía creando, no obstante abrigar el íntimo convencimiento de hallarse en condiciones de preparación y ser tan hábil como cualquiera de los jóvenes que se encontraban en otros establecimientos del mismo género, para desempeñar las funciones anexas al puesto que él ocupaba.

El señor Lenoble reflexionó, y como no se trataba ya del joven de 16 años que había entrado a hacer práctica,—pues he dicho anteriormente que había cumplido 19,—y que los estudios preparatorios para graduarse de bachiller en Ciencias Naturales, estaban próximos a terminar con éxito muy aceptable; todo esto le decidió a mejorar la situación de Barbarito, ampliando sus cometidos, pero reservándose no perderlo de vista hasta ver claro.

La satisfacción del beneficiado fué inmensa, cuando se le notificó la resolución adoptada a su respecto, con el agregado, a guisa de epílogo, de que su sueldo de treinta pesos, quedaba elevado a cuarenta y cinco desde esa fecha. Acató las recomendaciones que se le hicieron en sentido de observar la mayor prudencia en el desempeño de sus nuevos cometidos, y de este modo, los tres personajes de la farmacia quedaron contentos y en la más perfecta armonía.

V

Se sigue teorizando

La conducta del joven fué tan arreglada durante los dos años subsiguientes, que tanto el señor Lenoble como el dependiente principal, quedaron chiquitos.

Les costaba creer en semejante transformación, pero ante la evidencia, no tuvieron más remedio que inclinarse, y las acciones del impertérrito Barbarito, continuaron en suba desde ese día.

Sin embargo, la transformación no llegó a hacerle abdicar de sus teorías sobre la comunidad de bienes; pues siempre aprovechaba las oportunidades que se le ofrecían para murmurar de su patrón atribuyéndose la paternidad de sus recetas en casos graves, y más que de sus recetas, del texto de Química que aquel profesor publicó en 1854, y que sirvió de texto universitario por muchos años, en sustitución del que había regido hasta entonces.

Esto, al fin, llegó a conocimiento del dependiente principal, señor Bengoa... que le afeó su conducta, previniéndole, que en caso de reincidencia, iniciaría a su superior en lo que pasaba para que pusiese las cosas en su lugar, lo mismo que a sus teorías socialistas.

El joven, avergonzado y corrido, negó a pies juntillas el cargo formulado, haciendo para ello toda clase de protestas, y pidiéndole al señor Bengoa que diese vuelta a la hoja, pues todo no pasaba de

un chisme vulgar, con el que trataba de perjudicarle algún enemigo oculto.

—Y en cuanto a sus ideas socialistas, ¿qué dice usted?

—A la verdad, que no sé qué mal hago yo con propalar mis ideas sobre la materia socialista, porque ¿soy yo solo, acaso, el que las profesa?

—En efecto, — observó el señor Bengoa, — usted no hace mal con su propaganda, pero lo hace particularizándose con su jefe y protector, a quien despoja usted de lo suyo como cosa mala, para atribuírselo después como bueno, en el falso concepto, se entiende, de ser suyo, sin serlo.

—Pero, señor Bengoa; ya le he dicho que eso es inexacto respecto al señor Lenoble, y en el caso, no importaría sino un pecado venial, que no merece acusación ni castigo. Sobre todo, y concretándose a mi teoría en general, que es lo único que en justicia podría usted imputarme, tengo muchos ejemplos que la confirman y que han venido a arraigarla más y más en mi manera de sentir. ¿Quiere usted conocerlos?....

El interpelado guardó silencio por un momento y después contestó:

—No tengo inconveniente y oiré a usted con mucho gusto.

—Pues, en tal caso, tome apunte para su cartera de lo que voy a decirle.

—Oigo a usted...

—Me iniciaba yo en estas ideas, que el señor Lenoble y usted también han calificado muchas

veces de extraviadas, bien que, sin conocer las buenas razones en que las fundo, cuando un día, atravesando la Plaza Independencia, se ofreció a mi vista un mocetón fornido, de traje galoneado y sombrero triangular, media blanca y zapatos de hebilla, que conducía un pequeño carruaje pintado de color granate, relumbroso por el barniz, por el dorado que decoraba su exterior y por el rico tapiz de su asiento: el conductor saludaba amablemente a derecha e izquierda.

Mucho me llamó la atención, como a tantos otros transeuntes, este raro y lujoso vehículo, y con especialidad, su no menos raro y bien apuesto conductor.

—¿Quién diablo podría ser? — exclamó el señor Bengoa.

—Eso dije yo para mis adentros, y apresuré el paso en seguimiento del grupo de personas que había rodeado a aquel individuo y su coche.

VI

Un "Dulcamara" moderno

Poco había andado, cuando apareció un nuevo personaje, como de sesenta años, de gran levitón con vueltas de tela azul, grandes cuellos blancos, sombrero negro de felpa, de copa alta, con faja galoneada y una escarapela a la izquierda. Su mirada penetrante, su pera y mostachos retorcidos, le daban un aspecto mefistofélico, que después resultó adaptado al papel que debía desempeñar.

Este individuo cambió unas pocas palabras con el conductor del vehículo que acababa de detenerse a cuatro pasos de la senda central de la plaza; de un salto se trepó al carricoche de que he hablado, y tomando la palabra, cual un nuevo Dulcamara, manifestó en idioma francés, que acababa de llegar de París, del mismo modo que veinte años más tarde había de llegar "Pirulí", para *quitar los catarros y matar la lombriz*, a propósito de los ricos caramelos que vendía por las calles de Montevideo...

—De manera, —interrumpió Bengoa, impulsado por impaciente curiosidad, — que según usted, el individuo dijo que acababa de llegar de París...

—Con el objeto, — continuó Tremoleras, — de ejercer la humanitaria profesión de extraer las muelas, colmillos y dientes sin dolor, y vender a módico precio un específico famoso para aliviar los sufrimientos de aquellos que no se decidiesen a trepar al coche y ponerse en sus manos. Muchos fueron los que se decidieron a comprar el específico y no pocos a sacarse las muelas, colmillos y dientes picados, en previsión de no sufrir dolores en lo sucesivo, es decir, que echaban mano de un sistema preventivo, que en muchos casos, resulta ser el mejor. Saltaban entonces al coche, tomaban asiento, y el francés, después de hacer en alta voz su *reclame*, metía la llave de acero en la boca del paciente, daba una vuelta, obligando a éste a levantar una pierna y a veces las dos, casi hasta las barbas del popular dentista, que con media vuelta más de la llave y un pataleo en el aire del pro-

tagonista, sacaba y mostraba al público la muela entera o una parte de ella, y alguna vez una pequeña contribución del maxilar superior o inferior, con un jirón de encía en carne viva, agregada a guisa de epílogo elocuente, a la muela, diente o colmillo averiado.

—¡Vaya un cuadro!—exclamó de nuevo el señor Bengoa, — pero, además, se me ocurre que este dentista, no era sino un charlatán...

—En efecto, un charlatán que no tenía más título, se supo después, que el de haber sido sirviente aprovechado de uno de los tantos dentistas de París... cuyas funciones imitaba...

—Pero esto no es sino una censurable usurpación... — murmuró el dependiente principal.

—Niego que esto sea una usurpación...

—Pues, ¿qué otra cosa es?

—Sencillamente, una *coparticipación* de habilidad; hoy por mí, y mañana por ti, como fácilmente puede usted observarlo, y si el ejemplo del francés sacamuelas, no es bastante, no me será difícil ofrecerle otros... pero, a todo esto, ¿cree usted raros los fenómenos que ocurren, según mi doctrina?...

—¡Qué sé yo! — murmuró Bengoa.

—Pues, lo que sucede, es que, entre dos que se quieren bien, con uno sólo que coma, basta.... según lo dice el conocido refrán español.

—Exactamente — agregó Bengoa, — exactamente lo que sucede entre buenos amigos, cuando siendo dos, no tienen disponible sino un sólo cigarro: uno fuma y el otro escupe, y va de refranes.

—Exacto, — exclamó el joven Tremoleras, — y ya ve cómo usted mismo empieza a posesionarse de mis teorías, como lo prueba el ejemplo que acaba de poner.

—Pero, es graciosa su teoría de *coparticipación*, — observó Bengoa — todavía... si la cosa resultase recíproca...

—¿Cómo, si resultase recíproca? Lo es siempre, eternamente... Todos los días y a cada instante hacemos causa común con nuestro prójimo, y muchas veces, sin apercibirnos de ello. ¿Qué otra cosa es lo que aprovechamos de una doctrina que otro ha concebido y desarrollado de palabra o por escrito?, ¿el caudal de conocimientos que adquirimos con el trabajo y ejemplo ajeno, lo debemos, acaso, a nuestro solo esfuerzo?

—De seguro que no, — contestó Bengoa maquinalmente.

—Pues entonces, tiene usted que convenir conmigo en el extremo a que llego, pues no podrá usted negar que en estos últimos ejemplos se trata también de verdaderas *coparticipaciones*.

—Pero... usted sofisma... y si me permite...

—¡Ah! ¿Le queda a usted duda?... ¿Sí?... pues ya verá usted cómo no va a tardar en llegar al más íntimo convencimiento; oiga, oiga usted un momento y decida después lo que le parezca.

Bengoa, en actitud de argüir a estas últimas palabras, guardó silencio a la espera de la demostración ofrecida, y Barbarito continuó con marcada animación.

VII

Ejemplos prácticos

Tuve un amigo llamado Garzón, que a su vez lo era del poeta argentino Carlos Guido Spano, que acaba de fallecer en Buenos Aires a edad avanzada.

A Garzón le encantaba cuanto provenía de Guido, y no pudiendo imitarlo en todo lo que le distinguía, que ese había sido su ideal, trató de imitarlo en el andar.

Parece que veo al poeta: pequeña talla, tez blanca y fina, negra y poblada cabellera, barba entera, hermosos ojos, mirada penetrante. Su andar era airoso y acelerado; usaba constantemente pantalón negro y levita cruzada, del mismo color, y obligado chambergo a lo general Mitre. Recorría las calles de Montevideo, siempre con un libro o periódico bajo del brazo, y el cuerpo inclinado a la derecha, formando así una silueta, que era la que constituía su distinguida personalidad en la vía pública.

Con buena vista, a la distancia todos le conocíamos, y lo que es Garzón, lo *presentía*, lo adivinaba, aunque no lo viese, tal era el homenaje que rendía al andar y al indumento invariable del poeta.

Garzón, sin apercibirse tal vez, empezó a torcerse e inclinarse a la derecha de tal modo, que se pasó de la raya, hasta faltarle poco para tocar con la mano los umbrales de las puertas de calle; adoptó, ante todo, el traje habitual y el chambergo de

Guido y hasta imitó su paso acelerado y mirada ya firme, ya cariñosa.

Al poco tiempo Garzón no era ya Garzón, era Guido, y él mismo llegó a desconocerse, considerándose identificado con aquél en una misma persona. ¡Poder de la fantasía y de la sugestiva *coparticipación*, de que estoy hablando a usted!...

—Pero... ¿qué prueba usted con esto?...

—Permita... perdone, señor Bengoa, que propiamente no he terminado todavía... y una vez por todas, quiero evidenciar la exactitud de mis teorías, de las cuales, sea dicho de paso, no soy yo solo el que participo.

Bengoa se inclinó sonriente y el joven Tremoleras, dominado por ligera excitación, reanudó su peroración en estos términos:

VIII

¿Todavía duda Vd.?

—En el día a que voy a referirme, tenía lugar un paseo de prueba, a propósito de la próxima inauguración del Ferrocarril Central del Uruguay, no recuerdo si hasta Colón o hasta sus inmediaciones. La concurrencia era numerosa, no obstante que las personas que debían ocupar los carruajes destinados a la travesía, habían sido invitadas por tarjeta, y sólo ellas debían formar la comitiva. Un pariente mío y yo, habíamos sido invitados y pudimos ocupar dos buenos asientos en un pequeño departamento de primera, que sólo se componía

de seis poltronas tapizadas en paño azul obscuro, tres en cada testero y a distancia una fila de otra, poco más de medio metro.

Mi pariente, don Lucas Requena y yo, ocupábamos una de las filas de asientos, y un señor Corominas, negociante de la calle Buenos Aires, su señora y una hija, la fila del frente, viniendo a quedar Corominas haciendo *bis a bis* a mi pariente, la señora a mí y la joven a Requena.

Todos estábamos en traje de paseo, y recuerdo que mi expresado pariente lucía un chaleco blanco.

El señor Corominas era hombre jovial, armado de una hermosa dentadura, que con su habitual hilaridad mostraba y lucía a toda hora, sin notarse más defecto en aquélla, que los dos dientes centrales del maxilar superior. Estos se exhibían un tanto salientes por haberse desviado de la línea circular de los demás... para formar dos espolones avanzados y peligrosos, ¿ha comprendido usted a dónde voy?

—Lo que yo he comprendido — observó Bengoa, — es lo que acaba usted de decir, así *como suena*, pero en cuanto a dónde va, sólo usted puede saberlo, porque lo que es yo, cada vez entiendo menos a dónde va usted, ni de dónde viene.

—Pues bien, — dijo Tremoleras, — yo se lo explicaré. Decía, que Corominas tenía buenos dientes y que mi pariente vestía un chaleco blanco, reluciente, como había dicho antes, que estas dos personas, se encontraban colocadas una frente de la otra y a menos distancia de un metro.

Pues bien: a las 10 a. m. en punto, el tren, arras-

trado por la locomotora "General Flores", que fué la primera que rodó en este país,—como "La Porteña" en Buenos Aires, — cubierta de banderas y ramas verdes, de cuyo arreglo se había encargado el señor Margat, partió de la calle Río Negro, entre Orillas del Plata y Miguelete, en medio de cohetes y aclamaciones de la gran concurrencia que ocupaba las inmediaciones.

Ya puede formarse usted idea de la satisfacción que nos embargaba en aquellos momentos y en los que siguieron, hasta nuestra aproximación a Colón. En nuestro pequeño departamento, los seis hablábamos a la vez y todo era expansiones y alegría, cuando de repente se oyeron voces alarmantes inmediatas al tren, con los efectos de una parada y retroceso brusco del mismo, y tanto, que la señora de Corominas, su hija y el mismo señor Corominas, como movidos por un resorte, se incorporaron de pronto y con violencia nos envistieron en el orden de su colocación y de la nuestra. El rostro sonrosado de la señorita chocó con la ruda barba de Requena, la parte avanzada y de firme empuje de la señora, conmigo, y el señor Corominas con mi pariente, hundiéndole los dos dientes delanteros una media pulgada más arriba de la ceja de su ojo izquierdo, brotando de la herida sangre abundante, que vino a pringarnos a todos.

—¿Y bien?... — exclamó riendo el señor Bengoa...

—¿Y bien?... ¿quiere usted, hasta este último detalle, un caso más típico de *coparticipación*?

Bengoa se limitó a reír... y Tremoleras también rió.

—¿Acaso tiene algún otro caso a la mano? ---
preguntó el señor Bengoa.

—A ello voy...

IX

Más ejemplos

—Mire usted, mi estimado señor Bengoa; hace años conocí a un tal L. H., domiciliado con sus padres y hermanos en la calle 25 de Agosto. Tenía el mismo cuerpo que su padre calzando igual número en las medidas del cuerpo y en las correspondientes a la cabeza y pies, de lo que, sin esfuerzo, se deduce que un traje de saco o levita, un sombrero y par de botas del padre le venían al digno hijo, como anillo de medida al dedo. Pues bien: si presumido era el hijo, gozando de su juventud, presumido era su padre, recordando la suya. pues de recuerdos también se vive, de manera que no siendo ni pudiendo ser tan joven, como es natural, era, en cambio, y sin discusión, más buen mozo, por cuya circunstancia, le llevaba al hijo la media arroba de ventaja. Dormían en habitaciones distintas, pero casi contiguas, y apenas los separaba una pequeña antesalita, común en su servicio a las dos expresadas habitaciones o aposentos. No pasaban dos meses de la adquisición de un traje nuevo para el papá, sin que se repitiese la aparición de otro, mientras que para el hijo, menos abundante de recursos, apenas lograra un traje para cada estación del año, y gracias sean dadas

En el rostro del señor Bengoa podía observarse la curiosidad de que parecía dominado por explicarse a dónde iba a parar Barbarito con su peroración.

Este continuó, sin parar atención a lo que pudiera decir o expresar el rostro de su interlocutor:

—El joven don J. llegó a persuadirse un buen día que si su progenitor gozaba de un verdadero privilegio sobre él, de poder cambiar de traje seis veces en un año, él podía hacer otro tanto por medio de la teoría de la *coparticipación*. Por vía de ensayo madrugó una mañana, encapillándose el último traje nuevo de su papá; dejó en su lugar el de su uso, incluso sombrero y botas fuertes, lanzándose después a la vía pública, para regresar a su casa después de dadas las 12 de la noche de ese día, y haber almorzado y comido en la Confitería Oriental, acompañado, como de costumbre, de varios amigos, con quienes hacía largas y amenas sobremesas.

El señor Bengoa no pudo menos de reír con el relato de este caso de *coparticipación* entre padre e hijo, agregando después:

—Todavía en este caso, entre padre e hijo, podría admitirse su teoría, porque al fin, todo quedaría en casa, pero... entre extraños, no sería lo mismo...

—¿Cómo no?; exactamente lo mismo, y si no óigame usted un momento más... y habrá quedado convencido de la exactitud de mi teoría, porque en el caso que voy a relatarle, y que es tan verdadero e histórico como el anterior, me valdré del testimonio elocuente de dos *irracionales*.

—¿Qué diablo de solfa es ésta — exclamó Bengoa — con la cual quiere usted reducirme a prestar sanción y acatamiento a sus raras doctrinas? ¿En librotos viejos o nuevos las ha bebido usted, Barbarito?...

—Allá verá... y ahora me permito rogarle se sirva prestar mayor atención a mis palabras, que la que se ha servido prestarles antes.

—Se la prestaré, no abrigue usted duda.

X

“Como Tú” y “Menelik”

—Hace tiempo, mucho tiempo, era yo niño todavía, cuando, según referencias, en la casa-habitación de un apreciable caballero, llamado Calisto Berdeyún, existía un perro, ni grande ni chico, color blanco, que solía mostrarse en la puerta de calle y pasear la acera, haciendo arrumacos a las perras de la vecindad y algunas veces y por equivocación, a los perros como él.

—¡Vaya con Dios!...—murmuró Bengoa, riendo otra vez... — ni el olfato le valió al pobrecito.

—Ese perro, “Como Tú” se llamaba.

—¿Cómo es eso?...

—Disculpe usted, — continuó Barbarito,—pero no hay alusión personal. “Como Tú” era el nombre del perro, y por consiguiente, no debe darse usted por aludido...

—Gracias... gracias por la salvedad...

—“Como Tú” era un animalito manso y muy

paciente, como más tarde se encargó de demostrarlo; los de la casa jugaban con él a toda hora, y esta intimidad no le produjo sino caricias y buenas hojaldres y bizcochuelos con que se le regalaba el hocico, pero... ¡malditos peros!, en mala hora se trajo a casa un pequeño mono, al cual se le llamó "Menelik".

—¡Oiga! — observó Bengoa, — ya veo que fué bien bautizado.

Barbarito continuó imperturbable:

—Si bueno, saltarín y juguetón era el perro, más resultó serlo el mono; así es que, uno y otro, verse, comprenderse y corresponderse, todo fué uno: empezaron por dar saltos mortales en un sentido y otro con quiebros de trampolín sobre un tablón del corral. De los ensayos a pie sobre el terreno, en un momento dado, pasaron a lo ecuestre, y cuando el perro acordó, "Menelik", valido de un salto airoso se le encaramó, apoyando su cáustica y sospechosa asentadera en el lomo del improvisado flete; cruzó después sus patas traseras por salvo sea el lugar, y por último, enroscó su larga cola con la de "Como Tú", que no atinaba a explicarse lo que le pasaba. Aparte de la audaz encaramada, lo que más molestia y contrariedad le produjo, fué la cola del jinete, que le hizo perder la noción de la existencia de la suya propia, y cierto cosquilleo a que no estaba habituado; y como esto, al fin llegó a impacientarle, dió un salto brusco con una quebrada a un lado, que tiró al jinete a tierra; y por un momento éste por un lado y "Como Tú" por el

otro, quedaron abstraídos y en completo reposo, tendidos en un cantero del jardín en que ambos entraron a habitar juntos desde el día de la primera entrevista....

—Pero, dígame usted...

—Permítame continuar, señor Bengoa, que recién empieza lo bueno, — observó Barbarito; y sin esperar la conformidad o protesta de aquél, continuó en esta forma:

XI

Fin lamentable de "Como Tú"; "Menelik" desmontado y moralejas de Barbarito

Por aquel día, ya avanzada la hora, pues el mono había llegado casi a la entrada del sol, las penas del perro se habían reducido a lo que usted ya conoce, pero al día siguiente, apenas salió de la perrera... ¡tras!... el mono, sin más ceremonias que un brinco, se le arganeó por segunda vez. Inútiles fueron los gruñidos, saltos y hasta mordiscos con que pretendió librarse de aquel socio y copartícipe improvisado, pues éste sabía guardarse muy bien de las aviesas intenciones del perro, que al fin reconociendo su impotencia, se rindió con la carga a cuestas y *la cola entre las piernas*. El maldito rabo del macaco, más largo que el suyo, era lo que más le contrariaba, haciéndole insoportable su situación.

Así, continuaron los días, y para abreviar diré, que las semanas y los meses, hasta que el pobre "Como Tú" empezó visiblemente a enflaquecer y

casi a rozar el suelo con el hocico. Agotados todos los recursos para desentenderse de aquella servidumbre molesta, sin conseguirlo, recurrió al último que le había sugerido su desesperación, metiéndose de pronto bajo los estantes, roperos y otros muebles que le daban cabida para hacerlo, logrando así descansar algunos momentos, libre de su malhadada carga; pero salir del escondite y trepársele de nuevo el jinete, todo era uno. A la par de la flacura del pobre perro, se agregó la peladura de su lomo, ofreciendo éste el aspecto de una superficie sonrosada y al parecer, lustrada a muñeca... Por último, "Como Tú" no pudo más, y poco tiempo después, sin consuelo a su mal y sin fuerzas de resignación ni físicas para resistirlo, una mañana amaneció muerto en el corral.

—¡Pobre "Como Tú"! — exclamó el señor Bengoa, — ¿y cómo no se le auxilió en situación tan precaria?

—Es que nadie le dió importancia... y como las relaciones de "Como Tú" y "Menelik" hacían gracia...

—Vamos, comprendo..., pero al fin — agregó Bengoa, — ¿qué sacamos en consecuencia de sus moralejas?

—Pues, ¡vaya una pregunta!... Pues, lo que sacamos es que, si los ejemplos del charlatán de la Plaza Independencia; de N. Garzón, imitando al poeta Guido, y el que ofrecieron los H., padre e hijo, tratándose, como se trataba, de seres racionales, prueban a la evidencia la exactitud de la teoría de la *coparticipación*, que vengo sosteniendo.

—el cuadro elocuente que nos ha ofrecido “Mene-lik” en su *coparticipación* con el pobre “Como Tú”, sólo auxiliado del simple instinto, vale por todos aquellos testimonios y tantos otros, que podría someter a su consideración, como prueba concluyente de la *verdadera* verdad que encierra la teoría en que he sido actor y propagandista entusiasta.

.
Han transcurrido treinta años y Barbarito Tremoleras, no es ya dependiente de botica.. es médico... como podría ser nadador con boyas o vejigas, que eso de nadar a pulso, se deja para los naufragos.

En su actuación profesional, salvo muchos diagnósticos equivocados y operaciones malogradas, se ha asegurado una posición relativamente buena, corrigiéndose de algunos de sus defectos de carácter, pero siempre conserva su lengua viperina, sus ideas socialistas y una protesta viva para todo aquello que no cuadra a sus designios y caprichos.

CAPITULO VII

Origen de una Ley

**Por el que se demuestra, que no siempre la fuerza
prima sobre el derecho**

I

El Fuerte de San José

No son muchos los hombres de las últimas generaciones que alcanzaron el antiguo Fuerte de San José, ubicado hasta 1881, al Oeste de la localidad que actualmente ocupa el ex balneario y edificio destinado a hotel de la sociedad anónima, que representó el coronel argentino don Carlos Gaudencio.

El referido Fuerte databa de la época colonial, y fué construído poco después del Cabildo y de la antigua Ciudadela, convertida un buen día en el mercado, llamado *Viejo*, que había de ser sustituído medio siglo más tarde, por el montón de piedras y ladrillos, que constituye hoy el llamado *Mercado Nuevo*, equivalente a uno de nuestros más notables adefesios.

A la fecha, no existen ni rastros del Fuerte por haberse demolido y vendido en solares el terreno que ocupaba en dicha localidad: gestiones judiciales iniciadas por acreedores del Estado, según se verá más adelante, fueron la causa.

Por su ubicación a la entrada del puerto natural de la época en que fué edificado, que es la misma del antepuerto de que hoy está dotada nuestra Capital, las piezas de artillería, que en número de once coronaban la plataforma de la modesta fortaleza, abocaban con dirección al río, como demostración de las funciones que jugarían *o no jugarían* en caso necesario.

Desde 1847, tengo recuerdos vivos de aquellos cañones de calibre 18, 12 y 8, en su mayor parte, pero que jamás evolucionaron, puede decirse, sino para hacer salvas en los días de fiestas cívicas y en competencia con la otra llamada Fortaleza del Cerro.

Además, de esos cañones, sólo cinco funcionaban, pues los demás, unos por desgaste u obstrucción del oído y otros por inspirar sospechas, sobre todo después de la catástrofe de los cañones de Garrigorry y del mayor Gaser, no mostraban sus bocas, dirigidas al río, sino *ad ostentationem*.

II

Liquidaciones impagas

Desde 1879, el Fuerte de San José se encontraba desalojado, de manera que se trataba de un bien de la Nación sin destino público.

Si mal no recuerdo, a mediados del año siguiente, se presentó un escrito al Juzgado Nacional de Hacienda de 1.er Turno, por la casa "Temperán y C.^a", del comercio de esta plaza, deduciendo acción ejecutiva contra el Fisco por cobro de una liquidación, pidiendo como medida preliminar y de garantía del resultado de la gestión entablada, mandamiento de ejecución y embargo sobre el viejo edificio y terreno conocido por "Fuerte de San José", hasta poco tiempo antes.

En el primer momento, el Juez se encontró perplejo ante la resolución que debía dictar, pues ignoraba que el Fuerte expresado se encontrase sin destino en esa fecha, mientras que conocía el artículo 885 del Código de Procedimientos y su concordante del Código Civil.

Por otra parte, siendo el Fisco susceptible de derechos y obligaciones como los particulares, el Juez de Hacienda pensó, que no procedía aplazar indefinidamente el pago de los créditos de particulares, constantes de cantidad líquida y exigible, subordinando derechos legítimos al estribillo de algunos Jueces de aquella época y de otras anteriores, de: "espere el peticionario a que el Cuerpo Legislativo arbitre fondos para el pago de su "crédito".

La actitud que el Juez asumió en consonancia con estas convicciones en el asunto de la casa "Temperán" y en el de otros interesados por iguales créditos, dió lugar a un mensaje del Poder Ejecutivo, dirigido a la Cámara de Diputados, en el sentido de que se arbitrasen fondos para

pagar a los acreedores del Estado las liquidaciones en circulación.

Y nadie podrá poner en duda, que no pudo ser más acertada y justa esta medida, pues ya era tiempo de que a los particulares se les pagasen sus créditos, con la misma regularidad con que éstos pagaban, como se pagan hoy mismo, los impuestos municipales, dentro de plazos fijos y perentorios.

III

La Ley de Deuda Amortizable

Entretanto se procedía así en las alturas, otros acreedores, en conocimiento de que en el Juzgado de Hacienda de 1.er Turno, a diferencia de lo que se había hecho hasta entonces, se mandaba pagar a los tenedores de liquidaciones contra el Estado, empezaron a deducir nuevas gestiones, y el Juez, a proveer del mismo modo que en el expediente de la casa "Temperán y C.^a".

Esto dió lugar al fin, a que se dictase por las Cámaras en febrero de 1881, si mal no recuerdo, la ley de Deuda Amortizable, y a que, fundándose en ella los Tribunales Superiores de Apelación, ante los cuales pendían a la sazón algunos expedientes fallados en primera instancia, adoptasen, como adoptaron, la siguiente fórmula en sus resoluciones, y después de su parte *expositiva*...

" Por tales fundamentos, y lo que dispone la ley
" sobre Deuda Amortizable, se confirma la senten-

“ cía apelada en cuanto declara al Fisco deudor
“ y se revoca en lo que se refiere a la manera
“ de hacer efectivo el pago, debiendo el acreedor
“ a este respecto, hacer uso de los derechos que
“ le acuerda la ley expresada, y ejecutoriada,
“ devuélvanse”.

IV

Su sanción y sus efectos

Desde entonces, pues, los acreedores del Estado pudieron contar con una ley protectora, que les relevaba de esperar a las Calendas Griegas para hacer efectivos sus créditos.

Pocos meses más tarde, empezó la demolición del Fuerte de San José, y a venderse los materiales y terreno que ocupaba, según he expresado en el curso de esta exposición, terrenos que no tardaron en edificarse después, constituyendo en muy poco tiempo, la localidad que todos conocen, y que después de edificado el Hotel y el inmediato Balneario, con sus hermosas piletas que, sin embargo, jamás pudieron rivalizar con los baños de Ramírez y Pocitos, ha quedado estacionada y ofreciendo invariable y tristón aspecto.

.....
He aquí expresado, pues, el origen de la ley sobre Deuda Amortizable, que muchos de la misma época no conocían, como así también de la demolición del Fuerte de San José.

La gestión deducida por la casa “Temperán y

C.^a”, y la actitud asumida por el Juez de Hacienda que conoció de ella, fueron los eficaces factores de aquella justa solución, esperada inútilmente desde muchos años antes por los tenedores de liquidaciones contra el Estado.

CAPITULO VIII

Zotes, Turcos y Pulidos

Tres generaciones en una, que poco vale y mucho
deja que desear

I

En viaje a Buenos Aires

Me parece que el vapor de la Compañía Alemana "Cabo de Santa María", realizaba su tercero o cuarto viaje a Buenos Aires, después de haber interrumpido temporariamente su carrera, cuando me embarqué en él con muy pocas probabilidades de una travesía bonancible.

En efecto, los informes escritos del Instituto Meteorológico Nacional y sus señales luminosas a las 10 de la noche de ese día, hora de nuestra partida, no eran datos muy tranquilizadores; no faltaban los faroles rojos en el pabellón de señales del Instituto; la presión barométrica era relativamente baja y alta y sofocante la temperatura, en medio de una calma precursora de mal tiempo.

Sin embargo, todo esto no impidió que la concurrencia de pasajeros fuese tan numerosa como en las mejores noches, y llegada la hora de partida, el "Cabo Santa María" soltó sus amarras, atravesó el antepuerto, y a las 10 1/2 navegaba fuera de la escollera, hasta despuntar la canal y fijar su dirección al Oeste, a la vez que aumentaba por grados la velocidad de su marcha.

Al principio se dejó sentir un fresco agradable, pero no tardó en bajar la temperatura y entonces, gradualmente, los pasajeros que ocupaban la toldilla y galerías exteriores del buque, fueron abandonando estas posiciones que ya no ofrecían mayor halago ni interés, para invadir de nuevo el comedor y demás dependencias.

Empezaba a servirse el te, y yo, acompañado de don Federico P., mi muy apreciado amigo, quien iba a Buenos Aires, no de paseo, sino por un asunto de naturaleza urgente, ocupamos una mesa en el ángulo izquierdo del comedor, sobre el testero principal.

No habíamos cambiado muchas palabras, cuando se nos aproximó el comerciante de esta plaza, señor May..., alemán, persona culta y sumamente amable, acompañado de su distinguida señora. Esta y su esposo, a una invitación mía, vinieron a ocupar los dos asientos restantes de los cuatro colocados alrededor de la mesa, de que mi amigo y yo acabábamos de tomar posesión. Así en *petit-comité*, y momentos después, nos sirvieron el té, y como todos éramos viejos conocidos, empezó a charlarse sobre cosas indiferentes y un tanto íntimas, concluyendo

con particularizarnos con el tiempo y emitir, con tal motivo, nuestros respectivos pareceres sobre el particular.

Estábamos engolfados en este coloquio agradable, cuando con paso marcado y lento, pasó dos veces por delante de nosotros, un mocetón lampiño, de semblante amoratado, abultada cabeza y anchas espaldas. De pronto se detuvo, al parecer, vacilante, sobre el asiento que le convenía de los dos más próximos a nosotros, decidiéndose al fin por el más apartado; abalanzándose después a una de las ventanillas que abrió con estrépito, desplomándose en un asiento de los dos que tenía a la mano, y por último, apoyó en el otro y sobre el rico tapiz de marroquín sus robustos pies, calzados con botines americanos, de suela doble, claveteados y amarillos de color.

—¡Qué grosero! — murmuró entre dientes la señora May..., sin que a ninguno de nosotros se le ocurriese protestar, quedando por el hecho *ejecutoriado* el fallo de la señora... al menos para nosotros.

II

Un "Turco" en escena

Don Federico, quiero decir, mi amigo, habría querido hacer en aquel momento lo que hizo un cuarto de hora más tarde, y que el lector tendrá ocasión de saber a su tiempo, pero a su pesar se contuvo por la proximidad del desconocido, y para

llenar el tiempo, promovió nuevo tema de conversación, a propósito de un reciente acontecimiento social, que en la fecha era comidilla de diario en Montevideo.

Entretanto, el hombre de la cabeza grande, espaldas anchas y gruesos pies, continuaba inmóvil, no obstante haber pedido una taza de té con leche y tostadas, que se le sirvió de inmediato y se enfriaba sobre la mesa.

Pasó todavía un momento, y colocado al fin en posición vertical y empuñando el cuchillo a guisa de paleta de farmacéutico que se prepara a manipular, hizo de las rebanadas de pan que se le sirvieron, verdaderos *emparedados*, como dicen los españoles. Con un grueso relleno de manteca y un revoque sobre la rebanada superior, en la que hundía su blindaje dental (que no era malo), con marcada fruición, en cinco minutos redujo a nada el contenido del plato que tenía por delante.

Por último, el mocetón se empinó el resto del contenido de la tasa, mostrándose satisfecho, e incorporándose de pronto, respiró fuerte y se puso en actitud de marcharse. A paso acelerado desapareció del salón, sintiéndose desde luego entre nosotros un bienestar, así como el que produce el aire libre y el aroma de las flores, después de respirarse una atmósfera viciada.

Los cuatro nos miramos... y nos comprendimos...

—¿Qué me dicen ustedes de lo que acaban de ver? — exclamó al fin en forma interrogatoria la señora de May...

—Yo me voy a permitir decírselo a usted en nombre de su esposo, del señor Peralta y en el mío propio, si usted me lo permite.

—¡Ah! Muy bien, — dijo la señora gratamente impresionada, — no sólo puede usted contar con mi permiso y con el de los señores, sino también con mis gracias anticipadas por su amabilidad y complacencia.

III

Tres categorías y caracteres que las distingue

—Por lo general, — dijo en seguida don Federico, — la mayoría de los hombres “*fuertes*” (1) son así, así como usted ha visto, aunque se diferencien en ciertas particularidades dignas de tenerse en cuenta.

En la categoría de estos miembros de nuestras embrionarias sociedades, hay unos que yo denomino lisa y llanamente *Zotes*; otros, a quienes llamo *Turcos* y, por último, otros, a quienes califico de *Pulidos*, y que, aún cuando se distinguen, como dejo dicho, por rasgos propios de esta segunda categoría, ya por asimilación irresistible, ya por contagio, pertenecen a una clase social, que si los recomienda por esta sola circunstancia y no por título alguno relevante, puede servir y sirve de cabeza de proceso para juzgarlos con mayor rigor y severidad...

(1) Llamo *fuertes* a los hombres que lo son, con negación de otras mejores condiciones.

—No deja de ser rara la clasificación que hace usted de los personajes, cuya muestra acabamos de ver..., luego, no he comprendido bien...

—No tiene nada de rara,—replicó don Federico — ya verá usted, que no puede ser más clara y exacta aquella clasificación, — agregando después de una ligera pausa, y a objeto de lograrlo: si ustedes lo consienten, voy a permitirme continuar...

—¡Adelante! ¡adelante! — dijimos todos a la vez, en tono alegre y asaltados de cierta curiosidad, pues don Federico era hombre de relativa preparación y muy observador, sin contar los muchos años de experiencia con que contaba.

—Pues bien, — continuó aquél inclinándose, — yo llamo *zote*, ateniéndome al diccionario de la lengua y a mis observaciones, a un individuo ignorante, torpe y muy tardo para aprender lo que se le enseña. Sin embargo, a estas tristes condiciones se reúnen en estos agentes otras muchas que pueden hacer de un pobre de espíritu, un factor útil en distintos y apreciables conceptos.

El obrero asiduo y modesto, humilde y respetuoso, sin vicios como consecuencia lógica de su propia laboriosidad y hasta de su propia ignorancia, es uno de los recursos importantes del progreso; las colonias de que hacen parte en el elemento extranjero que ocurre a nuestras playas, brindando inapreciables bienes, en cambio de la hospitalidad que les acordamos, son mis amigos, lo son de ustedes también, porque no es lógico ni generoso que les enrostremos su humilde condición, desentendiéndonos con evidente injusticia de las

virtudes que constituyen su verdadero título a nuestro afecto y estimación.

—¡Muy bien!... ¡muy bien!... dijimos todos.

—El *zote*, pues, — continuó mi amigo, — el hombre bonachón, humilde, que no se adapta sino a los goces de su casa, al trabajo material, a las industrias en que se impone más la fuerza física que el ingenio y los recursos del intelecto, no deja por eso de constituir una fuerza determinante del progreso y de la felicidad común, de manera que ellos son actores y beneficiados a la vez, propendiendo a aquellos bienes inapreciables...

—Yo pienso lo mismo, don Federico, — interrumpí yo, — el hombre que usted ha definido, simboliza el músculo en armonía y constante concurrencia con el capital; el trabajador de verdad, no se preocupa de las ocho horas de trabajo, sino de llevar a su hogar el mejor salario o jornal posible, con marcada aversión a las huelgas y a la ociosidad de retirarse del trabajo con sol alto; a confundirse en los almacenes de bebidas con la turbamulta de los que usted ha llamado *Turcos*, para adquirir vicios, destruir su salud y presentarse en el hogar aliviados de peso en sus bolsillos y ebrios muchas veces.

IV

¿Quiénes son los "Turcos"?

Yo doy ese nombre a los descendientes y émulos de *zotes*, a aquellos cuyo indumento difiere poco del

de sus causantes, aunque más completo y de mejor calidad, pantalón y chaquetón holgado, zapato fuerte, cuello de color, sin corbata, faja de cuero, chambergo de color, pañuelo al cuello y anillo ajustado al dedo mayor, en una palabra, un "zote", pero de tiros largos.

Estos, por lo general, son criollos o acriollados y hacen ostentación de hábitos inconvenientes, que acompañados de una guaranguería y audacia sin límites, en todas partes se hace intolerable su presencia, sin contar el desaliño y dejadez personal que los distingue.

Son estos *cursis*, los que hablan fuerte, provocan incidentes, y a la vez, entonan coros desafinados por la calle y en los tranvías; los que, ávidos de aire libre, atropellan por todo como el patán de hace un momento, para dárselo abriendo estrepitosamente las puertas y ventanas a su alcance sin consideración ni respeto a nadie, ni a nada; porque estos *Turcos* siempre tienen calor y sudan abundantemente, son los que dan alaridos salvajes en los biógrafos y en los tranvías... en todas partes...

—Mucha verdad es lo que acaba usted de decir, don Federico — interrumpió la señora de May... —y no pocas veces he observado, que después de procurarse el aire que parece faltarles siempre, sacan el pañuelo del bolsillo, se lo pasan por el pescuezo con repetición y después por la cara, concluyendo por... sonarse...

—Con lo cual, *todo queda en casa*, agregué yo riendo, y es de advertir, que con temperatura alta o baja, trascienden...

—En cuanto a esto, dijo mi amigo, completando mi pensamiento, que había adivinado, el “Turco” siempre tiene calor, como he dicho antes, y no hay que extrañarlo. Además, es impulsivo y no hay que rozar su estúpida susceptibilidad, sin exponerse a un desagradable incidente, en el que la autoridad que debiera resolverlo brilla siempre por su ausencia o por su indiferencia. No hay más remedio que soportarlo, sea que nos importune con sus diálogos indigestos o cantos desafinados con que aturde a los pasajeros y concurrentes.

—Pero se me ocurre, — dijo el señor M. — que todos los que don Federico califica de “Turcos”, no actúan del mismo modo, pues conozco muchos de proceder hasta cierto punto correctos...

—Es cierto, — dijimos a dúo la señora May... y yo.

—En parte, no digo lo contrario, — agregó don Federico, — y sin duda ustedes se refieren a aquellos del *gremio* que suelen avanzar hasta enfundarse un *jacquet* en vez del saco tradicional que ha constituido con el correspondiente pantalón a media pierna, el traje favorito de todos los días hábiles y de los festivos también.

—Precisamente... a éstos nos referimos, — observó el señor M.

—Pues bien; repito que en parte pienso lo mismo, aunque estos paquetones de *jacquet* entallado, y acicalados con mayor esmero y prolijidad que los turcos originarios, de lentes algunos, afeitados o lampiños, de tusado y relumbrante morrillo otros; y todo esto, con un aditamento de aguas de

olor neutralizadoras de emanaciones más o menos sospechosas; forman en tales condiciones, el grupo mayor del Politeama, del Colón, del Casino y del Royal, osando algunas veces aventurarse a los teatros principales para alternar con los "Pulidos". Y ésta, que es otra especie que se encuentra con preferencia en aquellos centros, en los *baars*, en la "Confitería del Telégrafo", a las horas del te, y algunas veces en las farmacias...

En cuanto a los "Pulidos", trataremos de ellos en párrafo aparte.

V

¿Quiénes son los "Pulidos"?

El "Pulido" es el bien nacido o el que tal se reputa; el hijo de familia que tiene en gran aprecio su origen por la condición distinguida de sus padres, que pregona a todos los vientos, pero con verdadero contraste y menosprecio de su propia condición. En otros términos, es aquel que vestido con las galas que pueden ostentar a justo título sus mayores, trata por este medio de ocultar y disculpar sus defectos de educación y hasta sus propios vicios, arguyendo con esas galas y con el nombre que lleva, el cual no honra ni dignifica; son calaveras y farristas, unos; ociosos, otros, y *mal criados* la mayor parte.

—No tanto, ... no tanto — interrumpí yo...

—Son éstos, precisamente, — continuó imperturbable don Federico, — los que en público hablan

a gritos y conversan durante los espectáculos teatrales; los que apoyan la rodilla o el pie en el respaldo de la silla que ocupa el espectador que está delante, haciéndole tremolillo; el que le abolla el sombrero con los pies; el que tose a pelárselas durante cada acto entero, en vez de arroparse en su casa y de tomar flores cordiales, y explica el argumento de la obra que se ejecuta a la mujer, hija o entenada que le acompaña, concluyendo a veces por silbar o tararear algún motivo que le ha quedado en el oído, cuando no prefiere llevar el compás con el pie o el bastón.

—¡Pero hombre! — observé de nuevo... — me parece que esto no rezará con todos!

—Entendido, pues cuando se arguye en este u otro sentido, se hace con la regla general, y no con los casos de excepción; siempre los hay, pues de lo contrario, ¿qué sería de nosotros?

—Claro está, — dijo el señor May...

—Por último, — continuó el orador — entre los "Pulidos" a que me refiero, que no son sino verdaderos "Turcos" en el fondo, aunque no lo sean en su apostura y modales de que no carecen y de que hacen uso como medio conducente a extraviar el juicio de los que observan y filosofan sobre el porvenir de la nueva generación que se levanta; tiene usted a los que por medios artificiosos se ocasionan bienestar momentáneo, comprometen la salud y pervierten el criterio y los sentimientos, que tan eficaz participación tienen en las acciones humanas y, por último, para colmar la medida, tiene usted a los *pololos* o *pilulos*, cuyas condiciones no conozco bien, ni quiero conocer.

—¡Demonio! — exclamó el señor May... con un fuerte acceso de tos y asombrado de lo que acababa de oír. — ¡Qué falta les hacía a estos *pilulos* o *pololos* una buena temporada de servicio militar obligatorio para aficionarse al trabajo serio y productivo en beneficio de sus familias y en el suyo propio, apartándolos de tan fútiles y ociosos entretenimientos!

—Y para que adquiriesen la cultura de que carecen, — agregó su señora.

—Todo este, tal vez podía conjurarse, — continuó don Federico, — si la mujer ofreciera contraste con tales hábitos, imponiéndose al hombre con sus protestas y reprobación; pero no es necesario aventurar juicio sobre este particular lamentable, desde que hoy está en la conciencia de todos, que el mal se ha hecho común en ambos sexos y se acentúa con alarmante celeridad.

VI

Progreso en las costumbres

Con el transcurso del tiempo, — digo yo — cambian las costumbres, y tantas otras cosas cambian, que más vale doblar la hoja para no pensar en verdades tristes y en realidades más tristes aún.

A esta ley natural a la que nadie escapa, se agrega la tendencia en boga de imitar los hábitos ajenos, renegando de los propios, para ganar algunas veces en el cambio, la mayor parte de ellas para perder.

Con este sistema venimos transformándonos paulatinamente desde una quincena de años a la fecha, hasta llegar, como hemos llegado, a desconocernos y dudar de nuestra propia personalidad y de la ajena.

Los padres, salvo excepciones honrosas, por su indiferencia, delegan sus facultades en los hijos, los cuales campan por sus respetos, haciendo caso omiso de sus obligaciones, pues que, sea dicho de paso, hay entre nosotros más tendencias al mando que a la obediencia, y mucha más a la vagancia y a las fiestas que al trabajo honesto.

Y hasta cierto punto se explica, porque sería contradictorio que en la época de los submarinos, de los torpedos y zepelines; de los automóviles y del telégrafo sin hilos, nos mantuviésemos todavía de las doctrinas y prácticas rancias de antaño, prefiriendo los buques a vela, la ocupación de las bestias de carga y el telégrafo con hilos.

Encarrilados en este tren de progreso, que se observa en grande y en pequeño en todas las clases sociales, las consecuencias no pueden ser más expresivas, como que, los que nos alumbrábamos con aceite de pata, cuando repicaban recio con el de oliva o con la estearina y más tarde con el gas como ideal, nos vemos hoy deslumbrados por el acetileno, la eléctrica y los focos de arco voltaico, bien que al presente, con su fama y todo, la ciudad se mantenga a oscuras.

Pues a oscuras, poco menos, se encuentran nuestras familias por la relajación de la disciplina del hogar, hogar que los hijos abandonan e invaden

ya de día, de tarde o de noche a veces, solos o acompañados, sin que los padres sepan a dónde han ido, ni de dónde vienen, a diferencia de nuestro antiguo régimen.

Por días se acentúan los nuevos hábitos, imponiéndose hasta en el bello sexo, que como es sabido, se distingue en la imitación, sin exceptuar las clases más modestas por su origen o posición, que no se quedan cortas y saben avanzar con ímpetu y decisión para colocarse a la altura del progreso en que estamos empeñados.

Hoy no hay nadie corto de genio; todos tenemos idea perfecta de la libertad e independencia; no permitimos que nadie nos pise el poncho, ni hable fuerte. Somos todos iguales ante la ley, y aún cuando no se reconozca más diferencia entre los hombres, que la de sus virtudes y talentos, lo que es nosotros, no andamos con salvedades ni con chicas, y las cosas van arreglándose de tal manera, que si aquellas condiciones no justifican tales diferencias, mucho menos las justifican el origen, la cultura, los títulos y méritos relevantes, incluso los pergaminos que lo acrediten.

Queremos imitar las costumbres *sajonas*, aunque nuestro temperamento como *latinos* difiera del de aquéllos por la tranquilidad y reposo y moderación que los distingue de nuestras vehemencias e impetuosidades.

De estas prácticas modernas y de su inadecuada aplicación, dependen los perniciosos efectos que empiezan a hacerse sentir en nuestra sociedad subvirtiendo todos los principios y solidaridad social.

—¡Vamos!, ahora me explico la afición y hasta culto a la raza canina, que empieza a dominarnos, — dijo la señora May...

—Como que, hasta hace poco — agregó su esposo — los perros se tenían en el corral o, cuando más, en las quintas y jardines, y esto, con las debidas precauciones, mientras que ahora...

—Ahora, — concluyó don Federico, — se tienen sin mayor escrúpulo en las casas de familia, alternando con todos los miembros de ella.

—Cierto, — afirmó la señora en tono irónico, — las *perreras* de marras, son hoy los aposentos, comedor y hasta el *hall*, sala y salones de la casa... y, a la verdad, ¿por qué se han de establecer diferencias odiosas entre las razas?, ¿qué más da andar en dos o en cuatro... pies?

—No tanto, no tanto — observé riendo de la ocurrencia de la señora.

—¿Y sabe usted la razón que se da para justificar semejantes prácticas?... ¿no lo saben ustedes? — preguntó con animación don Federico... — ¿de veras?... Pues bien, la razón o razones, mejor dicho, son: la inteligencia y habilidades del perro; su fidelidad, la defensa de sus amos y de su hogar...

—Hasta de las personas de su relación, — observó precipitadamente la señora May... — pues se cuentan casos de agresiones *perrunas* de que han sido víctimas, con mordiscos o sin ellos, pero siempre con el susto y consiguiente sorpresa, algunos incautos visitantes... pero no hay que olvidar las excelentes condiciones del perro... sobre todo, las costumbres corresponden a su tiempo... hay que

convenir en que, hoy por hoy, estamos *emperrados...* y esto basta...

—Pero, observe usted, señora, — dijo a su vez don Federico, — que con este criterio, siendo todos los animales más o menos precoces y capaces de ostentar habilidades sorprendentes y a propósito de su teoría sobre igualdad de razas, no sería extraño, que cada casa de Montevideo concluyese por convertirse en un Museo de Historia Natural.

—¡Y cómo no sea más que en esto! — exclamamos en coro.

VII

¡A dormir, que son las 12!

Llegado don Federico a esta altura de su peroración con entera conformidad de los presentes, y la salvedad que todos tuvimos ocasión de hacer en favor de muchos hogares de nuestra sociedad distinguida, en que no se han modificado en cosa esencial los hábitos de que nos dieron ejemplo nuestros padres y nuestros abuelos, y que sea dicho de paso, no obstan a suscribir a los progresos del siglo; apareció de nuevo en el comedor la silueta del “Turco”, envuelto en un capotón y cubierta la cabeza con una gorra de pieles, indumento que lo asemejaba, por lo burdo, a un domador de fieras.

Todos nos apercebimos de esta aparición, y como acababan de dar las 12 de la noche, unos después de otros nos despedimos hasta el siguiente día, retirándonos después a nuestros respectivos camarotes.

CAPITULO IX

La Mina

De cómo, por odiosidad a una sola persona, se sacrificaba la vida de muchas

I

Lo que son las instituciones en este país

En 186... gobernaba el país el general Venancio Flores, y no es novedad si digo que en medio de muchos ciudadanos afectos a la situación creada por aquél, había muchos más descontentos y desafectos. Por otra parte, es cosa sabida y fuera de toda discusión, por más que a cada paso se invoquen las instituciones, que no ha tenido el país una sola administración, ya buena o mala, en que no se hayan considerado conculcadas aquellas instituciones y víctimas los de la llanura, del abuso y arbitrariedades de los que gobernaban.

Y a la vez, se ha visto, que los doloridos, que las víctimas, si se quiere, de semejantes situaciones, si les llegó la oportunidad de treparse al poder, han incurrido en las mismas faltas o flaquezas que

atribuyeron con insistente y violenta propaganda o sus antecesores.

Llegó el caso, en cierta ocasión, que un distinguido periodista que al fin de su carrera ocupó la presidencia de la República, y a quien se hacían cargos durante su administración, arguyéndole con sus propios artículos editoriales, a cuyo tenor no se ajustaban sus actos de mandatario, declaró en medio de sus amigos y de un coro de risas: “que
“ el periodismo y el gobierno eran cosas distintas,
“ o en otros términos: que no era lo mismo criticar
“ los actos ajenos, que gobernar, y deben ustedes
“ tener presente, agregó después, que cuando yo
“ escribía y censuraba a los gobernantes electores,
“ por ejemplo, todavía no había sido Presidente
“ de la República, ni se me había ocurrido ejercer
“ la *influencia directriz*.”

Con esta explicación del periodista-presidente, todo el mundo quedó convencido de que éste se encontraba en lo cierto al afirmar que no es lo mismo estar arriba que estar abajo, y muy particularmente el cónclave que lo rodeaba, vino a ver claro sobre el particular, cuando hasta entonces había vivido con los ojos vendados, pretendiendo ver salir el sol por allí donde se ponía.

Además, el culto y simpático Presidente, creía hacer demasiado en favor de la cosa pública empleando todos los recursos a su alcance para lograrlo, sin hacerse violencia ni hacerla a los demás. Hombre práctico, jamás violentaba la naturaleza, ni se violentaba él; daba lo que podía, como he significado antes, y sabía subordinarse a la situa-

ción en que lo colocaban las circunstancias. No faltaron personas caracterizadas que le dieron la razón, y entre éstas no faltaron otras tan modestas como yo, que también se la dieron, aunque la mayoría constantemente le fuese adversa.

Por otra parte, siempre he pensado, que es peligroso querer hacer más de lo que se puede y, a propósito de esta verdad, tengo recuerdo no lejano de lo que le ocurrió a otro Presidente de este país: don Juan L. Cuestas.

El 28 de febrero de 1897, era el último día de su gobierno, y al doctor X se le ocurrió hacerle una visita en carácter particular y no oficial, como podría suponerse.

El señor Cuestas, después de significarle su agradecimiento por la atención de que era objeto, entró a hacer mérito de los actos más resaltantes de su gobierno, iniciando al doctor X en porción de cosas, que no podía explicarse dos años antes, pero que después de las confidencias que el gobernante tuvo ocasión de hacerle, llegó a explicárselas perfectamente.

Deteniéndose aquél sobre sus procedimientos, a propósito de ciertas cuestiones y de cargos que contra él se formularon por sus adversarios políticos, y por sus propios amigos, dijo en tono satírico y hasta burlón: ¿Cree usted que haya un país en que se hable más de instituciones que en el nuestro?... Mucho me han amonestado a mí por la prensa y hasta lo he sido por este muchacho... Y como observase que el doctor X, al parecer, no atinaba a qué muchacho podía referirse... agregó,

a guisa de aclaración: me refiero a este cómico de J. C. D... ¡Hablarne de instituciones!... ¡a mí, que no sido sino un dictador desde el 25 de Agosto de 1897 hasta este momento! ¿Acaso he podido ser otra cosa durante la situación anormal en que se encontraba el país cuando asumí el mando? ¿Con las instituciones en la mano, habría podido prepararlo para entrar al fin en la vida constitucional?... Lo difícil, lo que tantas odiosidades y disgustos me ha costado, está ya hecho...

Luego, acompañando sus palabras de una risa más expresiva que antes, concluyó con estas textuales palabras: *ahora, cualquier zonzo hará rodar la locomotora, pero... con instituciones o sin ellas, quien la ha colocado en los rieles, he sido yo.*

II

Útil advertencia de un buen amigo

La administración del general Flores no constituyó excepción relativamente a las anteriores, y en corroboración de esta verdad, no fueron pocas las protestas formuladas en la prensa por sus propios correligionarios, llegando hasta hacer éstos liga y causa común con sus tradicionales adversarios políticos en igual forma y hasta en las calles de Montevideo, con las armas en la mano.

Pero, fuere de ello lo que fuere, el hecho es, que ni los políticos de arriba ni los de abajo, vivían en tranquilidad, ni mucho menos el elemento de trabajo, ajeno a la dichosa política, que en mi

humilde concepto, aquí, en mi país adoptivo, no pasa de un medio o recurso tendiente a pasarlo del mejor modo posible, riéndose muchos de sus propias convicciones partidarias, que si hasta hace cincuenta años pudieron constituir y constituyeron un credo con sus explicables apasionamientos, desde entonces acá, no han pasado ni pasan hoy mismo, de vana conversación.

Esta es mi creencia, y hasta avanzaré afirmando, que es mi íntima convicción, como que, cada día me explico menos esto de *blancos y colorados*, después de 67 años de terminada la Guerra Grande, cuando sólo se explicarían los partidas de ocasión.

Pero... me apercibo que este preámbulo podría dar lugar a suponer, que voy a engolfarme en apreciaciones concretas sobre la política de aquellos tiempos y del presente, y como está lejos de mí semejante pretensión, el lector puede hacerse cargo de que nada he dicho y paso al asunto a que accede este último boceto de los cinco que forman la colección en este libro.

Cierta mañana me encontré en la calle de Pérez Castellanos con Eduardo Olave, condiscípulo, aunque por limitado tiempo, y que no tardó en tener figuración en la milicia, dando evidentes pruebas de valor personal en su actuación de años después.

Con cierto misterio, me desvió de la acera, hasta sacarme de ella y meterse conmigo en un zaguán inmediato.

—¿De qué se trata?, — le pregunté.

—Se trata, de que las cosas no andan bien, y en cualquier momento vamos a tener graves acon-

tecimientos: desde anoche las tropas están acuarteladas, pero con esto y todo, no estamos seguros.

—Pero, — le observé — con esto me dices mucho, y concreto, no me dices nada.

—Porque no puedo, ni debo...

—¿Entonces?...

—Entonces, — repitió Olave, — lo que debes hacer, es meterte en tu casa y no salir a la calle, y con una mirada expresiva que yo traduje, al parecer, acertadamente, me estiró la mano que estreché, agregando: — cuanto más pronto... mejor.

Después de este breve diálogo, nos separamos; él para dirigirse a su casa de la calle 25, entre Pérez Castellanos y Colón, y yo para la mía, San José entre Andes y Florida.

Lleno de preocupaciones me acosté esa noche, después de permanecer encerrado toda aquella tarde, seguro de que Olave sabía bien a qué atenerse cuando me dió el consejo de no salir a la calle. Conocía sus afinidades con los políticos de la época y no podía menos de dar crédito a sus noticias, por más desagradables que fueran, y seguir sus consejos al pie de la letra.

III

Descubrimiento de un complot

Al siguiente día, poco antes de las tres de la tarde, pasaron por mi casa varios chicuelos vendiendo boletines, en los cuales se anunciaba el descubrimiento de un complot con el objeto de hacer

volar el antiguo Fuerte o Casa de Gobierno. Se decía en uno de ellos que el infernal proyecto se había descubierto, merced a la denuncia de un chucuelo de la vecindad; en otro, que a los zarpazos que durante la noche se oían en la pequeña casita de una puerta y una sola ventana, sita en el costado sud de la Plaza Zabala, que lleva hoy el número 324, y finalmente, se atribuía también a la denuncia de un individuo, cuyo nombre nunca se designó, y que habiendo sido consultado para llevar adelante el plan, se excusó, prometiendo guardar reserva.

Una vez leídos dos de los boletines que no podían ser más lacónicos y sin pérdida de tiempo, me trasladé a la Casa de Gobierno, y en la calle, que se ubicaba, entonces como hoy, al sur de aquélla, el número de curiosos era tal, que el tráfico resultaba completamente interrumpido.

Sin embargo, no desmayé; avancé lo que pude, con auxilio del Comisario L., mi amigo, hasta llegar a la pequeña casita, a cuya puerta había un centinela, además de otros en la acera del frente; entraban y salían Comisarios y empleados subalternos de la Policía.

Más tarde, una vez despejado el local, no permitiéndose el tráfico por esa calle, sino a los vecinos que tenían que entrar o salir de sus casas, se practicó una abertura a un metro del cordón de la acera, operación que puso a la vista una estrecha galería subterránea que, saliendo de la casa de la referencia, tomaba la dirección del salón de acuerdos de la Presidencia.

Desde luego se comprendió cuáles eran los designios de los autores del atentado que se proyectaba, y no faltó quien afirmase en los primeros días que duró la formación del sumario, que había varios individuos complicados en ese asunto, algunos de significación y de posición social más o menos ventajosa, llegándose a citar a don Eduardo Beltrán como principal autor.

IV

¡Coronel de ayer!... ¡Coronel de...!

El presunto autor que acabamos de nombrar, era visita frecuente en la Contaduría General del Estado, situada en el ángulo Nordeste del Fuerte. Allí contaba con amigos como don Tomás Villalba, Contador; José Parpal, Eduardo y Leopoldo Gard, Américo Aguiar y otros; charlaba con ellos sobre cosas indiferentes después de mariscalear un poco, retirándose luego a su casa-habitación en la calle de Wáshington, hoy número 258.

Algunos días antes del descubrimiento de la mina, don Eduardo había estado como de costumbre, en la Contaduría, pero su conversación esa tarde versó sobre algo que ninguno de sus amigos había podido traducir por la ambigüedad de los términos empleados, al extremo de que muchas veces se miraron entre sí con suma extrañeza, figurándose que Beltrán chanceaba.

Este era hombre robusto y fuerte, física y moralmente; su físico, la entonación de su voz, su

gesto y su mirada, desde luego lo hacían presumir, de manera que en este hombre la fuerza moral estaba en perfecta relación con la fuerza de sus músculos, y júzguese de lo que acabo de afirmar, por lo que voy a decir en pocas palabras.

Empeñado Beltrán en cierta elección de Alcalde Ordinario, tropezó en el atrio de la Matriz, hoy Catedral, con un grupo de ciudadanos que contrariaban un tanto sus designios electorales, y que, por consiguiente, venían a hacer discutible el triunfo con el cual él creía contar de antemano.

El hombre echó sus cuentas y a la nuca su sombrero de copa; abrió las solapas de la levita tanto como pudo; empezó a arrojar humo por las narices y a dirigir a su alrededor miradas de basilisco; y apercebido, que cierto coronel era el que hacía cabeza de la legión disidente o de oposición a su candidato, dió tres pasos al frente... ¡uno!... ¡dos!... ¡tres!..., como diría la Goya, colocándose a las barbas del militar, y tomándole de improviso por las solapas de su saco o casaca, que estrujó con fuerza entre sus manos, lo arrinconó contra el muro de la torre del reloj y puerta de la misma torre. Elevándole después a medio metro de altura y regalándole el oído con estas amables palabras, dichas *soto-voce*: “Coronel de ayer... Coronel de... estése quieto”, lo dejó caer de la misma altura a que lo había elevado un momento antes... y... quieto se estuvo el coronel...

Por lo demás, don Eduardo era culto y hasta amable cuando quería serlo; tenía condiciones de

excelente *causeur*, y no faltándole historias, ni bromas de buen gusto, en las cuales solía dar pruebas inequívocas de su *esprit*, lograba proporcionarse buenos ratos y proporcionarlos a sus amigos.

V

Descripción de un viaje aéreo

Decía a principios del capítulo anterior, que el señor Beltrán era concurrente asiduo a la Contaduría General, y que uno de los días antes del descubrimiento de la mina, inmediata a la Casa de Gobierno, aquel señor había empleado frases ambiguas y algunas sugerentes, que apartaban a sus amigos de la inteligencia real y razonable de las cosas para precipitarlos en conjeturas más o menos fundadas y llegar a compenetrarse de las afirmaciones y especies emitidas por él en un lenguaje enigmático y de difícil traducción.

—“¡Queridos amigos! — les decía, — a mí que
“ tanto los quiero, como a mí me quiero, y aún
“ más; a mí, que desearía elevarlos tanto sobre este
“ mundo miserable y falaz, para que no se con-
“ taminasen, ¡qué grata sorpresa me causaría ver-
“ los volar por los aires con la misma facilidad
“ que los pájaros! — y como observase pintada
en el rostro de sus amigos la más señalada sor-
presa, agregaba: — “no den ustedes crédito a mis
“ fantasías, ni siniestra interpretación, pues no
“ son otra cosa que fantasías... pero fueren lo

“ que fueren yo los veo... sí, los veo volar sobre
“ los escombros de esta manzana, que encierra la
“ autoridad suprema de la patria, y los séquitos
“ de adeptos incondicionales... que también vo-
“ larán... yo lo espero, sí... lo espero, queridos...
“ queridísimos amigos míos”!...

Y don Eduardo se retiró riendo y accionando cómicamente, dejando a los oyentes estupefactos, pues aunque acostumbrados a estas rarezas y romanticismo de aquel señor, llegaron a sospechar esta vez, que pudiera estar enfermo, inclinándose algunos a creer que lo estaba de verdad.

En efecto, su actitud era un tanto sospechosa: tenía el rostro y los ojos encendidos; su inquietud era extrema y llegó momento, en que una animación diabólica y una sonrisa mefistofélica se dibujaban en su semblante y en sus labios.

VI

Los hermanos Neumayer

Claro es, que el suceso posterior del descubrimiento de la mina, vino a descorrer el velo del misterio que envolvían las palabras enigmáticas de don Eduardo. El Contador Villalba y empleados de su dependencia, quedaron, pues, al corriente una vez por todas, de los buenos deseos que abrigaba aquél, cuando ya creía verlos a todos elevados a la región de los pájaros, bien que con el laudable propósito de que no se contaminasen con los ases de la baraja de aquella fecha en la Casa de Go-

bierno, y que en ninguna casa de esta especie faltan, ni en este país, ni en ningún otro.

Las investigaciones alrededor del ruidoso acontecimiento y de sus presuntos autores, no pasaron de suposiciones más o menos fundadas, sin precisar más nombres propios que el de los hermanos Pablo y Luis Neumayer, reducidos, al fin, a prisión y sometidos al Juzgado del Crimen.

Sin embargo, corrían voces que atribuían participación principal al señor Beltrán, lo que parecía confirmar la circunstancia de no conocerse su paradero, desde el descubrimiento de la mina, aunque no se hubiese dictado medida alguna contra su persona.

No siendo mi objeto detenerme en los detalles del proceso que se inició y siguió sin interrupción hasta 1874, transcribo a continuación y textualmente, los términos de una carta dirigida al entonces defensor en lo criminal, por los procesados, que hasta esa fecha y en segunda instancia, se encontraban en la cárcel pública a disposición de la Justicia:

“Isla de la Libertad, 23 de octubre de 1871.

“Señor doctor X:

“ Con sumo placer ha llegado a nuestro conocimiento,
“ que usted se empeña con todo ardor,
“ digno de un magistrado justo, recto e intachable,
“ en defendernos en nuestra causa ante el Superior,
“ lo que le enaltece ante nuestros ojos y le
“ dará una gloria y honor eterno en la opinión

“ pública con el desempeño de su noble y huma-
“ nitaria misión. Nadie mejor que usted puede dar
“ la correspondiente luz a la causa y establecer la
“ verdad de los hechos, y esto es lo único que
“ nosotros deseamos; pero, nada, absolutamente
“ nada se puede ni debe hacer, antes de ponerse
“ en perfecto acuerdo y buena armonía con nos-
“ otros, para establecer las bases sobre que debe
“ versar la nueva defensa.

“ Así, pues, tendremos a la brevedad posible
“ una entrevista con usted para el efecto, del modo
“ que le parezca más conveniente”.

“ Reciba usted, por tanto y con anticipación,
“ nuestro saludo y particular estimación.

(Firmados:) *Pablo y Luis Neumayer.*”

Unos días después, tuvo lugar en la Isla Libertad la entrevista indicada por los prevenidos, haciendo el doctor X las primeras gestiones de la segunda instancia.

Ajustó el escrito de expresión de agravios a la ley 13, tít. 24, libro 8, R. C., para pedir como pidió la revocación de la sentencia de 11 de octubre de 1871, que condenaba a sus defendidos a la pena de diez años de prisión y trabajos públicos.

Como los procesados estaban convictos y confesos desde la primera instancia, la única tesis que tenía que sostener el defensor, era la procedencia de la sustitución de la pena de prisión que sufrían aquellos desde julio de 1867 (cuatro años), por la de destierro, lo que obtenido, colmaba las aspiraciones

de los Neumayer, cuyas respectivas familias perecían de necesidad, mientras que la libertad con destierro y todo, abría campo vasto a sus actividades y futuras esperanzas.

La segunda instancia se inició con marcado empeño, aunque con pequeñas interrupciones, que al fin dejaron expedito el camino para llegar a su terminación. En efecto, con fecha 4 de noviembre de 1872, se revocó la sentencia de primera instancia y el destierro de los procesados de la mina fué un hecho.

Por lo que respecta al señor Beltrán, éste fué prófugo desde que el complot se denunció el 30 de junio de 1867, por el Jefe de Policía, don José C. Bustamante (debiendo explotar la mina a la 1 p. m. del día siguiente); pero, siete años después (1874), gobernando el doctor Ellaury, se presentó don Eduardo Beltrán pidiendo su enjuiciamiento, aunque con protesta de su inocencia.

Fué recluso en el Departamento de Policía, y el sumario se inició, hasta que, poco después, obtuvo su excarcelación bajo fianza.

Ocurrida su muerte un año y medio después, el sumario se remitió al Juzgado del Crimen entonces de la 1.^a sección, para ser agregado a la causa principal.

VII

Desavenencia entre Latorre y Beltrán

El Gobernador don Lorenzo Latorre regía los destinos del país desde los acontecimientos del

1.º de enero de 1875, y digo que los regía desde esa fecha, porque si bien don Pedro Varela fué el que reemplazó al doctor Ellauri después de su derrocamiento, el papel de aquel desgraciado mandatario fué tan precario e indefinido, que su gobierno no llegó, propiamente, a marcar una época.

El coronel Latorre, como es notorio, fué el que provocó y precipitó la caída del doctor Ellauri, y desde ese día, no hubo más voluntad que la suya, ni más influencia directriz en la política del país, que la que se traducía en sus iniciativas, iniciativas que el gobernante, votado por las Cámaras con los honores de tal y todo, no hacía sino acatar y cumplir.

Un buen día, pasado algún tiempo de la fecha en que el coronel Latorre hizo a un lado al señor Varela y se proclamó dictador, don Eduardo Beltrán concurría a los Ministerios y despacho de aquél, con la misma frecuencia o más, que a la Contaduría General. El que hubiese conocido su carácter, como yo lo conocía, no podrá dudar de mi palabra si aseguro, que a veces se atrevía a censurar sus actos y hasta a reprimirle por ellos.

Sin duda, don Eduardo no se apercibió, de que últimamente al coronel ya no le hacían feliz sus franquezas, ni sospechó a lo que podía conducirle su amor propio herido, y porque no se apercibió de lo uno ni sospechó de lo otro, el hecho es, que una tarde hubo entre ellos cierto cambio de palabras, precursor de algo más grave y trascendental.

Don Eduardo se retiró de mal talante, y de mal talante quedó Latorre en su despacho.

El día siguiente fué festivo, y ni uno ni otro tenían para qué ir al Fuerte, y no fueron, pero veinticuatro horas más tarde, se presentó Beltrán en el despacho del Gobernador y entró con la franqueza y confianza de siempre, siendo recibido por aquél, como si nada hubiese ocurrido entre ellos. Es que los dos se conocían y sabían a qué atenerse y el papel que les convenía jugar.

Se habló de todo un poco y en presencia de Agustín Susviela, se habló también del doctor don Mariano Querencio, de Sagabrugo y por último, de la mina, del proceso seguido a los Neumayer y del que debía seguirse a otros, que no eran los Neumayer, pero sí, tan criminales y responsables como éstos.

VIII

Asesinato alevoso de don Eduardo Beltrán

El doctor Querencio era íntimo amigo del Gobernador, como lo era real o aparentemente don E. Beltrán, sólo que, aquél no tenía nada que temer del primero, mientras que del segundo, no se fiaba, porque sabía que era mucho hombre y de pocos escrúpulos cuando se coartaban en algo sus propósitos.

El doctor Querencio mató de un balazo y en defensa propia, según lo afirmaba, a un Sagabrugo, cuando éste se introdujo furtivamente en su aposento de la calle Arapey, mientras que Beltrán era capaz, no sólo de defenderse sino de agredir

con armas iguales e inferiores, siendo necesario, pues era valiente e impulsivo a la vez.

Dije antes, que se había hablado de varias cosas y del proceso de la mina, y algunas frases insidiosas del Gobernador provocaron otras de parte de Beltrán, que parecieron precursoras de un desagradable incidente, y gracias a la interposición del doctor Querencio, que había llegado momentos antes, las cosas no pasaron de allí. Sin embargo, la conferencia no podía prolongarse por el estado de los ánimos: Latorre y Beltrán se sentían contrariados y también el doctor Querencio, así es que, éste y don Eduardo dejaron al Gobernador dirigiéndose al portón de salida del Fuerte, despidiéndose allí.

El doctor Querencio tomó la calle de Rincón, y don Eduardo se detuvo un momento a la puerta del Juzgado del Crimen de la 1.^a sección, instalado en el piso bajo del edificio que ocupaba el Superior Tribunal de Justicia, para hablar con el Tesorero General de la Nación, don Pedro Carve.

Entretanto, el coronel Latorre, cuando el doctor Querencio y Beltrán se retiraron, encontrándose presentes Susviela y dos jefes de su confianza, se lamentó de la insolencia de Beltrán, y de que, *estando rodeado de bigotes*, no hubiese uno de los que los llevaban, capaz de defenderle de aquel hombre que constantemente le provocaba, recordando para esto la historia de la mina y el presentimiento de algún otro atentado, del cual, él mismo pudiese ser víctima.

Es de notoriedad lo que ocurrió aquella misma

tarde en el zaguán de la casa de la calle Wáshington, habitada por Beltrán y que he designado en el cuerpo de este capítulo.

IX

Conclusión

Con la muerte de Beltrán, desapareció de la escena social y política aquella saliente personalidad, asociada a los recuerdos de la mina y a otros acontecimientos, aunque no de igual importancia.

CAPITULO X

Sueño Tártaro

Que empieza por fantásticas visiones y concluye
por la fría y elocuente realidad.

I

El Guacamayo

Allá..., allá en los tranquilos confines de mis dominios de Villarón, próximos al campo y flamante Escuela de Aviación, se ve un pequeño *chalet*. Es mi modesta residencia de verano, y dista poco más de trescientos metros de los altos álamos e innumerables plátanos y sauces que circundan ambas orillas del Miguelete.

El trayecto que marca esta distancia, determina desde allí un plano ascendente por el repecho natural del terreno hasta llegar al pie del *chalet*, y a su vez, las verdes filas de una viña frondosa que ocupa aquel terreno, simulan extensa y reluciente superficie que, en los albores de cada día, acarician los rayos del sol y también los de la luna en cierta hora y estación del año.

Orientado el frente Sudeste del *chalet* en marcada dirección a este viento, y encontrándose mi dormitorio en posición y orientación igual, los rayos de aquellos astros penetran forzosamente en su interior, hasta que por su gradual elevación, llegan a superar la mayor altura de la ventana *sin postigos*, con que aquél cuenta por ese costado.

Cuando esto ocurre, que es en la estación del estío, puede verse desde mi ventana un volante bastidor de rejilla verde, tejido de madreselvas y jazmines del país, sobre cuya cornisa superior se balancea un Guacamayo del Paraguay.

Luciendo sus galas, y sin interrumpirse en sus movimientos acompasados, no deja de aletear y arrojar gritos guturales, se le ve agitar en cruz su pata derecha a imitación de director de orquesta, mientras que con la izquierda se sostiene de la cornisa del florido bastidor.

Al fin, recobra relativos momentos de reposo, y alumbrado ya por el sol, ya por la luna, muestra su seria y grave catadura, matizada por el blanco y el carmín de sus mejillas, así como su ancho y encorvado pico y su precioso indumento multicolor

II

Mi dormitorio

Mi dormitorio es amplio y ventilado; tiene tres aberturas al naciente durante la estación de verano, y la mayor de ellas, al Sudeste, según queda expresado ya.

Como he dicho también, estas aberturas carecen

todas de postigos, porque, desde mi primera juventud, jamás transigí con postigos cerrados, ni de día ni de noche, y hoy mismo, aunque ya viejo, protesto contra ellos con igual fuerza de convicción.

Amo la luz, y sobre todo, la luz natural, y me considero más feliz y favorecido con ella que con la artificial, cuando el astro-rey cruza el firmamento y el movimiento y la actividad imperan a mi alrededor.

Una puerta o una ventana tapiada durante las mañanas, sin otra luz en el interior de un aposento que la que con dificultad y escasez penetre por las rendijas o intersticios que no quiso o no pudo evitar el obrero que construyó aquellas aberturas, me representan la puerta o ventana de un calabozo, la de la mansión de un misántropo o la de un...

La obscuridad de un aposento semejante, estimula un sueño que no es ya necesario, y prolonga por el hecho la ociosidad, y... convengamos, que un hombre boca abajo o boca arriba, entregado a Morfeo o a no hacer nada, que es lo mismo, y esto, cuando el sol raya alto quemando la frente de los que se buscan la vida con afán desde horas antes, ofrece el contraste más lamentable, como que no es síntoma precursor de mejores días para el futuro.

“Tanto comer y no trabajar”

“En algo ha de venir a parar”

Esto dijo un burro (al cual se le daba escaso pienso por la noche y muchos palos por el día),

observando los buenos platos que se servían a un cerdo, vecino de pesebre, y el cual no tenía otro trabajo, que el de comer a discreción.

Pues bien, en lo que *vino a parar* aquella contradicción que había preocupado al burro, fué en el faenamamiento del cerdo, una mañana en que éste gruñía colgado y aquél comía apaciblemente los restos de su pobre pienso de la noche, y en momentos de atársele una vez más a las varas del carro, que debía arrastrar ese día en servicio de su amo.

A los dormilones no les sucederá lo que le sucedió al cerdo, pues sería demasiado, pero puede ser que el tiempo lamentablemente perdido en refo-cilarse con *sol alto*, les ofrezca serias contrariedades en el curso de la vida...

Adviértase que hablo de mis convicciones y pareceres personales, respetando, y mucho, lo que otros hacen en contrario. En efecto: no pudiendo ni debiendo constituirme juez en mi propia causa, no me atreveré a afirmar, que sea yo y no el que conmigo disienta, el que está en lo cierto.

III

El insomnio

Siguiendo ahora el tema de mi peroración, diré, aunque a nadie le importe saberlo, que el *proceso* de la conciliación de mi sueño, por regla general, no puede ser más breve: bástanme dos o tres minutos para dormirme desde el momento que me

decido a ello, y muchas veces sin quererlo, contando hasta hoy con esta suerte, si tal puede llamarse, entre las pocas que me han tocado en lote durante mi larga vida.

Sin embargo, el último miércoles me falló esta regla, como que no hay ninguna infalible, ni sin excepción, y mi caso lo prueba hasta la evidencia.

Empeñado desde días atrás, en una tarea que necesitaba terminar a la brevedad posible, se me ocurrió, apartándome de mis costumbres, disponer de algunas horas avanzadas de la noche para realizar mi propósito, y habiendo puesto manos a la obra, muy cerca de las 10 p.m., no tardaron en dar las 12 y hasta las primeras horas de la madrugada, sin haberlo conseguido.

En tal situación, y empeñado en esta tarea, no sólo por la necesidad sino por cierto arranque de amor propio, bien o mal entendido, me propuse terminar y terminé, pero, allá cuando el horizonte empezaba a colorearse por la aproximación del día.

Conseguido mi objeto y satisfecho de haber triunfado, me desvestí con apresuramiento, y después de recurrir a mi *pijama* de dormir,—más cómodo y aparente para un hombre, que el ridículo camión de marras,—traté de buscar el reposo de que necesitaba, pasando a mi aposento, y desplomándome en el lecho, que abierto y seductor, me había esperado inútilmente desde horas antes.

Lucha tenaz e infructuosa en los primeros momentos, fué la que tuve que sostener para conciliar el sueño. La fatiga que esto me produjo y la impaciencia que se apoderó de mí, me indujeron al

fin a dar por pasada la mala noche, lanzándome como me lancé, fuera de la cama, y saliendo después a la galería para respirar aire libre y refrescar mi cabeza. Sin embargo, no tardé en reaccionar; pude contenerme en mis impulsos, y volviendo a mi aposento, a pesar de un momento de indecisión, me tendí de nuevo en el lecho abandonado. Después... procuré transar con Morfeo, y ya se verá que lo conseguí, porque, con vueltas a la derecha y vueltas a la izquierda; estiramientos de brazos y de piernas; arreglos más o menos felices en la colocación de las almohadas y otras evoluciones y arreglos análogos, concluí por perder la noción de la vida, como tantas otras veces, y.... me dormí.

Y esta vez, ¡qué fácilmente recorrí el trayecto que en mi forzada actividad de aquella noche de fatiga me separaba del reposo!, y entretanto, ¡cuán difícil se me ofeció el problema de obtenerlo, cuando a pesar de mi voluntad y de mis propósitos, llegué a desmayar, abandonando el campo en que había batallado!

IV

La aurora

Recuerdo vagamente, que al colorear la aurora del bello día que se iniciaba, y en los precisos instantes en que me sentía acariciado por los primeros síntomas del sueño, se oía el sordo rumor de las golondrinas que todavía a esa hora se anidaban en

los cornisones y troneras de los altos del *chalet*, y que, con la aproximación de la claridad, se preparaban a salir de sus albergues; como se oían también cantos lejanos, que a la par del chirrido de las golondrinas, presagiaban un próximo himno al Sol.

También recuerdo, que a la vez que la capacidad de mi aposento parecía ensancharse de una manera gradual, tomando en su interior la forma de un gran anfiteatro, el color lila de sus muros se acentuaba, adquiriendo creciente brillo y transparencia.

Tan raras visiones, más hijas de un alucinamiento que de la realidad, eran acompañadas de ruidos, voces y nuevos cantos, ya próximos, ya lejanos, que denunciaban así como la actividad en contraste con la quietud y el silencio de la noche, hiriendo mis oídos, cada vez con más fuerza, como si aquellos ruidos y demás signos de vida y animación, fueran recibiendo el concurso de nuevos agentes que debieran contribuir a multiplicarlos.

Al fin, llegó un momento en que todas estas manifestaciones exteriores constituyeron verdadero concierto de arrullos, gorjeos y trinos melódicos, alternados por los silbidos del mirlo, las notas intermitentes de la urraca, el arpegiado de las golondrinas y las notas guturales del Guacamayo.

En fin, aquel cuadro y este concierto, variado, concluyeron por dominar mis sentidos, sin poder apartar los ojos y mi atención de uno y de otro.

La extensa bóveda del anfiteatro de muros lila, se cubrió momentos después de infinidad de puntos

blancos que fueron aumentando de tamaño y tomando la forma y exterioridad de pequeñas estrellas de un brillo tan deslumbrante, que me obligaron con irresistible poder a cerrar los ojos y a cubrirlos con mis manos temblorosas.

V

El Olimpo

Cuando los abrí de nuevo, el anfiteatro apareció recamado de láminas de oro. Tres filas simétricas de sillones blancos se veían al fondo, así como una gran poltrona de marfil con muelles a la chinesca en un palco central. Sobre el más alto orden de asientos y bajo la cornisa saliente de aquel regio estrado, que ahora resultaba iluminado por infinidad de antorchas y arabescos formados de pequeños focos deslumbrantes de luz eléctrica, se veían varios cuadros al óleo y alegóricos, que hacían complemento a la magnífica decoración, y por último, de cuatro grandes pebeteros distribuidos proporcionalmente por la sala, se elevaban columnas de un humo aromático que embalsamaban su atmósfera y trascendía a lo exterior.

De pronto, un grupo numeroso de personas de rostro alegre y de diversas vestiduras y talante marcial, se precipitan al centro del estrado, accionando todos con ademán y gesto expresivo, pero, sin que se sintiese una sola voz en medio de tanto ademán y de tantas gesticulaciones.

Los ruidos y cantos de momentos antes habían

cesado, desde que, la transformación del local se verificó dando acceso a tantos y extraños personajes. En medio de la sorpresa que este cambio de decoración me produjo, y fijándome, medio aturdido, en los personajes que tenía delante y a corta distancia, dije al fin para mí, golpeándome la frente: ¡Calle!... si no me equivoco, aquél, de color arrebatado y barba corta y espesa, que se posesiona de la segunda silla, al extremo de la fila izquierda, no es otro que *Baco*... y *Plutón* el que va a sentarse a su lado... como son *Neptuno*, *Marte*, *Venus*, *Diana* y *Ceres*, los que entran ahora por la derecha, y... ¡vaya una gracia!... pues si los que tengo delante de mis narices, no son otros que los dioses de la Mitología, y se me ocurre, que éstos al fin van a dejar el Olimpo para meterse en mi casa de rondón; sin duda querrán alojamiento y buenos platos, pero buen chasco van a llevarse. ¡Holgazanes, que no hacen sino darse buena vida y hacer papelones en los teatros! Estos y otros aquí presentes, los creó la estupidez humana para después adorarlos, pero lo que es yo, ni los adoro, ni los quiero en mi casa; bueno es prevenirse y...

A esta altura, ya no pude continuar mi mental monólogo, porque fuí interrumpido por una voz penetrante y desconocida para mí, anunciando que los dioses, ya en posesión de sus respectivos puestos, iban a dar principio a no sé qué deliberaciones. En efecto, uniendo los hechos a las palabras, todos aquéllos tomaron asiento sin mayor ceremonia y sólo quedó de pie y en un rincón la

turbamulta de los semidioses, formando un verdadero grupo de atorrantes.

Júpiter—el dios supremo, el dios de los dioses, —rodeado de Minerva, Saturno y Apolo,—dioses de la sabiduría, del comercio y de las bellas artes, — ocupaba la poltrona de marfil, al centro y los otros las inmediatas a uno y otro lado; en seguida Baco, Neptuno y Plutón, soberanos del vino, de los mares y de los Infiernos, manteniéndose de pie en un extremo de la segunda fila; Hércules y Marte, que lo son de la fuerza y de la guerra, tomados del brazo, y en el otro, Ceres, Diana y, por último, Venus, la seductora diosa de la belleza y del amor con el travieso y peligroso Cupido a cuestas.

¡Comitiva más brillante y lucida, al menos a la distancia, como yo lo atestiguaré desde esta fecha! ¡Lujosos y relucientes trajes talares, cruzados de alamares de oro y piedras preciosas, daban mayor, aunque inmerecido realce y prestigio, a aquellos zotes, con aire de personajes!...

Todo resplandecía en aquel cuadro fantástico en sustitución de la realidad, como, por lo general, ocurre en todas las cosas humanas, y yo mismo, que encontraba sospechoso y un tanto repulsivo el conjunto que ofrecían los inesperados visitantes, me sentía seducido y casi subyugado por tanta luz y tanta magnificencia...

Pero... ¿qué oigo?... acaba de sentirse el redoble de un timbre... y he creído oír hablar en voz baja... ¡ah! .. es Júpiter, el dios supremo... ¿qué dice?...

VI

Los dioses falsos

Pasado un momento, se oyeron estas palabras, en medio de un silencio prolongado: "Veamos, pues, lo que dice Marte", y transecurrió un momento.

—Lo que digo, es muy sencillito; digo, que parodiando mi personalidad se le dió figuración en cierta obra teatral a un tal... individuo de poca talla, es cierto, pero al fin con pujos de guerrero, y esto basta a mi objeto, haciéndosele entender, en cierta ocasión, que era el predestinado para salvar la causa del Egipto. En consecuencia, se le mandó al campo del honor contra los etíopes, que resultaron después vencidos, entrando aquél triunfante en el Cairo y discerniéndosele los honores de vencedor.

—Y bien, — observó Baco con voz tomada, mirada aviesa y gesto canallesco, — ¿es esto, acaso, causa de queja?, ¿qué otra cosa más quería aquel aventurero, cuando tengo entendido, que el Rey estaba dispuesto hasta ofrecerle la mano de su hija?

—Es que, — observó a su vez Marte, — el aventurero, como tú dices, había tomado prisionero al Soberano de los etíopes y a su hija, de quien se enamoró perdidamente, y por eso no podía aceptar la mano de la princesa. Entonces, trató de huir con la etíope, siendo sorprendido con ésta a orillas del Nilo, y condenado a morir en un sótano con la cautiva.

Marte hizo una pequeña pausa y después en tono lacrimoso, agregó: esta fué la recompensa que tuvo después de sus servicios, y es lo que precisamente me ha indignado, porque la cosa atañe también a mí, como que, un guerrero (bueno o malo), en acción de guerra siempre simboliza mi persona en calidad de dios de la misma.

—¡Oh! no embromes—observó Minerva—¿pues le parece poco al tal guerrero, y a ti mismo, lo de la compañera del sótano? Siempre es preferible morir bien acompañado y acariciado, y no solo como un perro.

—Claro es, — exclamó en coro la asamblea.

—Sobre este tema, — dijo después Júpiter, — no caben dos opiniones.

—Para eso yo, — agregó Baco con despecho, — ni al autor del libreto de la obra a que alude Marte, ni a ningún otro, se le ha ocurrido hasta hoy tomarme en consideración, como que nadie me lleva el apunte; yo no sé qué Dios de... soy yo...

—¡Ele!... vea cómo habla, — gritó Júpiter en tono de apercibimiento,—¿no ve *que hay señoras?* — y después, en forma confidencial, agregó: — por otra parte, ¿cómo se han de ocupar de ti, desde que se te elevó a la poco envidiable categoría de dios del vino?, ¿qué garantías puedes tú ofrecer?

—Sin embargo, — replicó Baco, — nunca he dado motivo para que se dude de mí; además, esto nada me importa, y sólo hago cuestión de la indiferencia de los maestros compositores, que jamás han encontrado colocación para mí en sus obras musicales.

—¿Qué estás diciendo?, — exclamó Venus con extrañeza, — de felicitaciones debes estar como está *Plutón*.

—¿Quién me nombra? — preguntó éste de mal talante. — Lo que es a mí, déjenme tranquilo, que demasiado tengo yo con mis cominos; ¿les parecen poco mis tareas y preocupaciones como dios de los Infiernos, sobre todo en estos aciagos momentos de guerra en que tanto bribón ingresa a mis dominios? Además, tengo también mis quejas que formular...

—¡Pero hombre! — observó Venus,—si yo estoy de acuerdo, y quisiera encontrarme tan olvidada como lo estás tú y Baco. ¿Sabes, acaso, las penas a que están expuestos nuestros émulos o intérpretes cuando, p. ej., el maestro Wagner los toma por su cuenta en la concepción de sus obras. Aunque no sea más que por los plantones que por nosotros se llevan los pobres diablos sobre un metro cuadrado del escenario, la cosa resulta seria, y líbrelos Dios de un accidente cualquiera, pero, ¿qué digo accidente?, de una de esas frecuentes.... a que todos estamos expuestos, en escena y fuera de ella.

—Ni pensarlo es bueno, — dijo Júpiter.

—Lo mismo digo yo, — agregó Neptuno respirando fuerte, acariciando su hermosa barba gris y acordándose al mismo tiempo, que lo que es a él, no le faltaría el agua fresca y el aire libre.

VII

Crítica de una diosa

—Es cierto, — continuó Venus, — que en el ínterin, la orquesta hace primores de concertación, y que el genio portentoso del gran maestro, indemniza del plantón, pero... con inhumano sacrificio de los pobres dioses.

Estos, de traje talar y buscando apoyo, primero sobre una pierna, sesgando el cuadril, y después sobre la otra, haciendo otro tanto, pues que la broma es larga y pesada; gesticulando y cantando a retazos y con la escena a un quinto de luz, por regla general, esperan sin *dormirse*, a que aquello termine, y al fin, termina como todas las cosas... para empezar de nuevo. Miren ustedes; lo que es yo, desde que la Kruseniski tomó mi personería en la ópera "Tristán e Isolda", jugando el papel de esta última, me he propuesto no poner jamás en conflicto a ninguna otra mujer aunque don Ricardo se enoje.

El célebre dúo de amor, que como ustedes saben tiene lugar de noche, en un bosque y a la intemperie, además de sus *bemoles*, agréguenle ustedes las indecisiones de Tristán, un galán tan triste como el nombre que lleva. No salía el pobre de sus protestas de fino amor y... respeto y no concluía sino con alguna moraleja fuera de lugar, desde que muy poco o nada tenía ella que ver con el *asunto en discusión*. A este paso, los *bostezos* por un motivo y los *estornudos* por otro, empezaron

a perseguir a Isolda, quien más de una vez estuvo tentada de posesionarse de los calzones de Tristán y enseñarle a aprovechar el tiempo y a no ser larguero y tonto.

—Claro está, — exclamaron la diosa de las mieses y Diana Cazadora, pero las pobres se apercibieron de que habían resbalado como el cabo Peralta en los “Madgiares”, y no pudieron menos de ponerse coloradas como un tomate, mientras que, Venus, costumbrada a andar con Cupido a cuestas, se quedó tan fresca, continuando su peroración en estos términos:

—De todo esto resultó que el tal dúo no fué dúo ni fárrago de gaita, sino *lata*, y debiendo concluir por un *calderón* a dos voces, concluyó por una retirada desabrida y fuera de oportunidad de parte del galán, quien la hizo con las manos en los bolsillos, la cabeza caliente y las extremidades frías.

La Kruseniski, que fué la chasqueada, me confió su despecho por tal retirada, cuando en media hora de dúo, a la vez que la infinidad de notas musicales empleadas en él y en desquite del frío que hacía, se habrían podido producir cosas de más peso y provecho para el arte.

—¡Vaya un papanatas! — exclamaron en coro los dioses, semidioses, incluso Júpiter.

Contra esta espontánea exclamación, nadie pudo protestar, ni aún el dios que presidía el cónclave, luego que, a la par de los demás, hizo parte del coro, en que se llamó a Tristán por su verdadero nombre.

Así el trance de Tristán e Isolda de que se lamentaba Venus, no pudo menos de recordarme aquella ocurrencia de Juanita, mi mujer, que solía decir, que a mí, como galán, siempre me había temblado el pulso, y que llegado el momento preciso, todo se me volvían alharacas y posturas académicas, simulando el caso de la cohetera o culebrina de Gaser, que bien podría llamarse de fuegos para atrás.

A esta altura de la sesión de los dioses, Plutón, rey de los Infiernos, a quien Berlioz, Gounoud y Boito han traído a la escena en la “*Damnatione di Fausto*”, en el “*Fausto*” y en el “*Mefistófeles*”, caracterizado en el personaje de este último nombre, formuló también sus quejas por el papel de *zurcidor de voluntades*, que se le hace jugar por los tres compositores o libretistas, sin más recompensa que la conquista famosa de la vieja Marta... desportillada y pernituerta.

—No importa, Plutón, — dijo Baco, — el papel más o meno lucido que se nos haga jugar; lo humillante es el olvido, el que no se nos tome en cuenta...

—¡Dale! — murmuró el rey de los Infiernos.

—Porque,—continuó Baco,—¿somos o no somos dioses?...

—¡Pero hombre!, ¿quién puede dudar de que lo somos? — observó Plutón, — pero bueno será no olvidar, como pareces haberlo olvidado tú, que somos dioses falsos...

—¡Qué oigo! — exclamó Baco todo desconcertado, — la verdad es, que había olvidado esta cir-

cunstancia... Claro es, y ahora recién caigo en que nos toman como moneda boliviana, y don Ricardo es el que más ha abusado de nuestra precaria condición.

(Aplausos en la asamblea y algunas protestas entre ellos, provocando nuevas demostraciones).

VIII

Los Maestros Compositores

En este momento se produjo un movimiento inusitado en los diferentes grupos de la asamblea, e inmediatamente apareció por la izquierda el ilustre maestro alemán, ocupando una poltrona colocada en la tercera grada del anfiteatro, y con él entraron también varios grupos de orquesta que componían la de su elección, y que no tardaron en reunirse y colocarse en actitud de funcionar.

Unos minutos más tarde, aparecieron seis grupos más, que componían las de Verdi, Meyerbeer, Gounoud, Poncieli, Boito y Mascagni, colocándose aquéllas en orden y a la espera de los maestros respectivos, que no tardarían en llegar.

Se veían en fila y dominando las cabezas de los profesores, los *capotastros* de treinta y cinco contrabajos y los extremos superiores de los trombones, fagotes y figles, esbozándose en los puntos más excusados de cada orquesta el bombo, el tambor y timbales, que hacían parte de ellas.

Wagner, con palabra fácil, sonrisa alemana, que dice mucho y promete poco, y entonación amable,

explicó su tendencia a auxiliarse en sus obras de los *diosés, ninfas*, de medio cuerpo para arriba en los lagos, y de cuerpo entero fuera de ellos; de *nibelungos* de jastial figura y hasta de *sombras chinescas* para mejor asegurar el éxito fantástico de sus producciones literario-musicales, siendo pasadera su intención para los dioses y la más dulce y cariñosa para las ninfas. Para ello, puso por ejemplo la "Walkiria", el "Anillo de Nibelungo", el "Siegfried", el "Ocaso de los Dioses" y el "Oro del Rhin", y después de un bostezo, agregó: que la música seria, lo es tanto como puede serlo la ciencia de más nombre y tan exacta en sus distintos ramos, manifestaciones y efectos, como puede serlo la física, la química y las matemáticas. Que por eso, se preocupó de conciliar y acumular todas estas condiciones, antes que detenerse en combinar arietas y cantinelas, de esas que quedan en el oído con sólo tocarlas u oírlas una vez, cuando no se prefiere atronarnos *sin ton ni son*, con los instrumentos de cobre, bombo, tambores y timbales. En fin, que la elección preferente de los dioses, hecha con frecuencia por él, respondía a razones de calibre que no estaban al alcance de pobres de espíritu, por cuyo motivo no descendía a dar explicaciones.

Después de este breve, amable y expresivo introito, los dioses y semidioses que se encontraban en actitud de aplaudir, quedaron en suspenso y estupefactos, propiamente, metidos en un zapato y sumidos en profundo silencio: ninguno chistó, ni dijo, esta boca es mía.

Pero, parece que algo de la peroración del maestro alemán, fué oído desde una pieza contigua por los maestros Verdi, Meyerbeer, Gounoud, Poncieti, Boito y Mascagni; pues en seguida de ligero rumor y movimiento en la asamblea, invadieron ésta los expresados maestros en traje de etiqueta, ostentando pobladas cabelleras los que las tenían y calvas venerables los que carecían de aquéllas, y todos de batuta en mano, gesto avinagrado y serios como maestros de escuela.

Esto me provoca ahora el recuerdo, de que hace medio siglo no se encontraba un director de orquesta sin poblada cabellera, a guisa de ondeada peluca, rodeando su cuello y acariciando su espalda, ni un cantante que no llevase el pelo a la romana, bigote y pera angosta, larga y puntiaguda, hasta que cierto día, un empresario de recursos y de buen gusto, arguyó con los afeites radicales de actualidad y la urgencia de adoptarlos en su compañía, para mejor caracterizar a los distintos personajes de cada obra en escena.

Los artistas protestaron de primera intención, pero al fin, reconocieron la necesidad con que les arguyó el empresario, y desde ese día no se vieron más bigotes, ni más peras, y como sólo faltaba *legislar* sobre las melenas enmarañadas del director de orquesta y de un compositor de fuegos para atrás, que le hacía compañía permanente; una vez éstos conformes con el ejemplo que les ofrecían los de bigote y pera, el mismo empresario, adoptando actitud resuelta, de dos tijeretazos a tiempo, les volteó la *arboladura*.

IX

Todos cojean del mismo pie

Y esto, sin contar las cavilaciones que caracterizan la mayoría de los actos de los músicos *ejecutantes*, y aún comprendiendo a los mismos compositores y directores de orquesta.

Los primeros, en el caso más insignificante de prueba, hacen cuestión seria de su violín, si son violinistas, y arguyen, que no pueden tocar sino en él y no en otro; como los flautistas y pitistas, en caso igual, hacen cuestión de su flauta y de su pito sin adaptarse a otro pito, ni a otra flauta.

Si el caso es de un director de orquesta, éste no puede dirigir sino con su batuta, y en mi juventud alcancé el ejemplo del maestro Montenegro, que actuaba en Solís hace cuarenta años, usando una *batuta* especial para cada ópera de su repertorio, de más o menos extensión y grosor y de color más o menos claro o subido.

Los mismos compositores cojeaban del mismo pie y así tenemos el recuerdo del célebre compositor alemán Wagner, que sin enfundar sus pies y piernas en sus botas de marroquín y caña entera, no encontraba verdadera inspiración en sus concepciones musicales. Otro maestro... J. Casanova... antiguo cantante... esposo... y maestro de su propia mujer, la bella soprano Carolina Cepeda, y que ya no manejaba la batuta ni cosa parecida por razones que calla el cuento, se le metió en la mollera que no pudiendo evolucionar en

escena durante estaba en ella su señora, debía, desde entre telones y lo más cerca posible, hacer el simulacro de que él y no el tenor Piccioli, era el verdadero galán en el caso, y dicen las crónicas, que debido a esta excentricidad, había visto más de una vez, en medio de la actuación de la pareja en la ópera "Ruy Blas", y de los aplausos del público, lo que no estaba en sus libros.

A propósito de esta interesante artista lírica, recuerdo que el apreciable anciano don T. Negrón, amigo particular de esta actriz y de su esposo el maestro Casanova, era concurrente infalible a todas las representaciones en que aquélla tomaba parte, pero luchando con el inconveniente del oído que, a su avanzada edad había flaqueado un tanto y queriendo encontrarse en aptitud de poder apreciar los trinos y gorjeos de la cantante, a quien tanto apreciaba, se decidió a consultar a uno de nuestros especialistas.

Este anduvo a las vueltas con su oído izquierdo, que es del que se trataba, y el señor Negrón salió del consultorio medianamente satisfecho, pero dos días después, volvió al consultorio con el objeto de que le hiciese un nuevo toque. El doctor le observó que era un tanto peligroso repetir esos ensayos en el oído, pero el paciente quería ver realizado su plan, y no hubo más remedio que acceder a su exigencia. De esta segunda intentona también salió bien don T... y muchos tuvieron ocasión en los días subsiguientes, de oírle elogiar al especialista.

Satisfechos en gran parte sus deseos, no se preo-

cupó sino de asistir con puntualidad a los espectáculos de la temporada, hasta llegar al día destinado para el beneficio de la Cepeda...

Y fué entonces,
Que este señor
A los ochenta y seis
Oyendo bien,

quiso oír mejor... y en medio de su entusiasmo y movido por extraño y poderoso resorte, tomó resuelto su sombrero y a paso marcado se constituyó en el consultorio del especialista, a quien le dijo: Doctor, obedeciendo a la indicación implícita que envuelven para mí los dos toques que usted me ha dado, presiento que el tercero será decisivo para que yo pueda una vez por todas, y no a medias, recobrar el oído perdido... y después de esto dió un paso hacia la silla de operaciones, y sin más trámite ni oír las observaciones que se le hacían, puso el oído a disposición del doctor.

Para terminar: tantas pruebas inició éste, y a tantas vueltas y revueltas sometió a la trompa de Eustaquio del oído izquierdo de Negrón, que el último ensayo terminó por romperle el tímpano de ese lado, llegando desde entonces a oír como jamás había oído, y de una manera sólo comparable con la "tempestad en los Alpes" que últimamente nos ha hecho oír mister Gatty Sellards, en el magnífico órgano del templo metodista de la calle Constituyente.

X

El Debate

Del grupo de maestros, Verdi avanzó dos pasos hacia el centro del anfiteatro. Después, inclinándose ante los dioses, y siempre de pie, dijo mirando de soslayo a la tercera fila de sillones, y ya con la batuta en ristre: “parece que en las últimas palabras de don Ricardo hay alusión marcada a mi música. Es cierto que yo me he dejado seducir por la melodía y que he abusado un poco de los instrumentos de viento, como Cimarrosa y los clásicos abusaron de los de cuerda, relegando a los de viento al mayor desprecio. Sin embargo, las pasiones humanas y sus manifestaciones, no son ni pueden ser iguales, ni se expresan del mismo modo, así es que, lo lógico en la música,—que al fin y al cabo no es sino un lenguaje como el de la palabra,—es que todos los instrumentos se utilicen adecuadamente. En tal concepto, viendo yo, que en medio de la ternura y placidez de los sonidos suaves producidos por violines, violas y violoncellos, la monotonía que ellos envolvían se convertía a veces en adormideras, resultando un opio las salas de los teatros y soñolientos los concurrentes en medio de bostezos a discreción, se me ocurrió echar mano del recurso que me ofrecían los instrumentos de cobre, y me parece que conseguí mi objeto, porque, difícilmente se bosteza y se duerme cuando se toca mi música”... *e non vi dico... altro...*

En esto, se oyó una voz temblorosa, sin dejar de ser bien timbrada: era Meyerbeer, que pedía permiso para hacer uso de la palabra.

No habiendo quien a derechas se la otorgase, después que Wagner usó de ella sin venia de nadie, quedando desde ese momento, Júpiter, a pesar del trono de marfil que ocupaba, como cero a la izquierda, el célebre maestro se expresó así:

“ A propósito de lo que acaba de decir don
“ Pepe, he creído siempre que todos los instru-
“ mentos resultan açordes entre sí, cuando están
“ bien afinados, estándolo también las dos fami-
“ lias de *cuerda* y de *viento*. Así, el metal se dis-
“ tingue por la seguridad del ataque y la dulzura
“ de los pianos, y ha hecho muy bien don Pepe
“ en darle figuración en sus obras. Yo, que no soy
“ italiano, hice lo mismo que don Pepe, y aún
“ cuando avancé a la concertación, robusteciendo
“ los acompañamientos, me guardé bien de rene-
“ gar de los instrumentos de metal, como de dejar
“ colgados a los cantantes, ofreciéndoles para ello
“ oportunidad de lucir sus facultades y no pasar
“ desapercibidos como ocurre en las obras de don
“ Ricardo: ahí están “Hugonotes”, “Africana”,
“ “Roberto” y el “Profeta”, que justifican mis
“ palabras”. Y a propósito, recuerdo ahora lo que
decía y repetía una notable soprano dramática (la
Ericlé Darclée), refiriéndose a lo que a ella y a sus
compañeros de arte les deparaban por lo general las
grandes partituras wagnerianas.

“ Nadie, decía esa artista, puede poner en duda
“ el genio de Wagner y el gran mérito de sus

“ obras, pero el hecho es que, empiezan y conclu-
“ yen sus actos, sin un aplauso para nosotros,
“ sucediendo todo lo contrario en la ejecución de
“ las obras de los demás compositores, sin excluir
“ los más modestos.”

—“ Yo, — dijo Poncielli, dando un paso al
“ frente, — he seguido las mismas huellas de mis
“ apreciados colegas, y me felicito de ello, porque
“ en mi “Gioconda”, bien dada, nadie se duerme
“ tampoco, y no son pocas las ovaciones que han
“ obtenido los artistas que la han cantado y tam-
“ bién su autor.”

—“ Nosotros, dijo Gounoud, y hablo en plural,
“ pues tengo en este momento la personería de mi
“ colega don Arrigo, hemos ido al término medio
“ de Meyerbeer; pero, sin renegar de la música
“ francesa e italiana, respectivamente”.

—“ Y para terminar, — no dijo, sino que gritó
“ Mascagni, — yo he hecho otro tanto en todas
“ mis obras mejores, aunque una vez tratando de
“ parodiar a don Ricardo, se me ocurrió escribir
“ “Isabeau”, apartándome indiscretamente de mi
“ escuela para llegar al fiasco más soberano. Así
“ es que, he decidido volver y he vuelto a lo que
“ le dió el nombre y reputación de que gozo, de-
“ jándome de combinaciones complicadas, híbridas
“ y fantásticas,—y agregaré para terminar con el
“ respeto debido, que algunos de los compositores
“ de hoy, carecen en cierto modo del sentimiento
“ de lo bello en lo sencillo, y buscan sus efectos,
“ como los busqué yo en “Isabeau”, en lo más
“ arrevesado, en modulaciones múltiples y en la

“exageración de los medios. Por eso, la música que escriben es febril, nerviosa y se ve en ella, más bien el carácter de la improvisación, que el fruto que se medita con madurez... ¿En qué pensaba yo, cuando me dió por imitarlos?”.

Y como Mascagni, pensé yo, hay muchos convencidos de que el drama lírico no hará camino entre nosotros. Su complejidad, en cuanto a la estructura y trama dramático-musical, no a la música misma, justifica mi afirmación, porque, requiriendo aquélla detenido estudio y gran meditación, los espectáculos que acceden a tales concepciones arrevesadas y metafísicas, ofrecen gran dificultad para comprenderlos y digerirlos, y un tiempo y una dedicación, que son pocos los latinos que las prestan en los teatros, a los cuales se concurre en la América del Sur con fines muy distintos a los de descifrar enigmas. Y aún cuando se ha llegado hasta sostener, que el drama lírico debe suplantarse por completo al llamado propiamente drama, porque éste en su origen así lo fué... entre los griegos, habrá forzosamente que convenir en que, si los griegos llegaron a ser más filarmónicos en sus concepciones, que los que han optado por el drama, propiamente tal, estos últimos resultan más lógicos y ajustados a la naturaleza y a la verdad.

Otro tanto digo de las *tesis* en los teatros, a los cuales se concurre en busca de pasatiempo agradable, que importe un paréntesis a las tareas y preocupaciones que durante el día han embargado y fatigado nuestro espíritu.

Las *tesis* son propias de las academias, y no de

los teatros, en los cuales buscamos ejemplos de la vida práctica de todos los días, sin ficciones ni inverosimilitudes que fuerzan y violentan nuestro criterio, obligándonos a trabajar mentalmente tres horas más de las que hemos trabajado durante el día.

Todos conocemos dramaturgos alemanes, italianos y españoles, que con frecuencia nos someten a estas torturas, buscando calculadamente un lugar para exhibir sus obras con mayor estrépito y lucimiento, que los que podría proporcionarles el salón estrecho de una academia.

XI

El concurso orquestal y el eclipse

Don Ricardo, después de las protestas de sus colegas, echó mano a su faltriquera; sacó su caja de rapé y tomó una narigada del contenido con marcada fruición; se incorporó de pronto y levantando la batuta que llevaba en su mano derecha, a la altura de su cabeza, y al primer movimiento de ella, la orquesta inició los primeros compases de la soberbia sinfonía del *Tanhäuser*, sin más posturas ni preámbulos, y como los otros maestros, ante esta actitud, se habían preparado para hacer otro tanto con auxilio de sus respectivas orquestas, no tardó un minuto en sentirse a la par de la sinfonía de Wagner, la marcha triunfal de "Aída" y la del "Fausto"; el coro y concertante de la bendición de los puñales de "Hugonotes"; el final

del tercer acto de "Gioconda" y el del prólogo de "Mefistófeles", y para complemento del colosal concurso orquestral de aquel momento, el himno al sol de la "Iris" de Mascagni.

El efecto de tan estupendo *desconcierto* no estaba en mis libros, ni en el de los dioses, ni en el de los compositores, ni en el de los mismos profesores de orquesta, que empezaron al fin por no saber a qué batuta obedecer, ni qué compás seguir.

Lo único que recuerdo y puedo decir, es que, un minuto después quedé aturdido y tan excitado y nervioso, que me creí transportado a regiones desconocidas. Me parecía temblar como un azogado y llegué a presentir el juicio final.

Me pareció que, ya un tanto repuesto, me entretenía en rascarme la mollera en medio de mi sorpresa, cuando a un acorde unísono y estridente de las siete orquestas, señalado no sé por cuál de los maestros, la música cesó, y quedé sumido en completa obscuridad, viniendo entonces a mi memoria el eclipse total de sol que tuve ocasión de presenciar en 1869 o 1870, con la exacta característica de una lóbrega noche, para terminar en la nueva sorpresa de un inesperado resplandor, que hirió mis ojos y me deslumbró.

XII

El Sol

Sin perfecta conciencia en el primer momento de lo que había pasado, me encontraba de pie, sin

saber cómo, en medio de mi aposento, bambaleante, sudoroso y temblando de emoción.

.

Los rayos del sol, acariciando las crestas del viñedo que llena la distancia desde el *chalet* hasta la margen derecha del Miguelete, acababan de invadir por completo mi habitación, volviéndome a la realidad, después del fantástico sueño que había dominado mis sentidos. Ante el cuadro imponente y seductor de la espléndida naturaleza, no pasó, sin embargo, desapercibido para mí el bastidor colgante, tejido de madre selvas y jazmines, y el vistoso Guacamayo, luciendo su multicolor plumaje, embellecido por los rayos del sol naciente.

ÍNDICE

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
ADVERTENCIA	4

CAPÍTULO I

El Barón

De cómo un título de nobleza o distinción, no es siempre garantía de buenos procederes, y de cómo la reincidencia en una falta, puede aparejar una sanción completa	5
---	---

I. Don Gervasio Herrera.—II. El homicidio.—III. Vagos datos sobre los presuntos asesinos.—IV. Estadística de la criminalidad hace medio siglo.—V. Un nuevo homicidio y captura de sus autores.—VI. Sentencias condenatorias.—VII. La ejecución.—VIII. Confesión póstuma.

CAPÍTULO II

Jugar por tabla

Por el que se demuestra, que un desengaño a tiempo, puede dar al traste con las mejores combinaciones	23
---	----

I. Prolegómenos.—II. «Bombita la Rubia».—III. Estrategia femenil.—IV. El creyente de buena fe.—V. Un caso de admirable precocidad.—VI. El padre Benito.—VII. Un tercero en discordia.—VIII. La de San Quintín.—IX. Las tostadas... y las «Témporas»...

CAPÍTULO III

El Arte y el Oro

Págs.

- De cómo el ingenio del hombre, en casi todas las circunstancias de la vida, tiene que ceder ante la muda elocuencia de un vil metal y de las exigencias del «lábaro del estómago» 43
- I. Teorizando.—II. ¿Qué es el arte?—III. *Res non verba*.—IV. Tres émulos de Apolo.—V. «Salud, campo y vacas».—VI. Soñar despierto.—VII. El autor y el intérprete.—VIII. El «Becerro de Oro».

CAPÍTULO IV

Un Baile de máscaras

- Recuerdos retrospectivos del Sitio Grande 58
- I. El viaje.—II. Hagamos crónica.—III. Arturito en viaje por agua y en excursiones por tierra.—IV. Cómo en algunos casos, el hábito hace al monje.—V. Papel que hizo Arturito en el baile.—VI. Una noche toledana.—VII. El regreso a Montevideo.

CAPÍTULO V

Tarde aciaga

- Cuadros lamentables, debidos a la intemperancia de nuestros partidos tradicionales. 78
- I. Signos precursores.—II. Se confirman los rumores.—III. Movimiento subversivo en las calles.—IV. Don Bernardo P. Berro.—V. Sucesos de la Policía y calle del Rincón.—VI. El cólera morbus.

CAPÍTULO VI

Fuegos fatuos

Págs.

Un vano enciclopédico no vale más que lo que puede valer un especialista, de cuyas prendas aquél se sirve para cubrir su desnudez. 89

I. ¿Quién era Barbarito Tremoleras? — II. Evolucionando. — III. ¿Querrías ser farmacéutico? — IV. Teorías de coparticipación. — V. Se sigue teorizando. — VI. Un «Dulcamara» moderno. — VII. Ejemplos prácticos. — VIII. ¿Todavía duda Vd.? — IX. — Más ejemplos. — X. «Como Tú» y «Menelik». — XI. Fin lamentable de «Como Tú»; «Menelik» desmentado y moralejas de Barbarito.

CAPÍTULO VII

Origen de una Ley

Por el cual se demuestra, que no siempre la fuerza bruta prima sobre el derecho 115

I. El Fuerte de San José. — II. Liquidaciones impagas. — III. La ley de Deuda Amortizable. — Su sanción y sus efectos.

CAPÍTULO VIII

Zotes, Turcos y Pulidos

Tres generaciones en una, que poco vale y mucho deja que desear . 121

I. En viaje a Buenos Aires. — II. Un «Turco» en escena. — III. Tres categorías y caracteres que las distinguen. — IV. ¿Quiénes son los «Turcos»? — V. ¿Quiénes son los «Pulidos»? — VI. Progreso en las costumbres. — VII. ¡A dormir, que son las 12! . . .

CAPÍTULO IX

La Mina

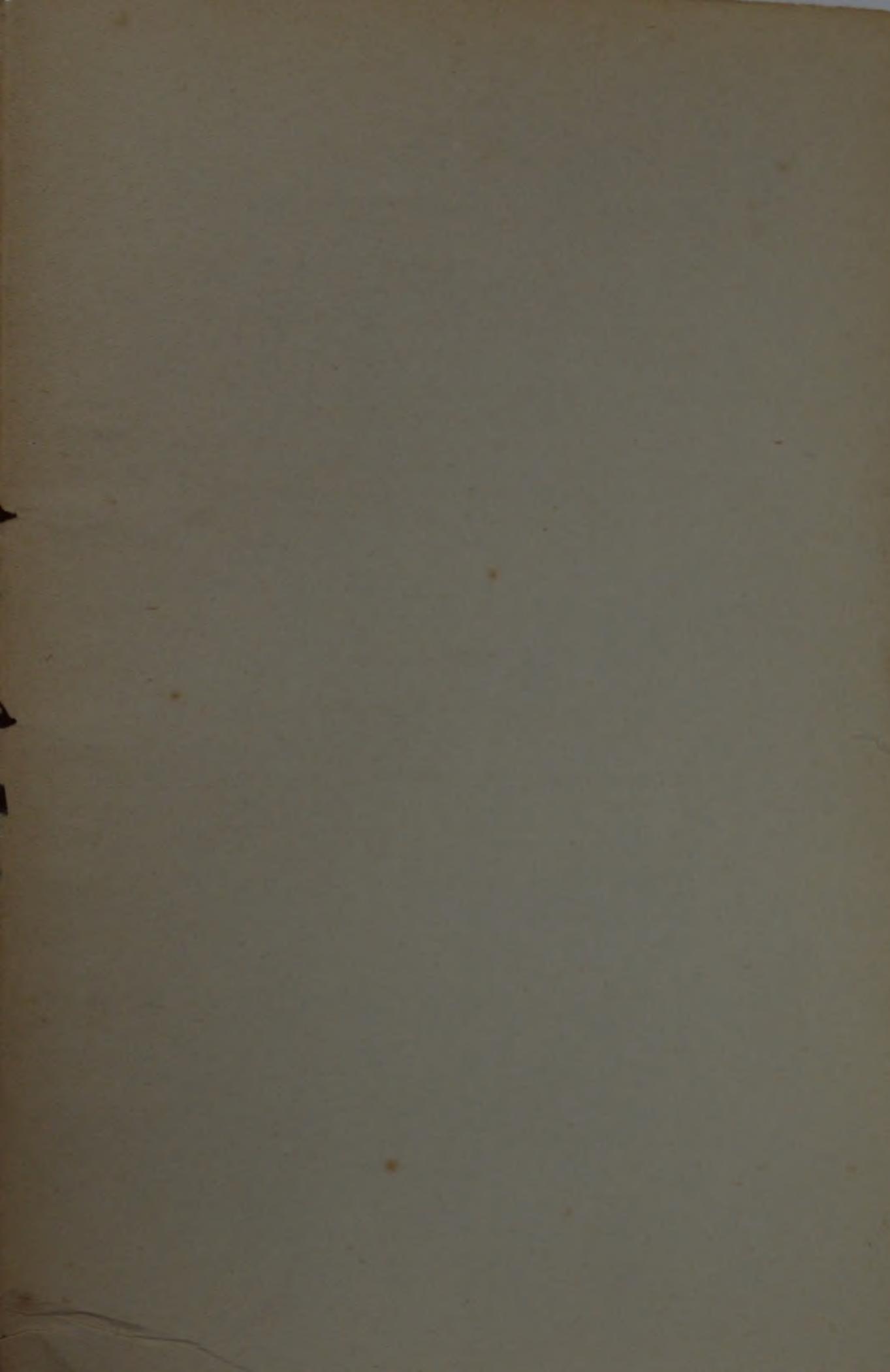
Págs.

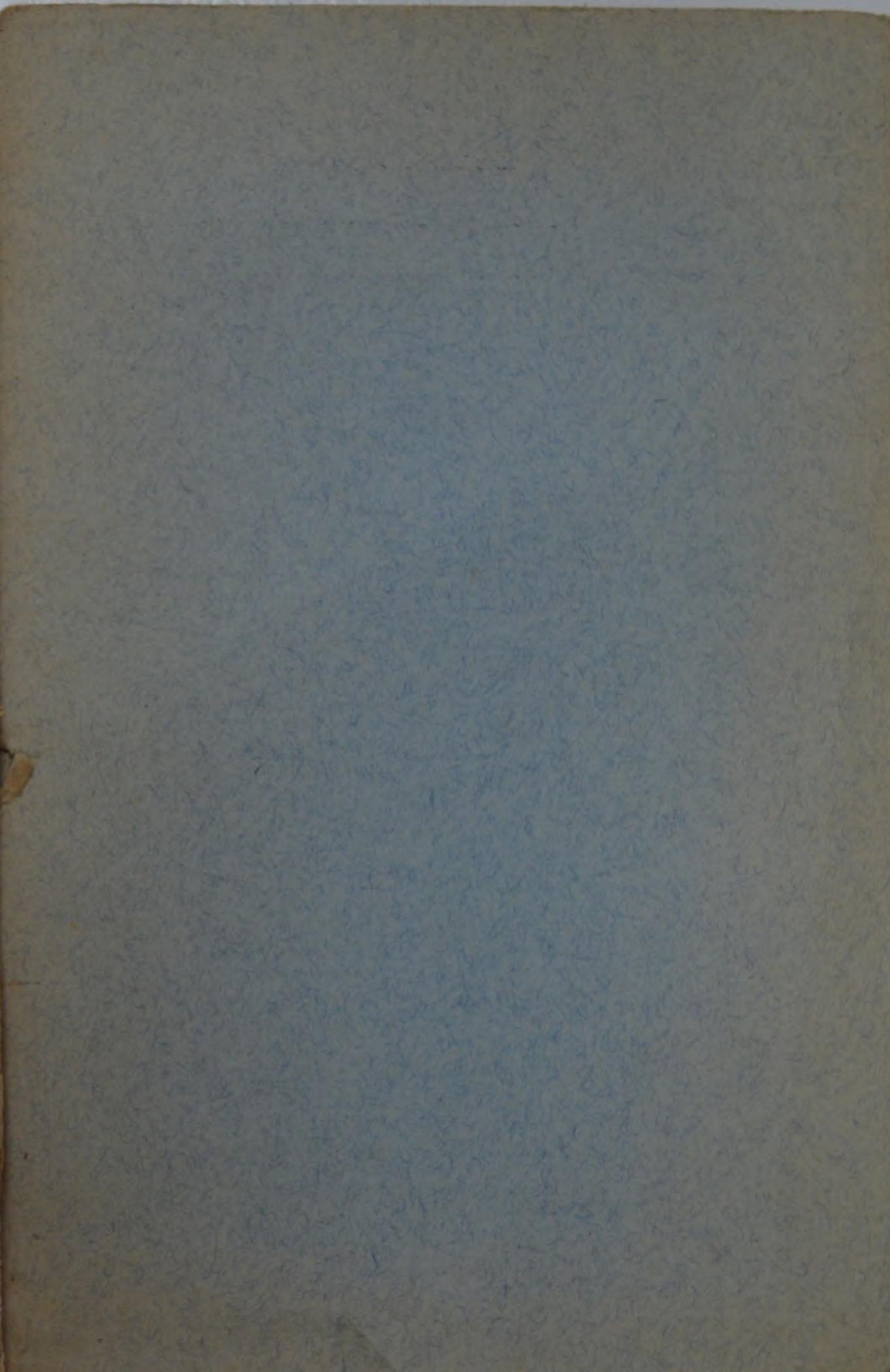
- De cómo, por odiosidad a una sola persona, se sacrificaba la vida de muchas 137
- I. Lo que son las instituciones en este país.—II. Util advertencia de un buen amigo.—III. Descubrimiento de un complot.—IV. ¡Coronel de ayer! . . . ¡Coronel de . . .!—V. Descripción de un viaje aéreo.—VI. Los hermanos Neumayer.—VII. Desavenencia entre don Lorenzo Latorre y don Eduardo Beltrán.—VIII. Asesinato alevoso de don Eduardo Beltrán.—IX. Conclusión.

CAPÍTULO X

Sueño Tártaro

- Que empieza por fantásticas visiones y concluye por la fría y elocuente realidad 155
- I. El Guacamayo.—II. Mi dormitorio.—III. El insomnio —IV. La aurora.—V. El Olimpo.—VI. Los dioses falsos.—VII. Crítica de una diosa.—VIII. Los Maestros Compositores.—IX. Todos cojean de un mismo pie.—X. El debate.—XI. El concurso orquestral y el eclipse.—XII. ¡El Sol!





OBRAS EDITADAS
POR
LA BOLSA DE LOS LIBROS

441—CALLE SARANDÍ—441

Lasplaces (A.). —«Cinco meses de guerra», estudio de la Guerra europea	\$ 0.40
—«Literatos Uruguayos Contemporáneos». Prosistas	» 0.50
Agorio (Adolfo) (Jacob). —«La Fragua», apuntes de la Guerra europea, 1 t., \$ 0.40. —«Fuerza y Derecho». Aspectos morales de la Guerra europea, 1 t., \$ 0.50. «La Sombra de Europa», nuevos conceptos de la Moral, 1 tomo	» 1.00
Cruz (Alcides). —«Incurción del General Fructuoso Rivera a las Misiones»	» 0.40
Béquer (Gustavo A.). —«Rimas», con una nota preliminar de Leoncio Lasso de la Vega y un canto por G. del Busto	» 0.25
«Almafuerte» (Pedro Palacios). —«Apóstrofe», poema.	» 0.10
—«Poesías», con un estudio de A. Lasplaces	» 0.35
—«Nuevas Poesías» y «Evangélicas», con un estudio del Dr. Alfredo Palacios	» 0.35
Acosta y Lara (Federico E.). —«Lecciones de Derecho Constitucional e Instrucción Cívica», 1 tomo	» 1.00
—«Comentario de la Constitución Uruguaya de 1918»—1 tomo	» 0.30
—«Porvenir del Derecho público externo. De la justicia internacional»	» 0.40
Holleman. —Química inorgánica (en español), 1 t., tela	» 6.00
Sayagués Laso (R.). —«Vistas fiscales», con las sentencias correspondientes, 1 tomo.	» 2.00
—«Nuevas Vistas fiscales»	» 2.00
—«La Investigación de la paternidad» 1 t., 450 págs.	» 2.00
Sighele (Scipio). —«Las Ciencias Sociales y sus aplicaciones». Versión castellana de Alberto Lasplaces. Obra recomendada por la Dirección de Instrucción Primaria	» 1.00
Rubén Darío. —«Prosas Profanas», con prólogo de José E. Rodó	» 0.35
La nueva Constitución	» 0.10
Barrett (Rafael). —«Diálogos, conversaciones y otros escritos»	» 0.35
Zola (Emilio). —«Yo acuso»	» 0.10
—«El Ensueño» 2 tomos	» 0.30
Roxlo (Carlos). —«El Libro de las Rimas»	» 0.35
De Viana (Javier). —«Cardos» (Cuentos camperos)	» 0.50
Zorrilla de San Martín (Juan). —«Detalles de Historia Rioplatense», 1 t.	» 0.50
—«Tabaré» y «La Leyenda Patria»	» 0.50
Maeterlinck (Mauricio). —«La Muerte», «La Vida de las Abejas», «La Inteligencia de la «Flores», «Los Dioses de la Guerra» (cada volumen)	» 0.35
Constitución de la República Socialista rusa	» 0.10
Ingenieros (José). —Significación histórica del maximalismo	» 0.10
Campoamor (Ramón de). —«El Tren expreso»	» 0.10
Mellan Lafinur (Luis). —«La acción funesta de los Partidos tradicionales en la Reforma Constitucional»	» 0.60